A
0005978978
UC SOUTHERN REGIONAL LIBRARY FACILITY

ifornia
onal
ity

LIBRARY
University of California
IRVINE

Luis Barcelo.

N.º

Série N.º

Luis Barahó.

LA GUERRA DEL PACIFICO

POR

CHARLES DE VARIGNY

Victor Grocker

Santiago de Chile
IMPRENTA CERVANTES
Moneda, 1170

1922

F
3097
V3

OBRA EDITADA EN CASTELLANO

por

ALEJANDRO WALKER VALDES

Oficial de la Orden del Imperio Británico.
Oficial de Instrucción Pública de Francia.
Caballero de la Orden de S. M. Leopoldo de Bélgica.

OBRAS DEL MISMO AUTOR

HISTORIA Y GEOGRAFIA

1.—El Periodismo en Estados Unidos.
2.—La invasión china y el socialismo en E. E. U. U.
3.—La Doctrina Monroe y el Canadá.
4.—Una campaña electoral en E. E. U. U.
5.—Un socialista chino en el siglo XI.
6.—Francia en el Océano Pacífico: Tahiti.
7.—La Guerra del Pacífico.
8.—Emma, reina de las Islas Haway.

NOVELAS

1.—Kiana.
2.—Parley Pratt.
3.—Ella Wilson.
4.—Las ruinas de Uxural.

PROLOGO

La historia de la Guerra del Pacífico del escritor francés D. Carlos de Varigny que ahora extraemos de la "Revue des Deux Mondes" de los años 1881 y 1882, es una novedad entre nosotros. Pocos la han conocido, y ha permanecido en el olvido, escondida en el silencio de las bibliotecas, como un buen vino en la bodega. Al traducirla cuarenta años después de escrita—a cuatro mil millas del teatro de la guerra—recobra toda su vitalidad, porque es el mejor relato sintético de la guerra, de sus causas, su desarrollo y consecuencias. Es la mirada imparcial de un extranjero instruido por periódicos, libros y publicaciones, de las naciones en lucha, sin que ninguna especial simpatía indique su juicio, acaso sin conocer los países trabados en guerra.

Sin duda los chilenos que en su tiempo la leyeron, inflamados por el patriótico orgullo de vencedores, encontraron fría la historia de Varigny, acaso cargada de simpatía hacia las naciones vencidas y en parte injusta o excesivamente severa con el vencedor: que siempre el caido arrastro las simpatías de todo corazón bien puesto —¡Y la dejaron en olvido!

Olvidaronla también porque, convencidos de la justicia de la causa chilena, no cuidaron nunca la debida demostración de ella ante el criterio extranjero.

Raza chilena fría y desinteresada, habitante de país montañoso, en lucha pertinaz con la naturaleza y aislada en sus fatigas, conserva ese carácter heredado de España, de ser más capaz de realizar hazañas que de coartarlas; y he aquí por qué si hemos tenido historiadores caudalosos, tan enamorados del pasado como desdeñosos del presente, no hemos tenido propagandistas y hasta carecemos de las facultades propias a la difusión de nuestra historia, que tiene páginas que justificarían para Chile el dictado honroso del Quijote de América.

No hubiera Varigny trepidado en dárselo si hubiera tenido presente que las tropas chilenas que en 1880 entraron en Lima en correcta formación y a paso de vencedoras habían estado dos veces en la ciudad de los virreyes, no en guerra con el Perú, sino en guerra con los enemigos del Perú, en expediciones libertadoras; y que la única ocasión en que Valparaíso ha recibido las balas enemigas fué por haber Chile declarado la guerra a España, cuando ésta quiso volver a reconquistar su perdido virreinato del Pacífico. Esas tres guerras, las únicas que hemos tenido fuera de la de 1879, fueron el sacrificio heroico de un pueblo en aras del idealismo de la fraternidad americana, bautismo en sangre y fuego en Sud América de la incruenta

doctrina Monroe formulada por los americanos del Norte.

Por ese carácter de orgullosa entereza no se ha hecho una debida difusión de nuestra historia y de la causa y desarrollo de nuestro conflicto con Perú y Bolivia y sus actuales consecuencias. El Gobierno ha sido censurado muchas veces por ello.

Ese descuido de la opinión ajena, fundado en la propia estimación, ha sido parte principal en que las quejas sentimentales del Perú hayan podido hacer creer a muchos que nuestro juicio del norte sea semejante al de Alsacia y Lorena, hoy recobradas por el heroismo francés.

No lo es, ni en el origen de la guerra de 1879, ni en las condiciones de la retención condicional de Tacna bajo la soberanía chilena. La guerra del 79 fué tramada por el Perú y Bolivia por el tratado secreto de 1873 solo conocido en Chile en vísperas de estallar la guerra; y la retención de la provincia no depende sino de la voluntad de sus propios habitantes. Adelantándose Chile a los tiempos estatuyó el plebiscito como fuente de la soberanía y principio de la nacionalidad mucho antes que lo consagrara el Tratado de Versalles; como en el arreglo posterior de sus pleitos de límites con la República Argentina estatuyó el arbitraje y la limitación de armamentos veinte años antes que lo establecieran la Liga de las Naciones y la Conferencia del desarme de Washington. Estos hechos hablan más alto que las quejumbres de despojo

con que el Perú ha removido los ecos en todos los ángulos del mundo.

No ha perdonado el Perú, hábil en explotar los sentimientos, medio de obtener la gracia de los grandes países del orbe. Durante la guerra europea, mientras Chile mantuvo una decorosa neutralidad, él declaró la guerra a los imperios centrales y se manifestó en favor de los aliados cuando el triunfo ya no era dudoso, pero ni un soldado, ni un cañón, ni un óbolo salió de su territorio para demostrar la sinceridad de la causa de que se hacía defensor; en cambio pretendió que en virtud de la sangre aliada vertida en Europa se le devolvieran Tacna y Arica, sin consultar la voluntad de sus habitantes!

Si Chile hubiera creído de su deber hacer causa común con los aliados, habría participado en la guerra. No está en su carácter hacer alardes de amistad sin cumplir como amigo. Si el año 66 declaró la guerra a España, en nombre de la independencia de América, cuando España reclamaba al Perú las islas Chinchas, tomó las armas para sostener su actitud y sufrió las consecuencias de la guerra con el bombardeo de Valparaíso por la escuadra española.

Chile, neutral, tuvo no obstante muchos de sus hijos en las filas aliadas y su sangre se mezcló con la francesa en los holocaustos a la patria; y concluida la gran guerra, ayudó a la reconstrucción de los territorio devastados. Un caserío en el norte de Francia muestra la adhesión chilena a los sufrimientos de ese gran país.

Si durante las exaltaciones patrióticas en el ardor de la lucha pudo parecer a los aliados toda neutralidad sospechosa de parcialidad; y algún diario francés, estimulado por la propaganda peruana, pudo decir que nos inclinábamos hacia Alemania, hoy, pasado el himno de los combates, se ve claro la correcta y discreta actitud de Chile, su neutralidad vigilante y sus simpatías por una paz fundada en cordialidad entre naciones. El testimonio de esos países lo certifica.

Si entonces hubiéramos expuesto con tesón hasta llegar al convencimiento público, el origen y situación de nuestras diferencias con el Perú, más equitativos sentimientos habrían dominado en el mundo en guerra hacia el lejano país que ha sido el primero en levantar la bandera del arbitraje en los diferendos internacionales, el primero en reconocer el principio de las nacionalidades y ha buscado el plebiscito como medio de establecer y respetar la libertad y la voluntad humanas.

***

Habría bastado para llevar ese convencimiento a la opinión universal, reproducir y difundir la historia de la guerra de 1879 entre Chile y el Perú y Bolivia, de Carlos de Varigny.

Ningún testimonio habría parecido más imparcial. Los antecedentes de este historiador y geógrafo, que escribe a cuatro mil millas del teatro de los sucesos la historia de un conflicto entre países que solo conoce por los libros, y que ha distribuido censuras

y alabanzas, según su leal entender, a los beligerantes, no podía entonces y menos ahora, ser sospechoso siquiera de simpatías. Nosotros sentimos, al leerlo hoy, que sus simpatías humanitarias se caen más bien del lado del Perú.

Pero la exactitud de los datos que ha recogido, la abundancia de detalles, la visión del campo que recorren los ejércitos en lucha, el certero criterio de historiador con que discierne la importancia de los hechos y penetra en los móviles que los inspiran, todo en él revela al escritor que se ha documentado prolijamente, que ha estudiado a conciencia su tema, y al escritor que sabe agrupar los datos, distribuirlos y presentarlos con tal arte, que añade al interés del asunto el agrado de la lectura.

M. de Varigny fué un hábil escritor, y un alto funcionario francés. Había nacido en 1829. Conoció la costa del Pacífico en sus viajes: fué cónsul de Francia en San Francisco de California y en las islas Haway donde llegó a ser Jefe Político.

La historia de su gobierno en Haway es particularmente interesante, y revela todo su carácter de francés.

Las islas Haway, en el Pacífico, están a la altura de la costa norte-americana y por esta situación constituyen una importante estación estratégica. Estados Unidos deseaba ganarlas para sí.

Pobladas de individuos de raza amarilla, de orige polinesio, como las demás islas sus vecinas, formaban un país independiente, gobernadas por reyesuelos hereditarios. Las descubrieron los es-

pañoles en sus frecuentes correrías marítimas en busca de tierras que agregar a la corona peninsular. A la población indígena se han unido colonias de chinos, japoneses y norte-americanos, que han llevado a ellas su comercio e industrias.

Estados Unidos mantuvo siempre misioneros protestantes que iban difundiendo el amor a Estados Unidos, prólogo de la futura incorporación al territorio yanqui.

Ello estuvo a punto de ocurrir en 1851. Gobernaba entonces el rey Kamehameha III, grande amigo de los norte-americanos. Estaba dispuesto a realizar una expedición política por el archipiélago para obtener su propósito, cuando lo sorprendió la muerte. Pero Kamehameha IV y su sucesor, el V de su dinastía, no fueron amigos de los norte-americanos y sí partidarios de la independencia nacional.

Kamehameha V tuvo de amigo íntimo al cónsul francés, M. de Varigny, y conociendo sus maravillosas facultades quiso aprovecharlas, en el gobierno de las islas, especialmente para poner un dique a la creciente influencia norte-americana.

Carlos de Varigny fué nombrado Ministro de Hacienda primero; luego Ministro del Orden (Interior) y finalmente, Primer Ministro de las islas.

La política de Varigny tuvo dos caracteres definidos: fué anti-yanqui y civilizadora. Para destruir el predominio norte-americano, servido por sus misioneros y los ingenios de azúcar, cuyos trabajadores debían votar como querían sus amos, concedió amplia libertad religiosa y estimuló el

celo de los católicos; y propuso una reforma a la Constitución, para que solo fueran electores los propietarios de un bien raíz.

La reforma levantó polvaredas, mítines, asonadas y tiros; y fué aprobada con el aplauso de los mismos a quienes privaba del voto, que preferían carecer de ese derecho a usarlo forzados.

La reforma se impuso en 1864.

Otro de sus grandes afanes fué la instrucción pública, hasta llegar a obtener para las islas el 75 por ciento de alfabetos. Y es de notar que el 25 por ciento de analfabetos, las dos terceras partes eran de extranjeros inmigrantes.

Estas reformas y el fomento del comercio y las industrias fueron el principio de un período de progreso.

Pero no fué eterno. En 1872 murió Kamehameha V y con él acabaron en Haway el poder de Varigny y el influjo francés. El sucesor del rey fué amigo de Estados Unidos. Gobernaba allí el general Grant, quien propuso el amparo de Estados Unidos al archipiélago en cambio del establecimiento de una base naval. Y desde entonces el poder de Norte América ha crecido y hoy domina sin contrapeso.

M. de Varigny fué ante todo un hombre de estudio y observación, y escritor. Luego que perdió su poder en las islas, regresó a Francia donde entró a colaborar en la Revue des Deux Mondes hasta su muerte en 1899.

La labor de M. de Varigny en esta revista es extensa, y se especializa en estudios de historia y

geografía; algunas de sus obras como el Estudio sobre el Océano Pacífico, fueron coronados por la Academia Francesa.

* * *

La Revue des Deux Mondes en que M. de Varigny publicó sus interesantes estudios y novelas es la que ha sobrevivido a la plétora de revistas que en Francia se publicó a fines del siglo XVIII y principio del XIX.

Se recuerda que Inglaterra fué el primer país en que se creó la revista, el libro periódico que trata de asuntos de actualidad. En 1794 salió a luz la Monthley Revieu; y las discusiones que en ella se empeñaron sobre el significado e inc dencias de la Revolución Francesa del 89, despertó en Francia la emulación. Multitud de revistas aparecieron, muchas efímeras; y de todas ellas quedó la de Deux Mondes, fundada por uno de los espíritus más inquietos de la Francia de la Restauración borbónica, encadenada ya en Santa Elena el águila napoleónica. Fué M. Segur Dupeyron, en 1829.

Un año apenas corrido, la tomó Mr. Buloz, quien fué su verdadero fundador, el que le dió forma y carácter. Gastó en ello esfuerzos considerables, una tenacidad envidiable y una gran fe en el éxito. Por tres veces en el espacio de veinte años cambió la sociedad propietaria y se gastó en consolidarla un capital no inferior a seiscientos mil francos que entonces representaban muchísimo mas que ahora.

Fué en 1848 el eje de uno de los partidos de la revolución de Julio. A su alrededor se agruparon

quienes defendían el orden social, dentro de un amplio liberalismo democrático. Cimentado el segundo Imperio, el éxito sonrió a la revista, después de treinta años de esfuerzos; se difundió por todo el mundo y en sus páginas colaboraban los más distinguidos espíritus, muchos de ellos eminentes en ciencias y en artes. En ella se instruían y deleitaban la juventud universitaria, la política y la militar; era la voz de Francia en el exterior.

En la revista hicieron sus primeras armas o fueron consagrados escritores cuyos nombres han dado la vuelta a mundo; allí escribieron, Alejandro Dumas, sus novelas históricas; Teófilo Gautier, sus fantasías; Guizot sus juicios políticos; Merimée, sus novelas hispanófilas; Murger, sus recuerdos de vida bohemia; Balzac, escenas de su comedia humana; Taine, sus estudios filosóficos e historias impregnadas de determinismo; Renán, sus investigaciones orientales; Jorge Sand, sus novelas revolucionarias y pasionales; Reclus sus estudios geográficos; Claudio Bernard, sus investigaciones biológicas; Cousin, sus filosofías panteísticas; Saint Beuve, sus críticas y retratos; Vigny, sus versos impecables y dolientes; Musset sus quejas; Saint Hilaire...

Y colaboran hoy, como ayer, los más notables literatos franceses; los Mariscales Foch y Fayolle, de asuntos militares; Loti, sus fantasías de Oriente; Bourget, Benoít, Bordeaux, Bazin, novelas; Goiyau, filosofía; Lavedan, política; Poincaré, el ex-Presidente, de política internacional, cuyo progra-

ma ha conquistado la opinión parlamentaria, que lo ha impuesto en la jefatura del Gabinete.

Así, siempre selecta y prudente en los avances, sin contar los lazos de la tradición, La Revue des Deux Mondes es llamada hoy la Tout Puissante y es la consultora de todas las cancillerías.

***

En una publicación tan importante vió la luz la historia escrita por M. de Varigny poco tiempo después de los sucesos, que debió esparcir la noticia cierta de las causas y desarrollo de esta guerra; pero tales hazañas de países desconocidos y lejanos se olvidan pronto y la historia, apesar de su intrínseco valor, fué olvidada.

No debemos olvidarla nosotros. Era al menos un testimonio imparcial y lejano, rendido a la seriedad de la administración chilena, a la solidez de su organización política, a la disciplina y cultura de los ejércitos, a la dirección técnica de sus jefes.

Porque la obra de Varigny es hija de estudios desapasionados de la fuente de información de uno y otro de los beligerantes; él ha estudiado la geografía, los recursos y capacidades de los países en lucha, los efectivos de sus ejércitos, sus rutas, sus planes de campaña y su ejecución; ha escrito las batallas, perfilado la silueta intelectual y moral de los jefes y sus consejeros, y ha penetrado en el alma de los pueblos.

Faltan, sin duda, detalles; hay apreciaciones defectuosas, incomprensión de la importancia de algunos hechos de armas; pero tales defectos son ex-

plicables y pequeños en relación con la exactitud del conjunto, con la alta imparcialidad de la narración y con el arte y belleza del relato.

Ninguna obra de historia escrita en Chile puede alcanzar la comprensión de extraños como la de M. de Varigny. Es desde luego, un epítome reducido a los hechos principales, en el cual es fácilmente comprensible el conjunto; por lo mismo, el relato es más interesante, se presta a observaciones generales, a líneas precisas, a bellezas de lenguaje. La agrupación de hechos importantes en que se ve en juego la suerte de miles de hombres; en que a la cabeza de sus ejércitos van los Presidentes de Repúblicas (Perú y Bolivia) y de cuyas acciones depende la salvación o la ruina de su autoridad y de sus pueblos; las luchas de primacía entre ellos, sus celos y ambiciones rompiendo la necesaria unidad del comando; de otro lado, un ejército menor en número pero envalentonado por sus triunfos, disciplinado e impetuoso; todo en avance o retroceso, buscando posiciones para librar las batallas decisivas, cuya suerte esperan ansiosas y atribuladas poblaciones importantes; todo se agrupa, pasiones nobles y plebeyas, amor de sacrificio y egoísmo, anhelos de gloria y de codicia, fanfarronadas y serenidad calculadora; tal pasa en las vísperas de las batallas de Dolores y Tarapacá y entonces el relato adquiere la alteza de la epopeya y el historiador parece un noble bardo que canta pasadas grandezas y miserias de pueblos en lucha.

Porque es preciso reconocer que en un período

de días Chile ha vivido una epopeya. De Tacna a Tarapacá, el cóndor chileno, como las águilas de Napoleón en Italia, vuela de campanario en campanario y su gorquera blanca es como un signo de paz, y de gloria sobre los campos ensangrentados. Al avance victorioso del ejército que nada resiste, ya escale de frente las escarpas del Morro de Arica, ya corra por los arenales de Tarapacá, dos ejércitos son deshechos y dos jefes de pueblos, Prado, Presidente del Perú, Daza de Bolivia, huyen del campo y de sus patrias, salvando sus vidas empañadas que no supieron sacrificarse, y todo el Sur del Perú y las salidas de Bolivia quedan bajo el dominio chileno. Ya nada podrá detenerlo, y el cóndor volará hasta la torre del palacio de los Virreyes, nido secular de leyendas de amores, tiranías y sacrificios.

M. de Varigny elogia con calurosa simpatía el valor peruano. Acaso tal afirmación nos sorprenda, porque el roto chileno aprendió por exceso de envanecimiento, a despreciar su endebles y poca resistencia; pero de Varigny prueba con el número de víctimas en las batallas, que los peruanos resistieron con heroica decisión.

Acusa de inútil crueldad, de afán de amedrentar, las destrucciones que el Coronel Lynch efectuó en el Norte del Perú, para preparar las vías al ejército que venía del Sur hacia Lima; pero es preciso tener en cuenta que era necesario precaverse de amagos del Norte para asegurar el avance chileno; que desde Chimbote al Callao tenía Piérola, ya Dictador por la fuga de Prado, sus parciales y que

el Ejército que fuera vencido en Lima iría a reorganizarse en el Norte y que convenía a vencedores y vencidos acortar la guerra y no hacerla indefinida transformando ejércitos regulares en montoneras que vivieran del merodeo de poblaciones. Fueron resoluciones fríamente tomadas, no hijas de arranques pasionales.

La disciplina y mesura del ejército chileno queda de manifiesto en su entrada a Lima, después de las batallas de Chorrillos y Miraflores. Violado por una parte del ejército peruano el armisticio de un día después de Chorrillos, atacado imprevistamente, era lógico temer que en su favor el ejército chileno hubiera entrado en Lima en persecusión de los fugitivos y hubiera convertido la ciudad en campo de batallas y represalías.

Sin embargo, no fué así. Los generales contuvieron el ímpetu de los soldados, que quedaron tranquilos en sus campamentos. Ahí recibieron las premiosas felicitaciones de las autoridades de Lima para que se apresurara a tomar la ciudad que se le rendía incondicionalmente. La soldadesca desmoralizada y no desarmada saqueaba la ciudad en la noche del 16, el incendio la alumbraba siniestramente y el espanto reinaba en toda ella.

En la tarde del 17 el General Baquedano entró con los primeros batallones, en correcta formación. El sordo rumor cadencioso de su marcha, sin gritos ni alardes, llevó la confianza al vecindario. La ciudad vencida se asomó a sus balcones a mirar el paso tranquilo y seguro de sus vencedores.

Es un extranjero, Vicente Holguin residente en Lima, hermano de dos Presidentes de Colombia y unido en matrimonio a una distinguida dama peruana, quien ha relatado minuciosamente la historia de los últimos días de la ciudad virreynal, en correspondencia publicada en el Repertorio Colombiano de Junio de 1881.

"El Ejército de Chile, cuenta, hizo su entrada con una moderación que ponía de manifiesto la disciplina de los soldados y la sensatez de los jefes, así como sus triunfos habían atestiguado su bien dirigida bravura. Los peruanos, mal de su grado, hubieron de sentir la superioridad de un enemigo que después de vencerlos les devolvía la seguridad de sus hogares, sin insultarlos siquiera con la risa burlona o la mirada compasiva de los fatuos".

No es nuestro ánimo refutar o aclarar los datos incompletamente comprendidos o desarrollados, las pequeñas lagunas o los errores de hecho en que el historiador francés haya incurrido; son pequeñas sombras que valorizan la luz del cuadro. Ni ello interesa sino al investigador. El lector que solo quiere saber lo que ha pasado, tiene sobrada materia en que nutrir su espíritu y en que deleitarlo.

Es un feliz hallazgo el de esta historia, cuarenta años después de escrita. Tiene la serenidad de los años que ha dormido en las bibliotecas; tiene tambien su respetabilidad y su grandeza.

Se ha dicho que es Chile el único país de América

que tiene su epopeya. Los araucanos defendieron su independencia durante tres siglos; los batallones chilenos combatieron en Chacabuco, en Maipú, en Pichincha, en Junín, y en Ayacucho. Más tarde restablecieron el equilibrio sud-americano perturbado por la ambición del Mariscal Santa Cruz y triunfaron en Yungay. En 1879 y 1881 escribieron sus cronistas la mas bella historia militar del Continente. Las banderas de Chile han flameado tres veces en el Palacio de los Virreyes de Lima; sus soldados conocen el camino de la capital fundada por Pizarro yendo desde el occidente, por el Callao; desde el norte, por la Portada de Guias, y desde el Sur, por Chorrillos y Miraflores.

Solamente la Gran Colombia con Bolívar y Sucre puede presentar, narrar semejante epopeya; estas glorias producen emulaciones y rivalidades que se traducen en alfilerazos en las discusiones diplomáticas.

¿Tiene acaso la República de Chile la culpa de que sus hijos sean valerosos y esforzados y sepan vencer en cada una de las ocasiones en que han puesto sus pechos en frente al enemigo?

¿Pueden ser culpados de altivez ó de conquistadores sus gobernantes que han sabido repeler las amenazas que contra su independencia significaban, en 1838, la Confederación Perú-Boliviana; y, en 1873, el Tratado Secreto de 1873?

El Editor.

La Guerra del Pacífico

Cuando desde casi medio siglo la atención del mundo se mostraba indiferente respecto a los acontecimientos de la América del Sur, se ha despertado ésta súbitamente por los memorables combates que han ensangrentado las aguas del Mar Pacífico, por las guerras heroicas del Perú, contra Chile y por la toma de Lima, todo lo cual ha llegado hasta nosotros y se ha escuchado por todos, con extraordinario interés.

La historia ofrece sus sorpresas, la guerra tiene sus enseñanzas. Puede decirse que únicamente un reducido número de geógrafos eruditos o de comerciantes aventureros, eran los que estaban al corriente del estado político de estas repúblicas americanas.

Una generación distinta de la nuestra, se sintió apasionada por la relación de los combates librados por estas repúblicas contra España, para conquistar su independencia.

Los nombres de Bolívar, San Martín, O'Higgins, no evocaban ya sino un confuso recuerdo. A los grandes hechos sucedieron los pequeños acontecimientos, a los patrióticos esfuerzos la anarquía militar y a la unión que hace la fuerza, el régimen

de los "pronunciamientos" que destruyen hasta el respeto a la bandera.

Un presidente derrocado por un cuartelazo, la insurrección de las provincias contra la capital, intrigas mezquinas más grotescas que sangrientas, la anarquía permanente, tal era para la inmensa mayoría de todo el mundo el triste y monótono espectáculo que ofrecían la mayor parte de las repúblicas hispano-americanas.

La guerra de México, la ejecución de Maximiliano, la restauración de Juárez, los desastres económicos de Honduras los enormes capitales invertidos en empresas sospechosas, no eran, en verdad asuntos adecuados para conquistarse el favor del público y despertar las simpatías.

Nadie podía tomarse interés por estas repúblicas del Pacífico y apenas si se prestaba una mediana atención a los relatos de los acontecimientos, que les afectaban.

Pero esta situación ha concluído. Los grandes hechos que acaban de producirse, se imponen a la atención universal. Se ha revelado la existencia de una nueva Potencia que cada vez más se consolida. En el espacio de año y medio esta nueva potencia ha dado buena cuenta de los ejércitos coaligados de Perú y Bolivia". Victoriosa en el mar, ha llegado con sus armas triunfantes hasta las mismas murallas de Lima, que se ha visto obligada a capitular, no obstante su heroica resistencia.

Chile dicta la paz, la fortuna sonríe a sus esfuerzos y este nuevo Piamonte encerrado en re las moles gigantes de los Andes el mar y el desierto, ha entrevisto también la posibilidad de dominar por medio de la fuerza o de seducir con el ejemplo de sus prosperidad a sus vecinos menos hábiles, menos afortunados y sobre todo menos cuerdos.

Pero estos cambios no se realizan sin luchas y tales luchas exigen persistentes esfuerzos. La tenacidad de Chile ha superado todos los obstáculos. Ha dado pruebas de una fuerza de resistencia que no se le suponía y ha demostrado una previsión sorprendente, unida a una singular destreza.

Chile ha triunfado y su triunfo es merecido. Fácilmente nos lo demostrará el estudio de esta guerra, que nos pondrá de relieve las cualidades a las que ha debido su éxito, la heroica defensa de sus enemigos y las causas de su derrota.

A la luz de los acontecimientos que acaban de producirse, tal vez nos sea dado leer aquellos que el porvenir tiene deparados a este pueblo esforzado, acontecimientos que pudieran muy bien, en tiempo no remoto, transformar el mapa de Sud-América y abrir a los productos y a la emigración de Europa nuevos campos de actividad, reunir en un haz común fuerzas que hoy se obstruyen y se neutralizan y crear en las riberas del Sur Pacífico un Estado próspero y rico.

I

Al pie de la inmensa muralla de los Andes, cuyos enhiestos contrafuertes y nevados picachos la separan de la República Argentina y que levantan sus cimas gigantescas a través de una extensión de 1,800 leguas de sur a norte, bañada al oeste por el Océano Pacífico, Chile presenta el aspecto de una estrecha faja de terreno, oprimida entre dos barreras infranqueables y desarrollándose en una extensión de 500 leguas.

Forma, por consiguiente, un largo y estrecho valle, que corre de norte a sur, cortado, a su vez por valles laterales aún más estrechos y cuyo suelo se

eleva en forma de terrazas y planicies hasta el mismo pie de las murallas colosales de los Andes.

Al sur, la cordillera se inclina hacia el mar el valle se estrecha más, formando una especie de surco entre las abruptas rocosidades de las montañas, contra las que se estrellan los vientos, y las costas rudas y severas, incesantemente azotadas por las olas del embravecido mar del polo antártico.

Los últimos contrafuertes de los Andes se achatan y se alargan, formando las altas llanuras de la Patagonia que ofrece paso al Estrecho de Magallanes: después, empinándose de nuevo, como en un esfuerzo supremo, forman la llamada Tierra del Fuego y los pujantes macizos del Cabo de Hornos, especie de centinela avanzado y perdido en el último extremo de la América.

Más allá, la región de las tempestades, los parajes más temidos por los marinos, el polo sur, que va agrandándose cada siglo ganando todo lo que pierde el polo norte, y que va avanzando cada vez más sus bancos de hielo, región desconocida, inexplorada, amenazante en su inabordable soledad.

A veces, a lo lejos, en tiempo despejado y sereno, detrás de la barrera de hielo cruza el mar un fulgor estridente, se oyen sordos gruñidos, hay quebrantamiento de las enormes masas de hielo: es que se revela la existencia del Erebo y del Terror, volcanes antárticos aparecidos un siglo atrás y objeto de un terror supersticioso. En ninguna otra parte se presenta el Océano con un aspecto más espantoso.

En este punto extremo del mundo, se juntan el Atlántico y el Pacífico. Y se confunden lanzando el uno contra el otro sus olas enormes como montañas, impulsadas por fuerzas contrarias, impacientes por abrirse paso y enfurecidas por los impetuosos vientos del polo.

Por el norte, cambia radicalmente la escena. La frontera chilena llega a los 24 grados de latitud, lo que en el hemisferio norte corresponde a la latitud de La Habana, de Egipto y de la India.

Allí, en una superficie de 100 leguas, se extienden las arenosas llanuras del desierto de Atacama, Blancas placas de cristales nitrosos se ven alternando con enormes materias de lavas.

Nada de vegetación. El sol ardiente, el cielo implacable, la costa severa. Falta el agua en todas partes. La vida animal concluye. Los riachuelos que en otros tiempos surcaban este territorio se han secado por completo. El suelo onduloso se levanta y se hunde en montículos de arena y de rocas cortados por masas plutonianas y atravesados por numerosas líneas de color sombrío. Por todas partes una desnudez monótona. De cuando en cuando se ven surgir del seno de la llanura grandes rocas de formas extrañas que evocan las ruinas de antiguos edificios con sus ventanas y sus agujas altas y finas que contrastan con las unidas y redondeadas formas de las alturas. Son rocas plutonianas, cortadas, comidas por la acción permanente del sol y cuyas aristas menos resistentes han sido reducidas a polvo.

El desierto de Atacama separa a Chile del Perú y Bolivia. Del uno al otro de estos puntos extremos serpentea Chile entre los Andes y el mar.

Su superficie es igual a vez y media la de Italia, de todos los países de Europa el que más se le asemeja por su producción y su clima. Su suelo es rico en minas de plata, cobre, hulla, plomo, hierro, y se adapta admirablemente al cultivo de los cereales y a la mantención del ganado. A lo largo de su costa, puertos seguros atraen y resguardan infinidad de embarcaciones; entre estos puertos, están

Coquimbo, Valparaíso, el mayor puerto comercial de Sud-América: Concepción, Talcahuano, Valdivia, Punta Arenas, el más meridional de los puertos civilizados del globo. Su población es de dos millones y medio de habitantes, más o menos, con un promedio de diez habitantes por milla cuadrada; pero si la superficie de Chile es mucho mayor que la de Italia, que cuenta con 248 habitantes por milla cuadrada, hay que tener en cuenta, sin embargo, que sólo una tercera parte del suelo italiano es improductiva y que apenas si está cultivada una cuarta parte del suelo chileno.

Por su posición geográfica, que hemos descrito brevemente, Chile es necesariamente un país marítimo, agrícola y comercial. El océano ante el cual extiende gran partes de su territorio es la via natural de comunicación de un punto a otro de su suelo. El océano es, además, el único punto por donde se le puede atacar.

Los Andes, con sus estrechos desfiladeros, sus gargantas inaccesibles, lo protegen y defienden de todo ataque por tierra. Por el norte y el sur es inabordable.

El mar es su dominio natural, por él exporta sus productos y por él importa lo que necesita, por él está en comunicación con el mundo, por él es solamente accesible y vulnerable, y es por este motivo por el que necesita concentrar sus esfuerzos en sus costas crear una marina mercante para las necesidades de su comercio, una marina de guerra para su defensa y para fortificar sus puertos.

Un país que tiene sus fronteras naturales, sus accidentes de terreno, sus montañas, llanuras y valles, ríos, suelo, clima y productos propios es el molde en que una nación se engrandece o se debilita, prospera o fenece, según que se establezca o que se

rompa la armonía entre su genio propio y el medio en que se halla y en el que actúa. Un pueblo es más o menos colonizador, según que se adapte con mayor o menor facilidad a las condiciones geográficas y climatológicas de otros países distintos al suyo. La raza española que pobló la América del Sur y cuyos descendientes gozan aún como señores del suelo conquistado por sus antepasados hace ya tres siglos, merece figurar a la cabeza de las razas esencialmente colonizadoras.

Sobrio, valiente, duro para la fatiga, el español ha sufrido sin perder ninguna de las características de su raza, la transplantación a un nuevo continente. Tal como se nos mostraba en Europa lo volvemos a encontrar en América. Allí donde lo llevó el genio aventurero de sus navegantes ha echado raíces con una firmeza verdaderamente asombrosa. La poderosa República de Estados Unidos no ha podido arrebatarle la Florida, sino a fuerza de dinero, y Texas y California a costa de innumerables esfuerzos. En México sigue aún resistiendo a todas las agresiones. (1) Ni la guerra civil, ni la guerra extranjera, ni la incuria de la administración, ni el desbarajuste de la Hacienda han sido capaces de despojarla de este vasto imperio. En la América Central, bajo el clima más abrasador, aún retiene en su poder lo que conquistó; la América meridional le pertenece toda entera y Cuba continúa siendo española a pesar de todos y de todo, a pesar de las faltas de la metrópoli y a pesar de la inmoderada codicia de los Estados Unidos.

Independizado sólo cincuenta años ha del yugo español. Chile ha pasado como todos los países en

---

(*) Nota del traductor.—Téngase en cuenta que este estudio de M. Varigny, se publicó en el año 1881.

semejante caso ese período turbulento inevitable de discusiones y de luchas intestinas que sucede invariablemente a todo supremo esfuerzo nacional. Unidas durante la lucha, vencedoras precisamente por esta unión, aparecen después las ambiciones; al día siguiente de la victoria salen a luz y se acentúan las tendencias diferentes. Período crítico en que más de un pueblo heroico ha visto obscurecerse su fortuna y sucumbir su independencia. Para Chile este período fué breve. Un Gobierno regular, aceptado por todos, restableció el orden en las finanzas, en la administración y en el ejército. El mismo día después de su victoria sobre España. Chile enviaba sus soldados a combatir por la libertad del Perú, dejaba exhausto su tesoro para crear una flota, reclutar un ejéricto y librar en Ayacucho una nueva y sangrienta batalla en favor de la independencia de la América del Sur. En paz con sus vecinos, separado de ellos por sus barreras naturales. Chile pudo consagrarse al trabajo, cultivar su suelo, desarrollar sus riquezas y durante los últimos treinta años, gozar de una prosperidad y de una tranquilidad desconocidas para las otras repúblicas hispanoamericanas.

El descubrimiento de California, la gran corriente de emigración que se dirigió hacia la costa norte del Océano Pacífico, dieron al comercio de Chile un impulso vigoroso y contribuyeron a modificar notablemente su situación económica.

La emigración europea, que iba hacia las minas de oro de California, se efectuó en un principio por el Cabo de Hornos. Valparaíso se convirtió muy pronto en un centro importante por ser el punto obligado de fondeadero para los barcos que acababan de afrontar las tempestades del Cabo de

Hornos, y que forzosamente tenían que repararse y aprovisionarse en este puerto.

De 1848 a 1852, se duplicó el movimiento comercial de Valparaíso a consecuencia de este continuo tránsito de barcos. La exportación contribuyó a engrandecerlo más aún. California no producía más que oro. Los emigrantes llegaban por millares. Todo faltaba allí y lo que hacía falta sólo Chile podía proporcionarlo por entonces. Durante muchos años tuvo Chile el monopolio en el suministro de harinas y provisiones de todo género. Valparaíso Valdivia y Concepción se enriquecieron. El oro de California afluía a Chile, los viajes marítimos le proporcionaban no pocos emigrantes descorazonados, su población aumentaba de hecho de una manera rápida por estas corrientes de emigrantes de las que siempre se quedaba con una parte

Este movimiento duró sólo un tiempo. La construcción del ferrocarril de Panamá y el establecimiento de líneas de vapores de Europa a Estados Unidos y de Estados Uniños a Aspinwall, hicieron desviar su ruta a las emigraciones, abriéndoseles una nueva vía mucho más rápida y mucho menos peligrosa. Por último, más tarde, la construcción del gran ferrocarril del Pacífico estableció comunicaciones seguras y rápidas y fué causa de que los viajeros al menos, abandonasen el paso por Panamá.

Chile supo aprovecharse hábilmente de su brillante, aunque efímera prosperidad.

Su comercio marítimo, notablemente acrecentado había ya formado a sus marinos; la audacia vino acompañada con el éxito; hubo armadores, labradores enriquecidos, que vislumbraron un porvenir seguro. Circunstancias imprevistas habían hecho de Valparaíso el puerto comercial más impor-

tante del Pacífico. Durante muchos años habían visitado este puerto todos los marinos de la tierra, originando allí una animación extraordinaria y una prosperidad sin ejemplo. Después bruscamente, la corriente se desvió y tomó rumbo en dirección al norte. Se hablaba de la apertura del Itsmo de Panamá El día en que esta nueva vía quedase abierta el comercio marítimo dejaría definitivamente la vía del Cabo de Hornos; si no los pasajeros las mercaderías continuarían sin embargo usando esta vía después de todo más económica a pesar de ser más larga y más peligrosa. El oro sembrado en Chile había dado sus frutos; la agricultura había recibido un gran impulso, se explotaban las minas y por cierto con gran rendimiento; estaban en estado floreciente las finanzas, todo alentaba para las grandes esperanzas y las grandes ambiciones. Veinticinco años de paz, una marina considerable, un ejército bien disciplinado, un crédito firme y amplio, permitían seguramente realizar grandes cosas.

Chile se sentía oprimido y estrecho dentro de sus límites actuales: al este los Andes, al sur el Mar Pacífico, al oeste el Océano. Sólo por el norte podía extenderse. Además, yendo hacia el norte, se acercaba al Itsmo, al movimiento europeo. El norte le atraía con la fuerza que el imán atrae al hierro Las naciones, lo mismo que los individuos, sufren estas influencias exteriores, que son para ellas el resultado de su situación geográfica y económica.

Hace un siglo que los Estados Unidos van caminando hacia el oeste; no han detenido su marcha sino cuando han llegado a las costas del Pacífico... y aún.

Más allá, en el remoto confín del océano entre brumas, divisan ellos las soleadas costas de las is-

las Sandwich, en las que sueñan ellos construir su base naval, el lugar de recreo de sus millonarios de California, y su estación invernal, la Niza tropical de aquellos Estados donde impera el oro.

Precisamente, en este mismo momento, por una singular coincidencia, las barreras naturales que parecían destinadas a impedir la salida de Chile hacia el norte, se derrumban por sí mismas. El desierto de Atacama dejó de ser un obstáculo y pasó a ser el blanco de la codicia. Aquel suelo árido y arenoso, rebelde a todo cultivo, encerraba en su seno depósitos inmensos de salitre. Bajo la corteza terrestre, cuyo espesor varía en algunos centímetros, se encuentra una tierra de color claro, compacta, compuesta en gran parte de gypsa y de piedrecitas que los buscadores de salitre designan con el nombres de "costras". El espesor de este terreno es de dos a cuatro centímetros, y bajo esta capa se encuentra el salitre. Este se presenta en capas muy irregulares, cuyo espesor varía desde uno o dos centímetros hasta dos y mas metros. ¿De dónde proviene? La presencia del cloruro de sodio o sal común en los terrenos salitreros, sugirió en un principio la idea de que estos eran antiguas formaciones marinas, pero al observarlos con mayor detenimiento, se pudo constatar la falta absoluta de formaciones calcáreas y de rocas estratificadas; en ninguno de estos depósitos de salitre se han podido encontrar vestigios de conchas marinas. Y, por último, a veces, en lugar de ocupar las partes bajas del terreno, se encuentra el salitre amontonado en pequeñas colinas y hasta en alturas considerables, como en las minas de Paposo y hasta en la cumbre de la cordillera de Maricunga. Por consiguiente es evidente que su origen es local y que el salitre se ha formado allí donde se encuentra. La hipótesis más

admisibles es la de que el salitre proviene de la descomposición de rocas feldespáticas sumamente abundantes en toda esa región, y cuyos elementos constitutivos bajo la influencia del aire se convierten en nitrato.

La explotación del salitre, emprendida en los confines del desierto de Atacama, había dado excelentes resultados. El descubrimiento de los yacimientos de Antofagasta, determinó, hace algunos años, una verdadera fiebre minera.

Antofagasta está situada en el desierto de Atacama, que separa el norte de Chile de las provincias del sur del Perú y de Bolivia. En los momentos de formarse las Repúblicas chilena y boliviana, este territorio inculto y sin valor, servía de frontera natural entre los dos países, frontera vaga e indecisa, a la que ni uno ni otro Estado concedieron durante mucho tiempo ninguna importancia, hasta el día en que exploradores afortunadas descubrieron los yacimientos de salitre y de guano.

Diez años duraron las negociaciones diplomáticas entabladas en 1856. Chile exhibía títulos de posesión, que demostraban que su jurisdicción se extendía hasta el grado 22 de latitud sur. Bolivia reclamaba hasta el 25 grado. Un peligro común trajo consigo una "entente". En 1866, a la terminación de la guerra sostenida conjuntamente por Chile, Bolivia y Perú, contra España, se hicieron de una y otra parte mutuas concesiones, y en un tratado firmado en aquel mismo año, se fijo en el grado 24 de latitud sur la frontera de los dos Estados. Quedó, sin embargo, estipulado que explotarían en común y compartirían por iguales partes lo que se recaudase por derechos de explotación de las minas y los yacimientos situados entre los grados 23 y 25. En estos límite se encuentra Antofagasta, a diez leguas

al norte del grado 24, y por consiguiente, en territorio boliviano. Fué, por tanto, el Gobierno de Bolivia quien, de acuerdo con el Tratado de 1866, otorgó a las compañías chilenas las concesiones necesarias.

Relegada toda ella al interior del continente, donde ocupa una superficie doble de la de Francia, Bolivia no posee otra salida al mar que esta estrecha faja de terreno de alrededor de 40 leguas, limítrofe de Chile. Al norte obstruye el acceso al mar la provincia peruana de Arequipa, de manera que el comercio boliviano se ejerce en gran parte por los puertos del Perú. Después del tratado de 1866, la emigración chilena, atraída por el afán de la ganancia, fué remontando poco a poco la costa e invadió el desierto, que exploró en todas direcciones; entonces hizo nuevos descubrimientos de yacimientos. En las costas, sobre todo, se formaron nuevos centros de población. Puertos pequeños, desconocidos poco antes, adquirieron una gran importancia; los depósitos de salitre, en vista de la dificultad de comunicaciones, no podían ser explotados eficientemente, sino cuando estaban situados a poca distancia de la costa.

Descubiertos por los chilenos los importantes yacimientos de Antofagasta, fueron explotados por una compañía chilena que disponía de capitales considerables.

Nadie puso en discusión el derecho de propiedad de Bolivia; la compañía chilena lo reconoció de la manera más explícita, conformándose a las leyes y reglamentos bolivianos relativos a la explotación de minas. En pocos años Antofagasta adquirió un enorme desarrollo y enriqueció a los accionistas de sus minas.

Estos resultados debidos a la actividad, al es-

píritu de empresa y a la iniciativa de los chilenos, despertaron la envidia primero y la inquietud después, de Bolivia. Surgieron dificultades La vaga cláusula del Tratado de 1866, que estipulaba el disfrute de común de las minas entre los grados 23 y 25, se prestaba a muy diversas interpretaciones. A instancias de sus nacionales y deseoso de no arriesgar sus capitales en una empresa de tanta importancia, sino después de una entente previa con Bolivia, el Gobierno chileno volvió a entablar negociaciones que concluyeron en 1874, con las siguientes declaraciones: Chile se comprometía a renunciar a su parte correspondiente en los derechos que debía percibir sobre los guanos y las minas, en virtud del Tratado de 1866, y, por su parte, el Gobierno de Bolivia declaraba que los derechos de exportación en la zona común no se elevarían sobre los que regían en aquel entonces; que las personas, las industrias y capitales chilenos no serían sometidos a ninguna otra contribución que las actualmente existentes. Esta cláusula del Tratado debería regir por espacio de 25 años.

Bolivia no preveía entonces que en un plazo no lejano, bajo el régimen de una legislación minera sumamente liberal, Antofagasta se había de convertir en una colonia chilena, que contaba con cerca de 20,000 obreros, dueños en realidad de un territorio sobre el que el Gobierno de Bolivia no ejercía más que soberanía nominal. A Bolivia no se le ocurrió ni en sueños distraer un ejército, construir fortalezas, ocupar militarmente una región absolutamente estéril, en la que faltaba por completo todo lo más necesario e indispensable para la vida del hombre, donde no podía conseguirse un poco de agua potable siquiera, sino merced a aparatos de destilación instalados en la playa, donde escaseaba el combustible

hasta el punto de que sus habitantes no podían cocer sus alimentos, sino después que sus an males de carga habían digerido los suyos y el sol abrasador del desierto había secado sus excrementos.

Protegida con su tratado con Bolivia, la emigración chilena avanzaba con paso lento, pero seguro. En muchas circunstancias surgieron dificultades con las autoridades locales, impotentes para hacer respetar sus resoluciones y afirmar su autoridad.

En La Paz, sede del Gobierno boliviano, la opinión pública inquieta, conmovida, reprochaba al Presidente su excesiva condescendencia para Chile y le acusaba de sacrificar los intereses nacionales. No estaba lejos la hora, decían, en que Bolivia dejaría de ser una nación independiente, y no tendría más remedio que someterse a la dominación chilena. Esa hora, llegaría cuando, privada de toda salida al mar, encerrada por todas partes, Bolivia se viese obligada a exportar sus productos y a importar sus artículos por los puertos de su rival.

Pero estas alarmas no eran sólo de Bolivia. Por razones diversas, el Perú seguía con mirada recelosa esta invasión pacífica de Chile. El desierto de Atacama separaba sus provincias meridionales del norte de Chile y el desierto se poblaba rápidamente. Por otra parte, el Perú estaba lleno de deudas, su Hacienda mal administrada, le obligaba a acudir al crédito y el crédito se agotaba.

A pesar de disponer de infinidad de recursos naturales, iba a la bancarrota; las islas Chinchas, esos yacimientos enormes de guano, eran para el Perú lo que el Perú mismo con sus prodigiosas minas de oro, había sido para España: una fuente de fáciles r quezas, al parecer inagotables, y en realidad motivo de incuria, de miseria, y en último término, de ruina.

Se gastaba sin tasa ni medida, vendiendo, hipotecando las ganancias del porvenir. Los depósitos de guano debían proveer a todo, permitirlo todo y excusarlo todo. Pero estos depósitos se agotaron también. Se les pidió demasiado, adelantos enormes, intereses exorbitantes. El Perú, urgido, se apresuró a reparar su déficit, cargando con un subido impuesto la exportación de sus salitres. En su territorio había inmensos yacimientos. Pero estos elevados impuestos producían poco, y no dieron otro resultado que el de constituir una pr ma en favor del salitre chileno, activar su producción y estimu'ar su exportación. Los barcos europeos abandonaron los puertos del Perú y vinieron a cargar a Mejillones y Antofagasta el salitre que las compañías chilenas vendían a más bajo precio, no teniendo que pagar, en virtud del Tratado de 1874, sino derechos muy moderados.

Para impedir esta competencia tan desastrosa, no había más que un medio: persuadir al Gobierno boliviano que impusiese a sus salitreras contribuciones más subidas. Oponíase a ello el Tratado de 1874, pero Bolivia estaba también empobrecida, la opinión pública era contraria a la explotación chilena. Esta medida tenía por tanto, para ella la simpatía de su Gobierno y la de su pueblo. En realidad podía ser causa de una guerra, pero no se creía en ella. Chile no se atrevería, pensaron ellos, a aventurarse en una guerra con Bolivia, en una lucha larga y costosa, en la que tendría que transportar a través del desierto un ejército con todos sus aprovisionamientos, franquear enormes distancias de terreno estéril, la cordillera de los Andes y emprender una marcha peligrosa sobre La Paz. Chile vacilaría aún más si Bolivia, firmando un tratado de alianza ofensiva y defensiva con el Perú, podía poner sobre

las armas los efectivos militares y las fuerzas navales de esta nación. Un tratado de esta naturaleza fué precisamente la condición que puso Bolivia para aceptar la aventura que el Perú le proponía.

Se iniciaron negociaciones y quedó firmado el Tratado, que se convino en mantener secreto, con el fin de proporcionar al Perú la ocasión de ofrecer su mediación, no revelándolo sino en caso de que Chile rechazase esta mediación y declarase la guerra.

El 11 de Febrero de 1878 el Congreso Nacional de Bolivia, aprobó el siguiente decreto:

"Artículo único.—Se aprueba la transacción hecha por el Poder Ejecutivo el 27 de Noviembre de 1873, con la compañía de salitre y del ferrocarril de Antofagasta, "con la condición de que se haga efectivo un impuesto de diez centavos por quintal de salitre exportado".

El Congreso se excedía en sus facultades. La ley de 22 de Noviembre de 1872, había concedido al Presidente y a su Gabinete autorización para arreglar de una manera definitiva todas las cuestiones suscitadas sobre la validez de las concesiones. Esta ley aprobaba por tanto el convenio celebrado el 27 de Noviembre con la Compañía de Antofagasta y no era necesaria una sanción legislativa posterior. Tal había sido en efecto la opinión de los Congresos Nacionales de 1874, 1875, 1876 y 1877. Ellos habían consagrado con su silencio y su aprobación implícita la validez de una transacción sobre la que el Congreso de 1878 no estaba llamado a intervenir.

Por otra parte, este decreto constituía una violación formal del artículo 4.° del Tratado de 1874, por el que el Gobierno boliviano se comprometía

a no establecer nuevos impuestos sobre la explotación chilena durante un período de 25 años.

Chile protestó contra esta violación de un pacto internacional.

Su Ministro en La Paz pidió al Gobierno boliviano la reconsideración de este decreto. Entabláronse negociaciones, que duraron todo el año 1878. Bolivia trataba de aplazar la discusión. Necesitaba tiempo para hacer sus preparativos militares y dejar al Perú que organizase sus fuerzas para impedir con un imponente despliegue de fuerzas de los dos ejércitos aliados la entrada en campaña del ejército chileno.

El Gabinete de Santiago, irritado con los aplazamientos de la cuestión, exigió una respuesta inmediata y definitiva, declarando que sólo la derogación del decreto podía satisfacerlo. Acorralado, el Gobierno de Bolivia, sostuvo la tesis singular de que el Congreso Nacional tenía el derecho de poder expedir decretos en contraposición con leyes anteriores y pactos internacionales. Por fin, el 18 de Septiembre de 1878 informó al Ministro de Chile que mantenía en todas sus partes el decreto y que se habían dado órdenes terminantes a las autoridades de la costa para la percepción del impuesto prescrito por el decreto de Febrero. El Gobierno boliviano exigía, además, el pago de una suma de 450 mil pesos que se le adeudaba, según él por los impuestos anteriores y alegaba que, como consecuencia de la concesión hecha por él a la compañía constructora del ferrocarril destinado a unir las minas con el mar, se creía en el derecho de exigir una compensación proporcional a la garantía financiera aceptada por él en interés de la explotación.

En Chile fué enorme la sorpresa. Chile se sentía

amenazado, pero se encontraba listo. El Gobierno llamó a su Ministro en La Paz y decretó la movilización del ejército, poniendo en pie de guerra 20 mil hombres y movilizando su escuadra

El Gobierno boliviano no esperaba tan enérgicas medidas; invocando, a su vez, el texto del Tratado de 1874, recordó a Chile que uno de los artículos de este Tratado estipulaba, en caso de divergencias, el recurso de mediación de un país neutral, y ofreció la mediación del Perú. El golpe era hábil y magistral. Si Chile aceptaba, ganaba la causa Bolivia; si rehusaba, se ponía en evidencia y ofrecía al Perú un pretexto para intervenir, Junto con esta proposición de arbitraje, llegaba a Santiago un Plenipotenciario peruano con la misión de ofrecer a Chile su amistosa mediación.

Ciertas indiscreciones, intencionadas, dejaron comprender que, en caso que Chile rehusase su ofrecimiento, el Perú, muy a pesar suyo, se vería en la obligación de entrar en guerra y defender la causa de Bolivia. En tales condiciones y bajo tales reservas, no podía ser escuchada la proposición de arbitraje. Chile, sin entrar siquiera en discusiones, contestó declarando que la violación por parte de Bolivia del Tratado de 1874, retrotraía la cuestión al estado en que se hallaba antes de la firma del Tratado; que en aquella época él tenía establecidos sus derechos sobre el territorio situado entre los grados 23 y 25 de latitud sur y que solamente había consentido en limitar su soberanía al grado 24 con la precisa condición de disfrutar en común la parte del desierto de Atacama, comprendida entre el grado 24 y 25 y que quebrantado este acuerdo por parte de Bolivia, Chile tomaba posesión de lo que le pertenecía,

II

Era la guerra. Bolivia creyó evitarla o al menos retardarla, revocando el decreto expedido, pero declarando que se consideraba desligada de sus últimas concesiones, y en consecuencia retiraba los previlegios otorgados a la Compañía de Antofagasta. Desprovista de las fórmulas diplomáticas, aquella declaración equivalía a ésta: Bolivia revocaba un decreto que imponía una contribución de 450 mil francos, pero confiscaba o arruinaba una propiedad que valía más de veinte millones.

El 12 de Febrero de 1879, Santiago celebraba el aniversario de la batalla de Chacabuco, fecha inscrita en los fastos históricos de Chile. Aquel mismo día el Ministro del Interior recibía el siguiente despacho mandado desde Antofagasta, el que inmediatamente fué publicado y pegado en todas las esquinas de las calles de la capital: "El Gobierno de Bolivia, a despecho de nuestras reclamaciones ha decretado la confiscación de la propiedad de nuestros conciudadanos y ha tomado posesión de los depósitos de salitre, sin dignarse siquiera dar una explicación".

Una explosión de cólera acogió esta noticia. Sobreexcitada la opinión pública, obligó al Gabinete a proceder. Este estaba pronto. Los obreros chilenos empleados en las faenas mineras recibieron por telégrafo la orden de resistir; reforzados con un grupo de tropas regulares, se apoderaron de Antofagasta, Mejillones y de Caracoles. Un acorazado chileno bloqueaba el puerto de Cobija, donde se habían refugiado las autoridades bolivianas arrojadas de los distritos mineros. El ejército se ponía en acción y nuevos transportes cargados de tropas llegaban con toda rapidez a las costas de Bolivia con mayores refuerzos.

El Gobierno de Santiago no se hacía ilusiones sobre la gravedad de las resoluciones adoptadas. Chile se encontraba entonces en una de esas situaciones en que se impone la audacia y en que la fortuna prodiga sus favores según el grado de vitalidad de un pueblo, la habilidad de su Gobierno y el coraje de sus soldados. No tenía solamente que temer la coalición del Perú con Bolivia, tenía que temer también a la República Argentina, con la que sus relaciones diplomáticas eran cada día más tirantes, a causa de una profunda desinteligencia y que podía, aprovechando la ocasión, venirse en contra de Chile, crear una situación difícil o por lo menos hacer pagar su neutralidad a un precio muy subido.

Como ya hemos manifestado, la Cordillera de los Andes separa a Chile de la República Argentina, cuya capital es Buenos Aires. Estos montes, difíciles de franquear, fáciles para defenderse de una y otra parte, previenen todo conflicto; pero por el sur de los Andes se achatan alargándose y formando las altas llanuras de la Patagonia, sobre las que ambas Repúblicas reclaman el derecho de soberanía. La posesión de la Patagonia asegura el control del Estrecho de Magallanes, línea directa de los vapores que van con rumbo al Pacífico. Dueña de este territorio, la República Argentina tendría entre sus manos una parte del comercio de Chile, que recibe sobre todo la vía del Estrecho. Quedaría, es verdad, el paso libre por el Cabo de Hornos, pero este paso es uno de los más largos, más penosos y más peligrosos que existen. Los barcos que vienen del Atlántico al Pacífico encuentran ahí corrientes contrarias, vientos de arriba que les obligan las más de las veces a permanecer durante semanas enteras en medio de tormentas y tempestades, expuestos a chocar con los bancos de arena y expuestos a las furias del

mar. Chile mantiene con Europa un comercio de intercambio de productos de los más importantes; no posee puerto ninguno en el Atlántico, el establecimiento de una vía férrea proyectada entre él y la República Argentina, a través de uno de los desfiladeros de los Andes, facilitaría grandemente su comercio; pero ese comercio quedaría siempre sujeto a la buena voluntad de sus vecinos, los que, si por otra parte eran además dueños del Estrecho, quedaba el comercio chileno como tributario suyo.

La perforación del Itsmo de Panamá salvaría estas dificultades, pero la vía del canal, aún siendo más corta y más segura, será siempre la más costosa, y para todos aquellos productos que estorban y son de escaso valor, será siempre el Estrecho de Magallanes la ruta más utilizada.

En 1877 había abierto el Gobierno chileno negociaciones con la República Argentina para solucionar amigablemente sus dificultades tocante a sus respectivas pretensiones sobre la Patagonia. Dichas negociaciones eran de carácter secreto, a instancias de la Cancillería de Chile. Ya en 1873 había logrado el Gobierno peruano que fracasasen las negociaciones emprendidas por Chile. A fines de 1877 los plenipotenciarios se pusieron de acuerdo y convinieron en que el tratado, resultado de sus deliberaciones, se sometería a un mismo tiempo a la aprobación, de las asambleas legislativas de ambos países. La Cámara Legislativa chilena rechazó el tratado después de una viva discusión, por no ofrecer las garantías necesarias. De esto se dió aviso oficial al Gabinete de Buenos Aires, el que contestó por un mensaje del Presidente a las Cámaras, en el que declaraba que, en vista del rechazo chileno del pacto llevado a cabo por su plenipotenciario, estimaba que la República Argentina debía atenerse al "uti

possidetis, de 1810. Terminaba el mensaje con estas significativas palabras: "Entre tanto, nuestro deber es encarar friamente la situación que se nos ha creado. Se han roto las negociaciones, pero no por culpa nuestra, Tengamos calma, pero estemos resueltos a mantener nuestros derechos. Sabremos defenderlos y esperamos aún que sabias inspiraciones animen a Chile y nos permitan llegar por medios pacíficos a una solución que hace mucho tiempo debía haberse alcanzado.

Este mensaje del Presidente tuvo una favorable acogida. En la Cámara de Diputados, en la prensa y en las reuniones públicas se acentuó más aún la nota belicosa, se reclamó y se consiguió el envío de buques de guerra a las costas de la Patagonia; se hicieron bajo cuerda negociaciones con el Perú y Bolivia, cuyo concurso estaba asegurado por una acción común en contra de Chile. Por su parte, este último enviaba a Río de Janeiro un hábil diplomático para sondear al Gabinete brasilero y despertar el recuerdo de antiguas rencillas que subsistían entre el Imperio del Brasil y la República Argentina, y que databan nada menos que de 1870. En esta época, estas dos potencias, aliadas entonces contra el Paraguay, habían impuesto a éste por la fuerza un tratado de cesión territorial y la libre navegación del Paraná y del Paraguay superior; pero estas concesiones obtenidas habían llegado a convertirse en causas de discordia, pues cada uno de los dos países opinaba que era el otro el que únicamente se aprovechaba de las ventajas conseguidas.

Al Perú y Bolivia no cabía la menor duda que la República Argentina se aprovecharía de la comprometida situación de Chile para hacer valer sus pretensiones. Se creían, por lo tanto, con derecho para

contar con una poderosa ayuda por el sur; pero aún en el caso de que ésta les fallace, no por eso se juzgaban menos seguros del éxito.

En cuanto a Chile, sentía instintivamente que el nudo de todas sus dificultades estaba en el norte, que un éxito al principio haría vacilar al Gabinete de Buenos Aires y que una victoria sobre el Perú y Bolivia le garantizaría la neutralidad por el sur.

Las fuerzas que sus enemigos podían poner en pie de guerra eran numéricamente superiores a las suyas, Bolivia y el Perú juntos contaban con cerca de cinco millones de habitantes, el doble de la población de Chile.

Cierto es que Bolivia no poseía marina militar, pero el efectivo de su ejército de tierra era bastante considerable, y en un país en que todo el mundo es soldado y está habituado al manejo de las armas, nada más fácil que organizar grandes levas. El soldado boliviano es por naturaleza bravo, sobrio, resistente. Vestido con un capote de tosco género, pantalones largos y calzado de ojotas, especie de sandalia de cuero que él mismo se fabrica, resiste las marchas más rudas y opone a las privaciones, una obediencia ciega a sus jefes y una paciencia a toda prueba, cualidades que compensan la falta de ardor guerrero y de patriótico entusiasmo. Firme ante el fuego, muere, pero no retrocede. Habituado a recorrer montañas y desiertos arenosos, franquea sin vacilar grandes distancias, se alimenta poco y es ingenioso para subvenir a sus necesidades, muy limitadas por otra parte. Menos numeroso, pero más entusiasta, el ejército peruano se compone de elementos diferentes. Su instrucción es superior. Las continuas revoluciones han militarizado su población. Jinetes excelentes y buenos infantes, de un valor brillante, los oficiales y soldados pe-

ruanos no ponían en duda su buen éxito. Veían en la guerra entablada una especie de paseo militar, destinado a humillar la arrogancia de Chile, por cuyo espíritu mercantil sentían un profundo desprecio, y cuyo ejército no era para ellos motivo de mayor estimación. Al cabo de 25 años de una paz no interrumpida no había tenido Chile ocasión para aguerrirse y poco a poco había ido haciendo en su ejército reducciones sucesivas. Pero en cambio imperaban en sus tropas la disciplina, la moralidad y la instrucción técnica; sus efectivos eran buenos y no faltaban los hombres de quienes servirse eficientemente.

Por todas las razones que acabamos de exponer, los esfuerzos de Chile se habían dirigido preferentemente hacia el mar. Contaba, pues con una respetable marina compuesta de dos fragatas acorazadas, el ' Blanco Encalada" y el "Almirante Cochrane", con seis cañones de 300 cada uno, cuatro corbetas, una cañonera, la "Magallanes dos pontones y diez transportes.

El Perú disponía por su parte, de una escuadra a lo menos igual; cuatro buques acorazados: la fragata "Independencia", el monitor "Huascar" y las baterías flotantes "Atahualpa" y "Manco-Capac"; dos fragatas, la "Unión" y el "Apurimac"; una goleta, la "Pilcomayo" dos pontones y seis transportes. Por una y otra parte las tripulaciones eran sólidas y bien instruídas, y los oficiales estaban a la altura de su cometido. Pero Chile tenía en cambio a su favor una organización administrativa superior a la del Perú y una excelente situación financiera. La del Perú era deplorable, su tesoro estaba vacío y su crédito exhausto. La renta peruana, cuya emisión se había hecho en Londres a 74, ya había bajado dos años antes de la guerra a 14.

Una legión de funcionarios esquilmaba el país. Víctimas de revoluciones incesantes, se apresuraban a enriquecerse durante su corto período administrativo, y reemplazados en seguida por otros no menos ávidos de hacer su agosto, se retiraban para pasar el resto de sus días a expensas del Fisco. Sus viudas y sus hijos tenían derecho a pensiones. Una parte de la población vivía de las rentas que el Estado les proporcionaba, y el Estado empobrecido sin cesar, veía cada año disminuir sus recursos y aumentarse sus cargas.

III

La noticia de la ocupación de Antofagasta por las tropas chilenas, causó en el Perú una emoción aún más viva que en Bolivia. Toda la población peruana hacía votos por la guerra: la prensa, incitando a ella, no era más que el eco de la opinión pública sobreexcitada y esperanzada en el éxito. En vano trataron de levantarse algunas voces moderadas en defensa de la neutralidad; sus prudentes consejos fueron ahogados por los belicosos clamores de los que veían en una entrada en campaña contra Chile grandes victorias, anexiones territoriales, la conquista de Atacama, el monopolio del salitre y la solución de las dificultades financieras en que se veía envuelto el Perú.

Don Mariano Ignacio Prado, Presidente del Perú, era considerado como persona de simpatías hacia Chile. Derribado del poder en 1867 por una de tantas revoluciones de cuartel como se producen frecuentemente en las Repúblicas hispano-americanas, se había refugiado en Santiago, donde residió durante ocho años; en 1875 un cambio de opinión política lo había vuelto de nuevo al poder. De su

prolongada estada en Chile, don Mariano Ignacio Prado había llevado ideas no tan superficiales como las de la mayor parte de sus conciudadanos acerca de los recursos y potencia de Chile.

No creía él que el solo anuncio de una alianza del Perú con Bolivia había de llenar de terror a Chile, según lo presagiaban los diarios, y había de obligarlo a pedir humildemente la paz. Pero, por otra parte, Prado no tenía ni la firmeza de carácter ni la autoridad necesaria para ponerse resueltamente en contra de la corriente de la opinión. La zozobra por su popularidad tan trabajosamente conquistada, la amarga experiencia del destierro y los cambios bruscos que desde el poder supremo lo habían lanzado a la obscuridad, la indolencia natural de su espíritu que le hacía encontrar más fácil de seguir, y al parecer de dirigir, una corriente nacional contra la cual no se sentía con fuerzas para nadar, el temor de los ataques de la prensa, todo le impulsaba a constituirse en abogado y el más ardoroso en apariencia, de una guerra sobre cuyo éxito no abrigaba la menor ilusión.

Creyó, sin embargo de su deber, como jefe supremo del Estado, tratar de conjurar la tormenta. "Yo respondo de la paz, dijo, si Chile evacúa Antofagasta". Esta débil manifestación de resistencia no podía dar resultado, como no lo había dado la oferta de mediación hecha a Chile y a la que el Gobierno de Santiago respondió urgiendo a don Antonio Lavalle, plenipotenciario del Perú, a declarar si el Perú estaba o no ligado a Bolivia por algún tratado secreto. En vano don Antonio eludía la cuestión, declarando que "él no tenía conocimiento de este tratado, que creía que no existía, pero que habiendo oído en Chile rumores a este respecto, había pedido a Lima los informes del caso".

El Gobierno de Chile redobló sus instancias exigiendo una respuesta categórica y requiriendo al Perú para que se declarase neutral.

El día 21 de Marzo hacía saber por fin el Perú que no era posible declararse neutral, en vista de la existencia de un tratado secreto de alianza firmado con Bolivia en 1873. El 2 de Abril el Ministro de Relaciones Exteriores de Chile dirigía al plenipotenciario peruano la siguiente nota:

«Santiago 2 de Abril de 1879.—Señor:—La declaración hecha por vuestro Gobierno en estos últimos días al Ministro de Chile en Lima, en la que expone que no puede declararse neutral en nuestro conflicto con Bolivia, a causa de un pacto firmado con Bolivia de alianza defensiva, y que es el mismo que usted me leyó en nuestra conferencia de 31 de Marzo, ha dado a comprender a mi Gobierno que no podía seguir manteniendo relaciones de amistad con el Perú. En consecuencia a la respuesta que usted me dió en nuestra primera conferencia de 17 de Marzo, relativa a nuestra pregunta acerca de la existencia de dicho tratado, que US. creía que no existía, alegando en prueba de su aserto que tal acuerdo no había sido aprobado por el Congreso peruano de 1873, y menos aún por los Congresos sucesivos, durante los cuales US. formaba parte de la comisión diplomática, en consecuencia de esta respuesta, repito, mi Gobierno ha visto que el vuestro, al ocultaros ese tratado a US. y a nosotros, se ha colocado en una posición irregular.

«Mi Gobierno se ha sorprendido al saber que el del Perú proyectaba y firmaba este tratado en los precisos momentos en que manifestaba a Chile sus sentimientos de la más cordial amistad.

«A este acto misterioso, sobre el que se ha guardado el silencio más absoluto, el Gobierno de Chile

ha respondido con una franqueza insuperable, que quedaban rotas sus relaciones con el Perú y que se consideraba a éste como país beligerante en virtud de la autorización que a este respecto y con fecha de ese día había recibido de los altos por deres del Estado.

"Al devolver a US. sus pasaportes, creo un deber asegurarle que se han tomado todas las medidas para ofrecerle tanto a US. como al personal de su Legación todas las facilidades y consideraciones que les son debidas.

"Reitero a US. con los sentimientos de mi más distinguida consideración las expresiones de la alta estimación con que soy de V. E. obsecuente servidor.—Alejandro Fierro.—A. S. E. don José Antonio de Lavalle Enviado Extraordinario del Perú".

Quedaba declarada la guerra con el Perú, y en el terreno diplomático Chile conservaba las ventajas conseguidas en el terreno militar. Nada había que contestar a esta nota firme y moderada que ponía fin a una negociación condenada desde un principio al fracaso. La opinión pública aprobó en todas sus partes la actitud de sus gobernantes, explicada en un memorandum que se dió a la publicidad el 5 de Abril en el Diario Oficial de Santiago, y que terminaba con estas palabras:

'Chile estará a la altura de la gran obra que se ha impuesto. El Gobierno se siente fuerte en presencia de la actitud enérgica y resuelta del país. En estas condiciones el éxito es indudable.

'Esta nación honrada, pacífica y laboriosa, que hace tantos años sólo emplea el hierro en sus trabajos agrícolas y en el transporte de sus productos, pone sus destinos en manos de la Providencia y en ella confía como en el valor, la energía y la infatigable constancia de sus hijos".

Estos sucesos modificaron la situación. Cambiaba el terreno de la lucha y el Perú se convertía en el principal adversario, siendo por tanto el primero contra el que había que ponerse en guardia y dirigir los primeros ataques. La campaña contra Bolivia exigía tiempo. Separado Chile y Bolivia por vastos desiertos, lo mismo podía Chile dirigir sus tropas contra La Paz, que podía Bolivia invadir el suelo chileno antes de reunir un material considerable y haber asegurado la subsistecia de sus tropas y el transporte de su artillería. La ocupación del litoral boliviano era cosa fácil para Chile, país dueño del mar; pero esto en nada impedía la unión de las fuerzas del Perú y Bolivia; además, iba a entrar en batalla la escuadra peruana. Mientras Chile no tuviese delante más que a Bolivia, la lucha quedaba necesariamente circunscrita. Y como Bolivia no contaba con marina militar, nada tenía Chile que temer por la enorme extensión de sus costas.

Pero la cosa era distinta. Existía la flota peruana, que era ciertamente temible y que se sabía estaba lista para darse al mar. El bloqueo de los puertos bolivianos se hacía peligroso, los barcos que en ellos había cargados podían de repente ser asaltados por fuerzas enemigas superiores y destruidos por completo. Un encuentro naval entre ambas escuadras, en el que Chile estuviese en inferioridad, podía asestar a éste un golpe mortal y exponer sus puertos al bombardeo, a Valparaíso a la ruina de su comercio, y, en una palabra, a todo el país a una invasión por tierra apoyada por una flota victoriosa. Era por tanto necesario, ante todo, andar con prudencia en el mar y dirigir a este punto todos los esfuerzos y todos los recursos de que se podía disponer.

La ocupación de Antofagasta y del litoral boli-

viano había dado por resultado arrojar hacia el norte los débiles destacamentos que Bolivia mantenía en estos parajes. Estos se habían replegado sobre Calama a poca distancia de la costa, donde esperaban repuestos para emprender al momento la ofensiva. A su frente se había puesto un abogado boliviano, Ladislao Cabrera. Hombre emprendedor y resuelto, había logrado restablecer la disciplina y levantar la moral de sus tropas, y se encontraba en disposición de oponer una seria resistencia, o de intentar una marcha ofensiva. Situado en los límites del Loa, Calama es una especie de oasis en el desierto de Atacama, el punto de aprovisionamiento de las caravanas que van de Potosí al litoral Abundaban allí los víveres y las municiones. El punto estaba, pues, bien escogido para una concentración. Por otra parte, desde Calama se amenazaba a las minas de Caracoles; al cabo de una buena marcha se podía llegar hasta Cobija y esperar allí en condiciones favorables la vanguardia del ejército boliviano, con la que se estaba en comunicación.

Importaba mucho a Chile prevenir esta última eventualidad, de tal naturaleza que comprometía los resultados del atrevido golpe de mano por medio del cual se había apoderado del territorio disputado.

Cuatro buques de la escuadra vinieron a bloquear a Cobija, la que ocupó sin derramamiento de sangre un cuerpo de desembarque, mientras el coronel Sotomayor, saliendo de Antofagasta, tomaba posesión de Caracoles, donde era entusiastamente acogido por los mineros chilenos. Echados sucesivamente de estos dos puntos, se replegaron sobre Calama los destacamentos bolivianos, engrosando los efectivos de Cabrera.

Preocupado con este peligro, el coronel Sotomayor decidió caer sobre Calama antes de que la llegada de refuerzos permitiese a Cabrera tomar la ofensiva. Dividiendo sus tropas en dos facciones, dejó un destacamento en Caracoles escogió 500 hombres de los más robustos y marchó hacia el norte, marcha ruda y difícil por un país árido en que al abrasador calor del día suceden los fríos intensos de la noche, donde en el espacio de 24 horas hay en el termómetro una variación de 30 grados. Había que transportarlo todo consigo víveres, agua forraje, a través de llanuras arenosas y de quebradas escarpadas. El 23 de Marzo por la mañana llegaba el coronel chileno a la vista de Calama. Instado a rendirse, Cabrera respondió con una enérgica negativa. Esperaba ser atacado y había tomado todas las precauciones necesarias para la resistencia. Abandonar Calama era entregar la llave de Atacama. Hábilmente dispuestos a lo largo del río Loa, detrás de espesos matorrales que les servían de abrigo, los soldados bolivianos abrieron un fuego nutrido contra las fuerzas chilenas, que combatían al descubierto contra un enemigo invisible. En estas condiciones desfavorables, sufrieron los chilenos pérdidas considerables; pero tanto los oficiales como los soldados no se hacían ilusiones sobre la imposibilidad de una retirada. Detrás de ellos estaba el desierto, que acababan de atravesar con tantas dificultades; delante, el enemigo, pero también la salvación, el agua, los víveres que ya estaban próximos a faltarles. Vencidos, caerían todos ya bajo el fuego del enemigo que les perseguiría, ya de hambre y de sed en aquellas inmensas soledades. A las órdenes del coronel Sotomayor siguieron avanzando, incendiando los matorrales tras de los que se escondía el enemigo. El humo del incendio

arremolinado por el viento envolvía a los soldados bolivianos, que se veían obligados a retirarse. Una carga vigorosa de los chilenos dió termino a su derrota. Cabrera congregó a los fugitivos y lentamente, sin ser perseguido, emprendió el camino de Potosí, dejando en manos de los chilenos a Calama, sus heridos y sólo una treintena de prisioneros, entre los cuales había un coronel y dos oficiales.

En Chile fué recibida con enorme entusiasmo la nueva de esta victoria. La toma de Calama descartaba por un tiempo toda preocupación y todo temor de un ataque por tierra, permitiendo al Gobierno chileno concentrar su atención y sus esfuerzos en las operaciones navales. La escuadra chilena recibió orden de darse al mar; cuatro navíos cargados de tropas de desembarque ocuparon sin resistencia los puertos bolivianos de Cobija y de Tocopilla, mientras los acorazados chilenos bloqueaban el puerto peruano de Iquique, centro de comercio importante, defendido por una guarnición de 3,000 hombres.

En la interesante obra que sobre la guerra del Pacífico acaba de publicar un distinguido escritor, que es al propio tiempo uno de los más autorizados estadistas de Chile, don Diego Barros Arana, leemos que la escuadra chilena pudo entonces, cayendo sobre el Callao, apoderarse por un vigoroso golpe de mano de este puerto, derrotar en él a la flota peruana y asegurarse así las ventajas que sólo consiguió más tarde al precio de enormes sacrificios y de desesperados combates. El Gobierno chileno cometió el error, a lo que parece, de tomar demasiado en serio las fanfarronadas de los peruanos y de dar demasiada importancia a su potencia naval y a sus medios de resistencia. Es posible, en efecto, que en los primeros momentos de la lucha

hubiese tenido éxito semejante tentativa, pero nunca había seguridades de ello. El Callao estaba en situación de defenderse. Los acorazados peruanos poseían una artillería formidable. Resguardados en el puerto, se duplicaba su fuerza de resistencia con sus baterías de tierra; las tropas de desembarque de Chile no constituían aún más que un efectivo insuficiente, y un fracaso ante el Callao, al principio de la campaña, habría comprometido grandemente la situación. Si el Gobierno chileno concibió este arriesgado proyecto, es seguro que renunció a él después de un maduro examen, y nosotros no podemos menos de alabar su prudencia.

Desde el 7 de Abril, en efecto, estaba la escuadra peruana suficientemente aprontada para que los buques "La Unión" y el "Pilcomayo" se hicieran a la mar bajo las órdenes del comandante García y García. Al norte de Antofagasta, en la frontera misma del Perú y Bolivia, se encuentra el puertecito de Loa, en la embocadura del río de su nombre. Aquí fué donde tuvo lugar el primer encuentro entre las fuerzas del Perú y de Chile, La cañonera chilena "Magallanes", destacada de la escuadra para reconocer esta parte de la costa y escoltar un convoy, se encontró de pronto frente a los buques del Perú. Demasiado avanzada para retroceder, tuvo que aceptar un combate en el que la superioridad de su tiro compensó la inferioridad de su armamento. A las precipitadas descargas de los buques peruanos, contestaba la "Magallanes" con un fuego más lento y más metódico, pero también más eficaz. La "Unión bastante averiada, y el "Pilcomayo", que se mantuvo a considerable distancia, tuvieron que dejar el campo libre a la cañonera chilena, que se incorporó a su escuadra sin mayores averías.

Alentado con este primer éxito, el almirante chi-

leno Williams Rebolledo, que bloqueaba Iquique, resolvió dirigirse hacia el Callao y presentar combate a la escuadra peruana. El mantenimiento del bloqueo de Iquique quedó confiado a dos buques chilenos, el "Esmeralda" y la "Covadonga", a los que la lentitud de su marcha y su estado de vetustez hacían inútiles para la expedición que se proyectaba. Su misión debía limitarse a impedir el acceso y la salida del puerto de Iquique a los navíos de comercio.

Subiendo hacia el norte, el almirante chileno recorrió la costa, bombardeando sucesivamente los puertos de Mollendo y Pisagua. Toda esta parte de la costa estaba enteramente desprovista de vegetación y falta de agua. Hubo necesidad, como en Iquique, de recurrir a los condensadores y destilar el agua del mar. El 18 de Abril fué bombardeado Pisagua, y destruido todo el material de explotación del guano. En 500,000 soles, más de dos millones de francos, se calculan los daños causados por el fuego de la artillería chilena. Lo mismo en Pisagua que en Mollendo, tomados al descuido los peruanos, no habían tenido tiempo de preparar sus baterías. Sólo Arica estaba en condiciones de defenderse.

Inmovilizada en el puerto del Callao, la flota peruana no daba señales de vida y dejaba que sus costas fuesen devastadas impunemente. El almirante chileno lo sabía y por eso iba derecho a su objeto. En Lima y en el Callao, la opinión pública sobreexcitada exigía medidas enérgicas y anunciaba la próxima partida de uno de los buques de guerra, no para proteger las costas del sur sino para subir hacia el norte y para ir a esperar a Panamá el material de guerra que se esperaba de Europa. Estos rumores, puestos hábilmente en circulación, no tenían otro objeto que engañar a la escuadra chilena, arrastrarla hacia el norte y dar un golpe de

mano sobre el puerto de Iquique. Asegurado por esta inacción y por los avisos que le llegaban, el almirante Rebolledo dirigió su proa rumbo al Callao.

El 16 de Mayo, el monitor "Huascar" y la fragata acorazada "Independencia", abandonaban furtivamente este puerto, y en la madrugada del 21 llegaban a la rada de Iquique.

La "Independencia", revestida de una coraza, de 4 pulgadas y media, contaba con 22 cañones Armstrong, dos de ellos giratorios y un espolón de 12 pies de largo. El "Huáscar", monitor de torrecillas, estaba armado de cinco cañones Armstrong y de tal manera construído que podía bajar su borda superior y no presentar al enemigo más que una borda plana de diez pulgadas sobre la línea de flotación. Contra estos dos temibles adversarios estaban lejos de poder combatir la "Covadonga" y la "Esmeralda"; pero sus comandantes, jóvenes activos, y resueltos, decidieron pelear hasta el fin y hundirse antes de entregarse. Intimado a rendición por el "Huáscar", el "Esmeralda" contestó con una andanada de artillería. Dos veces se lanzó sobre él el "Huáscar" para atravesarlo con su poderoso espolón y dos veces la corbeta chilena logró evadir el golpe, manteniendo siempre su fuego. Al tercer ataque, el "Huáscar" la atravesó. En el momento de hundirse, su comandante Arturo Prat llegó hasta el puente del "Huáscar" con un puñado de sus hombres, entablándose una lucha desigual, en la que pereció aquél y todos sus compañeros. El "Esmeralda" desapareció entre las olas no sin antes herir al buque enemigo en el puente, con una última abordada. De los ciento ochenta hombres de que se componía la tripulación del buque chileno sólo se salvaron 60.

Durante este tiempo, la fragata acorazada peruana "Independencia", perseguía a la "Covadonga" Su comandante contestó con indomable energía al fuego del peruano. Sus dos únicos cañones, admirablemente apuntados, atravesaron el puente del buque peruano pero no podía morder en la dura coraza de hierro. Aprovechándose de su poco calado y de su perfecto conocimiento de la costa, el comandante Condell puso rumbo con toda audacia hacia los arrecifes llevando tras de sí en su persecución a la "Independencia", que encalló en un banco de arena. Aún cuando la "Covadonga" hacía agua por toda partes, acribillada como estaba por la poderosa artillería del adversario, siguió disparando sobre el acorazado peruano y no lo abandonó hasta no ver completada su obra de destrucción. Sólo entonces se resigna, no sin pena, a reunirse a su escuadra en Antofagasta.

Este combate de Iquique fué desastroso para el Perú. No solo le costó uno de sus más formidables buques de guerra, sin lograr infligir a sus adversarios más que una pérdida fácil de remediar, sino que despertó en Chile un entusiasmo delirante; Chile había comprendido lo que podía esperar de su flota y de la energía de sus marinos.

De una y otra parte se habían dado pruebas de valor y nada se podría reprochar a los oficiales peruanos sino un exceso de ardor para sacar partido de las ventajas de una táctica hábil.

Burlando la vigilancia del almirante chileno y marchando en fuerzas muy superiores sobre Iquique, la escuadra peruana sacaba provecho de la falta cometida. Traicionada por la fortuna y por su impaciencia, salía de este encuentro considerablemente debilitada, pero temible aún. Mandaba el "Huáscar el capitán Grau; hábil marino, oficial

intrépido, debía más tarde dar lustre a su nombre y despertar la admiración de sus enemigos. Reducido a sus solas fuerzas, no podía, después de la pérdida de la "Independencia", volver a Antofagasta. El almirante Rebolledo acababa de imponerse en el Callao de la súbita partida de los buques peruanos hacia el sur. Allá llegó a todo vapor. El comandante del "Huáscar" volvió a tomar rumbo al Callao perseguido de cerca por la escuadra chilena, de la que no pudo escapar sino gracias a su superioridad en el andar y a su sangre fría. El 7 de Junio se reunió a la escuadra en el Callao, donde la población lo acogió con verdadero transporte. Saludado con el nombre de primer salvador ilustre del Perú, el comandante Grau no soñó más que en tomarse el desquite del infortunado combate de Iquique.

Mientras por el mar tenían lugar estos acontecimientos, el Perú y Bolivia se apresuraban a concentrar sus fuerzas militares. Las tres primeras divisiones del ejercito boliviano, o sea alrededor de seis mil hombres, habían hecho su entrada en Tacna por la provincia de Arequipa, a las órdenes del general Daza, Presidente de Bolivia; pero Tacna estaba aún a 175 leguas de la frontera de Chile, de donde la separaba el desierto de Atacama. Para franquear esta distancia había que recorrer la costa apoyados por una escuadra de aprovisionamiento o embarcar el ejército en el puerto de Arica. Para llevar a efecto cualquiera de estas operaciones había que contar con la libre posesión del mar, a menos por un tiempo. Para conseguir este resultado se contaba con la campaña del "Huáscar" y del "Independencia".

Las fuerzas peruanas, bajo el comando del general Prado, Presidente del Perú, ocupaban Arica, donde debía efectuarse la unión de los dos ejércitos.

El Congreso peruano, al dar al Presidente Prado plenos poderes para aumentar las fuerzas de mar y tierra, le había autorizado para hacer una emisión de 125 millones de francos en papel moneda, y contratar en Europa la compra de armas y municiones.

El ejército de Tarapacá era comandado por el general J. Buendía. El 20 de Mayo realizaban los presidentes Prado y Daza en Arica la unión de los dos ejércitos. Fué aquél un día de fiesta. Se había temido hasta entonces un ataque y un desembarque de tropas chilenas en este punto estratégico: pero las fuerzas considerables con que se contaba ya, ahuyentaban este peligro. Se sabía además la afortunada salida del puerto del Callao del "Huáscar" y del "Independencia", y se esperaba momento por momento la nueva del levantamiento del bloqueo del puerto de Iquique, de la reconquista de Antofagasta y de la destrucción de una parte de la escuadra chilena.

Al día siguiente se supo ya a qué atenerse. El éxito no había respondido a las esperanzas. Sin embargo, sin desalentarse, se dió principio a los trabajos de defensa del puerto de Arica, de la que se hizo una plaza de guerra formidable. Iquique recibió una guarnición considerable y se levantaron allí fortificaciones guarnecidas de cañones de grueso calibre.

Pisagua, fuertemente ocupada por un cuerpo peruano y boliviano, quedó resguardada de un repentino golpe de mano.

Al mismo tiempo se proseguían activamente en la República Argentina negociaciones para llegar a una alianza ofensiva contra Chile; se propuso a esta nacion cederle, en pago de su cooperación en la campaña emprendida, 60 leguas de costa en el Pacífico, que se arrebatarían a Chile,

desde el grado 24 hasta el 27. Bolivia decretaba por otra parte que se hicieran señalar todos los barcos, de cualquiera nacionalidad que fuesen, que comerciasen con los puertos chilenos. Faltaba dinero. Bolivia confiscó las propiedades de los ciudadanos chilenos en las minas de Coro-Coro y de Huanchacha, y votó un empréstito forzado de cinco millones de francos, de los que no se pudo cubrir más que una parte insignificante. Por último, una ley de amnistía general, medida afortunada por cierto, cuyo honor .e cupo al Presidente Daza, dió por resultado reunirse al Gobierno y alistarse bajo las banderas gran número de descontentos, que depusieron sus rencillas particulares ante el peligro común.

Por su parte, el Gobierno de Chile, envalentonado con sus primeros éxitos, apresuraba con toda actividad el armamento de sus tropas. Los mineros arrojados del territorio peruano constituyeron excelentes reclutas. Resistentes ante la fatiga y exasperados por las medidas de rigor tomadas en su contra, perfectos conocedores del país, habituados a las marchas y a la vida del desierto, se alistaron en masa y formaron en pocas semanas un contingente de cinco regimientos, cuya instrucción militar, valor y disciplina no dejaba nada que desear. La organización de una guardia nacional local permitió a Chile disponer de tropas regulares, que formaban cuadros excelentes. Se trajeron de Europa las municiones y el equipo necesario; todas las compras se efectuaron al contado, y el servicio de la deuda pública no por eso se vió obstaculizado. Chile mantenía su crédito, pero atravesaba también una crisis económica aguda, resultado de tres años de malas cosechas y de gastos considerables hechos para grandes obras públicas. Se suspendieron estas

últimas, se introdujo en la administración una severa economía y se recurrió por fin a una emisión de papel moneda de curso forzoso, pero que, gracias a las sabias medidas tomadas y al prudente temperamento adoptado en esta emisión, sufrió una depreciación el papel de corta duración y que no excedió tampoco del 25 por ciento.

Después del bloqueo de Iquique, la escuadra peruana se preparó para el combate.

Si el bloqueo de Iquique paralizaba el comercio peruano e impedía la exportación de nitrato, también paralizaba una parte de la escuadra chilena, dejaba por otra parte libres los puertos de Pisagua y de Arica, situados más al norte y por los cuales hacía entrar y salir el Gobierno peruano todo lo que necesitaba para sus ejércitos: facilitaba además un atrevido golpe de mano, la experiencia lo había ya probado, y obligaba al almirante chileno a una incesante vigilancia, difícil de ejercer en una tan considerable extensión de la costa. Fué así como la goleta peruana «Pilcomayo» logró burlar la vigilancia de la escuadra chilena de bloqueo y desembarcar en Arica un importante cargamento, después de sorpresa en el puerto de Tocopilla, ocupado por los chilenos, echar a pique un navío transporte y varios pontones y barcas y escapar después con habilidad y astucia a la persecución del enemigo. Esta aventura, que con todo éxito acababa de realizarse por el «Pilcomayo», fué la base de las que el comandante Grau se propuso realizar en mayor escala con el «Huáscar». Avezado por la experiencia había hecho renovar y cambiar una parte de su armamento, reparar sus máquinas, completar su tripulación, alistando en ella marineros expertos; el 6 de Julio se hacía a la mar y comenzaba una

campaña heroica que debía inmortalizar su nombre y dar gloria a su país.

Se había podido ya ver por el ejemplo del Alabama en la época de la guerra de secesión de los Estados Unidos, los grandes perjuicios que se podían acarrear a un enemigo superior en número y en fuerzas con un solo navío de rápido andar y manejado con habilidad, un navío que disimulase sus movimientos, que apareciese de repente en los puntos en que menos se le esperaba, siempre amenazando, no aceptando nunca el combate sino ante la seguridad de la victoria y esquivando siempre la presencia de los buques enemigos que podían imponer terror.

Esta fué la táctica en que se inspiró el capitán Grau, promovido al cargo de almirante. Del Callao tomó rumbo a Arica, comunicó sus planes al Presidente Prado, que le dió plena autorización para obrar a su gusto, y de allí se dirigió a Iquique, bloqueado por la escuadra chilena. Sabía Grau que a la caída de la tarde los barcos chilenos se largaban a alta mar para evitar los torpedos que pudieran lanzar en contra de ellos los bloqueados.

El 9 de Julio a media noche penetró en el puerto de Iquique el Huáscar;» el almirante conferenció con las autoridades peruanas y obtuvo de ellas las informaciones que necesitaba, y antes del alba se volvió a dar a la mar. Prevenido de la proximidad del «Matías Cousiño», vapor chileno que aprovisionaba de carbón a la escuadra de bloqueo, le salió al encuentro. sorprendiéndole a poca distancia del puerto y le intimó la rendición. Como quiera que el «Matías Cousiño» no estaba en condiciones de sostener combate con el «Huáscar», iba ya este buque chileno a arriar el pabellón, cuando aparece la cañonera chilena «Magallanes», comandada por don

José Latorre, la que venía valerosamente a disputar su presa al buque peruano. Sorprendido Grau de tanta audacia y engañado por la noche y la disdistancia, creyéndose atacado por la fragata acorazada «Cochrane», muy superior en fuerza al monitor, se preparaba a evitar la lucha cuando reconoció su error.

Vuelve entonces a todo vapor el «Huáscar» y se lanza sobre la cañonera chilena para dividirla en dos, pero el comandante Latorre esquiva el golpe y constesta con una andanada de artillería. El «Huáscar» abre también el fuego, venciendo en celeridad a su adversario, cuya pérdida parecía ya segura, cuando aparece en el horizonte el acorazdo «Cochrane», atraído por el estruendo de la artillería. El «Huáscar» tuvo entonces que abandonar su persecución y acogerse al abrigo de las baterías de Arica.

Allí encontró a la corbeta peruana «Unión», barco de gran andar y de evolución rápida. El almirante Grau la tomó bajo sus órdenes, considerándola a propósito para la guerra de sorpresas que se proponía emprender, y se dirigió con sus dos barcos sobre Antofagasta. Durante la ruta capturó dos transportes chilenos, que mandó al Callao; siguiendo después por la costa, destruyó varios pontones chilenos en Cachanassa, Huasco y Carrizal, y virando de bordo, se dirigió al norte. A la vista de Antofagasta se encontró el «Huáscar» con un gran transporte chileno, el «Rimac», cargado de víveres y municiones, que conducía además doscientos cincuenta hombres de caballería con sus caballos. El «Rimac» fué tomado y enviado a Arica. A bordo se encontraba la correspondencia oficial del Gobierno de Chile. Por ella se supo que se estaban esperando dos carga-

mentos de armas que venían de Europa, destinados al equipo del ejército de Antofagasta.

Convencido por el tenor de estos despachos de que el ejército de Antofagasta estaba muy lejos de poder tomar la ofensiva mientras no llegasen los convoyes que se esperaban, el almirante Grau dió órden al comandante de la «Unión» de salir a su encuentro y apoderarse de ellos. Según todas las probabilidades, debía encontrarlos en el Estrecho de Magallanes. Si tenía éxito este golpe de ano, se impedía por largo tiempo el avance de las tropas chilenas; el comandante García tomó rumbo inmediatamente hacia el sur. Acosado por grandes temporales, logró por fin, no sin muchas dificultades, penetrar en el Estrecho de Magallanes; pero entró precisamente en el mismo momento en que salía de él el primer vapor que, dándose a alta mar, se dirigió a Valparaíso. Poco después la «Unión» llebaga a la vista de Punta Aremnas, estación chilena en el Estrecho de Magallanes. El comandante García se apoderó del puerto, pero engañado por las indiscreciones del comandante chileno creyó que los dos navíos que buscaba habían franqueado ya el Estrecho y se puso en su persecución.

Había fallado el objetivo de la expedición, pero la ocupación de Punta Arenas, la audacia de que había dado pruebas el comandante García al penetrar impunemente en el Estrecho y burlar la activa vigilancia de los acorazados chilenos, la captura del «Rimac» y de los soldados que iban a bordo, la divulgación de los despachos del Gabinete de Santiago, habían sobreeexitado y alarmado la opinión pública de Chile. Se sentían en presencia de adversarios activos, resueltos, cuyos tiros daban en el blanco y cuyos golpes se repetían. Se reprochó al

Gobierno por no imprimir a las operaciones navales una acción más enérgica. Indudablemente que Chile no había sufrido en ninguna parte una derrota importante, pero toda una serie de desgracias y de contratiempos había despertado la inquietud y y había herido el patriotismo.

Se creyó en el Perú que estos síntomas de descontentos darían margen a una insurrección y a un derrocamiento del Presidente. No hubo nada de eso. El Gobierno chileno, inspirándose en los deseos de la opinión pública y aconsejándose de los acontecimientos modificó su plan de campaña. Se levantó el bloqueo de Iquique y se repararon y aprovisionaron los barcos reunidos en Valparaíso. El almirante Williams Rebolledo, fatigado y enfermo, fué sustituido por el capitán de navío Riveros, marino ya de alguna edad, pero lleno de energía y de resolución. El tomó el mando de una de las fragatas acorazadas, el «Blanco Encalada», confió el mando del «Cochrane» al capitán don José Latorre, que acababa de dar pruebas de su valor disputando y arrancando al «Huáscar» su presa ante la rada de Iquique, y se preparó para emprender, de acuerdo con él, una enérgica campaña contra el «Huáscar».

Este continuaba sin interrupción el éxito de sus correrías. El 7 de Agosto se presentaba inopinadamente ante el puerto chileno de Taltal, el que bombardeó. Esquivando toda persecución, reapareció bruscamente en Antofagasta, donde se encontraba la cañonera chilena «Magallanes» y el «Abtao». Antofagasta sufrió un nuevo bombardeo y el «Abtao» experimentó serias averías, pero una bala de 300 atravesó las chimeneas del monitor peruano, estalló sobre el puente y le mató no pocos hombres.

El 1.º de Octubre se hacía a la mar la escuadra

chilena, bajo el mando del capitán Riveros, que iba decidido a concluir con el «Huáscar» y a arriesgarlo todo para conseguir este resultado. Además del «Blanco Encalada» y del «Cocharne», tenía a sus órdenes la corbeta «O'Higgins» y la goleta «Covadonga».

La escuadra se dirigió hacia Arica; el «Huáscar» ya no estaba allí, pero el almirante chileno supo por unos pescadores que el «Unión» estaba ahora también a las órdenes directas del almirante Grau, y que este buque en unión del «Huáscar», había tomado rumbo hacia el sur. En Mejillones supo, por comunicaciones telegráficas de Santiago, que los dos navíos que perseguía, después de recorrer toda la costa destruyendo todos los barcos que había encontrado a su paso, habían vuelto al puerto de Arica. Bajo las órdenes del comandante Riveros, pasaron la noche a la vista de Mejillones el «Cochrane», el «O'Higgins» y uno de los transportes mientras el resto de la escuadra cruzaba un poco más al sur a lo largo de Antofagasta. Si como todo parecía indicarlo, el almirante Grau se dirigía hacia el sur, debía forzosamente encontrarse con una de las divisiones chilenas.

El 8 de Octubre, antes de clarear el día, un oficial de cuarto a bordo del «Blanco Encalada», señaló cerca del Cabo de Angamos el humo de dos barcos de vapor. Eran el «Huáscar» y el «Unión», que seguían de cerca la costa y habían pasado merced a la obscuridad, sin ser vistos por la división apostada más al norte. Inmediatamente el comandante Riveros se puso en persecución del «Huáscar», que al verse descubierto, viró de bordo y puso proa al norte. El «Huáscar», de más rápido andar, sacaba gran ventaja de su adversario, y ya se creía fuera de peligro cuando vió delante de sí tres

buques que maniobraban de modo que le quedase obstruido el paso. Era la escuadra chilena del norte que al mando del comandante Latorre le presentaba combate. Por segunda vez, después del combate de Iquique, se encontraban uno frente a otro: Latorre y Grau. Pero ahora con armas iguales hierro contra hierro, coraza contra coraza.

La situación del almirante Grau era de las más críticas. Detrás de él avanzaba el comandante Riveros a todo vapor: delante, Latorre, que le estorbaba el paso. Había, pues, que forzar el paso sin esperar al «Blanco Encalada»... Pero el comandante del «Huáscar» no era hombre que desesperase de la fortuna; tenía fe en su estrella; su tripulación aguerrida, compuesta de marineros intrépidos, le inspiraba una confianza absoluta y la audacia podía proporcionarle la ayuda que necesitaba. Inquieto, sin embargo, por la suerte de la «Unión», cuyo casco de madera hacía ilusorio tratar de oponerse a la formidable artillería chilena, le telegrafió para que se diese a alta mar y rehuyese el combate. Gracias a lo rápido de su marcha, la «Unión» pudo evadirse y emprender la huída, seguida por la corbeta «O'Higgins, que el comandante Latorre mandó en su persecución.

Una vez solo, el «Huáscar» se dirigió hacia el norte forzando sus máquinas, disminuyendo la distancia que lo separaba del «Cochrane».

A tres kilómetros de distancia abrió el fuego, que su adversario sufrió silenciosamente; después, llegado a corta distancia, se lanzó por medio de una arriesgada maniobra sobre el acorazado chileno, intentando despedazarlo con su enorme espolón. Gracias a su doble hélice, pudo el «Cochrane» evitar el choque y los dos navíos se deslizaron uno al costado del otro a pocos metros de distancia

cambiando terribles andanadas. Volviendo sobre sus pasos, el «Huáscar» se acercó a su adversario decidido a ponerle fuera de combate antes de la llegada del «Blanco Encalada», que corría a toda prisa en su socorro.

En menos de una hora, hizo el "Huáscar" 25 descargas de su pesada artillería de 300, sobre el "Cochrane", que respondía con energía, impidiéndole decididamente el paso. A las 11 entraba en batalla el "Blanco Encalada" y abría el fuego contra el "Huáscar". A proa hacían poco efecto los proyectiles; era a popa donde estaba la parte vulnerable del "Huáscar". El almirante chileno concentró sobre este punto el fuego de sus piezas de 400 y logró estropearle el gobernalle. En vano trató la tripulación del "Huáscar" de reparar la avería. Los marinos chilenos apostados en las cofas acribillaban el puente con incesantes descargas de mosquetería. El monitor peruano estaba ya sin gobierno; juguete de las olas seguía sin embargo combatiendo. A todas las intimaciones de rendirse y de arriar el pabellón contestaba con el fuego de su torrecilla blindada. Acorralado en esta forma tan peligrosa, el almirante Grau sostenía una lucha desesperada. A una orden del almirante chileno los dos acorazados empezaron a dirigir su fuego contra la torrecilla blindada. Un obús acabó por atravesarla y el almirante Grau sucumbió al disparo.

Muerto el almirante, parecía inútil toda resistencia, pero la tripulación del "Huáscar" estaba resuelta a perecer antes de entregarse. Tomó el mando del buque el capitán Elías Aguirre y se instaló en la torre blindada.

Engolfados en la lucha, exasperados por el combate, los adversarios cambiaban mortíferos dispa-

ros a una distancia de 300 metros. El "Blanco Encalada", a una orden del comandante Latorre, consiguó aproximarse hasta una distancia de diez metros, mientras que se cargaba en el interior una de las piezas del "Huáscar". En la abierta tronera cayó un obús de 300 libras, que explotó en la torrecilla, mató al capitán Aguirre y a los sirvientes de piezas y desmontó uno de los cañones del "Huáscar". No quedaba más que uno en estado de servicio. Era suficiente para proseguir la lucha.

Dirige ahora ésta el capitán Carvajal. Nuevos tripulantes entran con él en la torrecilla, continúa el fuego más lento, pero sostenido, hasta el momento en que un obús del "Cochrane" penetra por la abierta brecha y hace estallar el blindaje, hiere a Carvajal y mata a los sirvientes.

Eran las 11; hacía dos horas que se combatía. El puente del "Huáscar", inundado de sangre, la torrecilla sembrada de cadáveres, atestiguaban el heroísmo de la lucha. Los masteleros rotos no permitían utilizar las ametralladoras de las cofas; por lo tanto, el "Huáscar" combatía con su única pieza de artillería y el teniente José Rodríguez sostenía el ardor de los combatientes. Una descarga de fusilería hecha desde las cofas del "Cochrane", derribó al teniente sobre el puente.

El "Huáscar", desamparado, flotaba al azar; sus artilleros habían muerto; los marineros que intentaban reemplazarlos, caían bajo el fuego de la artillería enemiga; los obús habían hecho desplomarse la techumbre de la torrecilla. Sobre el puente ensangrentado, atravesado continuamente por las descargas enemigas, era imposible mantenerse. A pesar de todo, toma el mando del "Huáscar" el teniente don Pedro Hareson. En vano el almirante chileno hace cesar el fuego y bota al agua las chalupas para lan-

zar sus hombres al abordaje. Los últimos defensores del "Huáscar" los reciben a hachazo limpio y a tiros de revólver y los arrojan al agua. Era su último esfuerzo. Una segunda tentativa de abordaje produjo mejor resultado. Los chilenos quedaban dueños del "Huáscar", pero los sobrevivientes han abierto las válvulas y el "Huáscar" amenaza irse a fondo; apenas si los chilenos tienen tiempo de cerrar las válvulas y mantener el buque a flote. Este combate de Angamos aseguró la supremacía naval de Chile. Aún cuando fué glorioso para él, no lo fué menos para el Perú. De la tripulación del "Huáscar" murieron 61 hombres y entre ellos los cinco oficiales de mayor grado; otros siete quedaron en estado agónico.

Durante el combate trabado a la vista de Mejillones, el telégrafo de este puerto informaba a las autoridades chilenas de las incidencias de la lucha. El resultado fué acogido en todo Chile con un júbilo indescriptible. Sin embargo, los vencedores rindieron a los vencidos el homenaje debido al valor y en un comunicado oficial, el almirante chileno hablaba en términos emocionantes de la intrepidez y del heroísmo del almirante Grau, al que llamaba un gran marino.

Y lo fué, en efecto. Con él desapareció el más hábil y el más arriesgado de los oficiales de la marina peruana. Sus compatriotas no se engañaron. El Senado peruano votó, en medio de las aclamaciones del pueblo, el siguiente decreto: "Al ser llamado por lista, a bordo de la flota nacional, Miguel Grau, contestará el oficial de más alta graduación a bordo: "Presente en la mansión de los héroes".

Dueño indisputado del mar, podía en adelante el Gobierno chileno imprimir un enérgico impulso a las operaciones de tierra y tentar la invasión del Perú. Lo que la intrepidez de sus marinos ha-

bía comenzado, debían concluirlo sus generales. Sigámosles en este nuevo terreno donde veremos desarrollarse los últimos incidentes de la Guerra del Pacífico.

II

Ocupación de Pisagua.—Batalla de Dolores.—Combate de Tarapacá.—Caída de los Presidentes Prado y Daza.—Combate de Los Angeles.—Batalla de Tacna.

La fortuna había traicionado en el mar las esperanzas de los defensores del Perú. La audacia que la seduce, la tenacidad que la avasalla, la intrepidez que la subyuga, ninguna de estas cualidades había faltado al almirante Grau y a sus heroicos compañeros. En cualquiera otra época éstas les habrían proporcionado la victoria o por lo menos, habrían mantenido el fiel de la balanza y la suerte hubiera sido indecisa entre las dos potencias rivales. La campaña del "Huáscar" ha quedado, sin duda, entre los hombres de mar como el tipo acabado de las operaciones navales modernas. En Iquique vimos a este buque acorazado en su combate con la "Esmeralda", recurrir con éxito a la maniobra del espolón y echar a pique a su adversario; más tarde, gracias a su velocidad y a su excesiva movilidad, le vemos esquivarse al "Blanco Encalada"; en Antofagasta traba combate con dos navíos enemigos y las baterías de la costa, evolucionando con una precisión admirable, manteniéndose fuera del alcance de los proyectibles enemigos, hiriendo a distancia y a golpe seguro. En su última lucha, en fin, hubo necesidad de que se uniera toda la flota chilena para someterle.

Merced a la velocidad de su marcha, desconcertó durante largo tiempo las combinaciones estratégicas de su adversario, pudo herir en el momento oportuno con golpes inesperados, inquietar al enemigo, burlar su vigilancia, compensando con su movilidad la desproporción de fuerzas. Arma a un mismo tiempo ofensiva y defensiva; su velocidad le permite llevar a los puntos vulnerables su poderosa artillería. Ya en la guerra de separación en Estados Unidos, había quedado de manifiesto, con el "Alabama", que era absolutamente necesario unir a las cualidades requeridas en todo crucero, la velocidad la rapidez de evolución y una grande potencia de la artillería. El almirante Grau supo sacar de estas cualidades del "Huáscar", todo el partido posible; supo asimismo, emplear con éxito el ataque del espolón y dió pruebas de una rara habilidad en el difícil manejo de esta máquina de guerra.

Por el otro lado, es conveniente señalar a la atención de los entendidos, las ventajas que los chilenos supieron sacar del empleo de sus ametralladoras ligeras y cañones-revólvers instalados en las cofas, transportables de babor a estribor y capaces de seguir con su tiro las evoluciones del navío. Con la ayuda de esta artillería, acribillaron materialmente los chilenos a balazos el puente del "Huáscar", dieron cima a la destrucción de su torrecilla e hicieron caer sobre sus últimos defensores, una lluvia de proyectiles, que paralizó su último esfuerzo. Hasta ahora había sido considerado como el tipo naval moderno el combate de Lissa. El combate de Punta Angamos nos muestra los progresos alcanzados hasta hoy y los que se pueden esperar. Este combate ejercerá necesariamente una gran influencia sobre los planes de los ingenieros y

constructores navales y sobre las operaciones de los tácticos.

Vencedor en el mar y desembarazado de su terrible adversario, el Gobierno chileno dirigió toda su atención a las operaciones de tierra.

El cuerpo de ejército de Antofagasta fué reforzado hasta contar con 16 mil hombres, bajo las órdenes del general Erasmo Escala. Bien vestidos, bien equipados y provistos de todo lo necesario, se formó un destacamento de diez mil hombres que se embarcaron en la escuadra.

Marinos, oficiales y soldados ignoraban el punto donde iban a desembarcar. Sólo el alimirante que comandaba la escuadra, el general en jefe y el Ministro de la Guerra señor Rafael Sotomayor, sabían que la división se dirigía a Pisagua.

El acceso al puerto era difícil, pero su ocupación por el ejército chileno debía dar por resultado dividir en dos partes las fuerzas de la coalición, parte de las cuales estaban concentradas en Iquique, al sur, y otra parte en Arica, al norte. Pisagua se encontraba casi a igual distancia de estos dos puntos. El 2 de Noviembre de 1879, se presentaba la escuadra a través de Pisagua, recorriendo la costa y eliminando con todo cuidado los obstáculos que la naturaleza y sus enemigos hubieran podido oponerles. Estos obstáculos eran terribles, mucho más aún de lo que los mismos jefes chilenos podían pensar. Dos baterías a flor de agua defendían la entrada al puerto; por detrás, las colinas que dominaban la ciudad no presentaban más que picachos escarpados en cuyas crestas se habían atrincherado las tropas bolivianas. En tercera línea, al fin, y lo mismo que las anteriores, paralela al mar, la vía férrea que unía a Pisagua al interior y que se la

había convertido en punto de resguardo para las reservas y para proteger sus piezas de artillería.

Se decidió el ataque sin vacilaciones. Los buques de guerra recibieron la orden de abrir el fuego contra las baterías de tierra, al paso que dos fuertes destacamentos chilenos intentaban desembarcar por el norte de la ciudad, para tomarla por retaguardia. A las 7 de la mañana comenzó el fuego. El "Cochrane" cañoneaba el puerto y el fuerte del sur; el "Covadonga" y el "Magallanes" atacaban el fuerte del norte y el "O'Higgins" cubría de proyectiles los puntos por donde debía verificarse el desembarco...

En menos de una hora consiguió la escuadra chilena extinguir las baterías enemigas y se lanzaron al ataque los destacamentos bajo un fuego de fusilería vigoroso y sostenido. Protegidas por las rocas, las casas, la estación del ferrocarril, los vagones, los sacos de carbón y de salitre acumulados, las tropas bolivianas resistían y herían a sus enemigos al descubierto, que en las chalupas de desembarque eran juguete de las olas y avanzaban lentamente por las aguas de un mar embravecido. Envalentonados por esta resistencia, los artilleros peruanos recobraron valor y corrieron a sus piezas. Sólo una columna chilena había puesto pie en tierra pero sus municiones se agotaban y los buques de la escuadra no podían defenderlos del fuego enemigo ni exponerse a ser alcanzados por los disparos de la artillería peruana. Hubo un momento en que pareció inevitable la derrota de los chilenos, pero con una hábil maniobra, el "O"Higgins" avanzó, cubrió con sus proyectiles las alturas y permitió que la columna chilena, ya agotada, se pusiese al abrigo bajo las rocas, en cuya cumbre se guarecían sus enemigos y tomase nuevo aliento. Después, animados por sus jefes y no viendo salvación, más,

haciendo un esfuerzo supremo, los chilenos se lanzaron al asalto de aquellas escarpadas pendientes, franquearon los parapetos bajo los cuales por fin la escuadra, silenciando sus fuegos, vino a izar su bandera.

La lucha había durado cinco horas. Las pendientes estaban cubiertas de muertos y heridos. La columna de ataque compuesta de diez mil hombres, había perdido trescientos cincuenta de éstos. Los peruanos y bolivianos contaban mayor número de muertos, heridos y prisioneros. La escuadra se hizo cargo de estos últimos, fueron transportados a Valparaíso y volvió con tropas de refresco para cubrir las bajas habidas en sus filas.

Si los desastres sufridos por la marina peruana no le permitieron oponerse a las operaciones navales de Chile, ni impedir el paso a sus acorazados, había, sin embargo, aún algunos cruceros peruanos en el mar y los buques de transporte chilenos, pesadamente cargados, no podían hacerse a la mar sino escoltados por los navíos de guerra. "La Unión", el "Pilcomayo" y el "Chalaco" recorrían las costas, evitando todo encuentro con fuerzas superiores, pero dando cuenta de los barcos aislados. El contraalmirante Riveros recibió orden de darles caza, y tomó el mando del "Blanco Encalada". El 17 de Noviembre partía de Pisagua; el 18, delante de Mollendo, divisaba en el horizonte tres columnas de humo y forzando la velocidad reconocía los tres buques peruanos. La indiscutible superioridad de marcha de "La Unión", no permitía al almirante Riveros pensar en darle caza; bien pronto desapareció en el horizonte. El "Blanco Encalada" emprendió la persecución del "Pilcomayo". El buque peruano huía a todo vapor; su adversario forzaba la máquina. Durante cinco horas recorriendo una distancia de

sesenta millas los dos buques lucharon en velocidad. El acorazado chileno iba ganando lentamente. A las 2 de la tarde solo estaban uno de otro a cinco kilómetros de distancia y el "Pilcomayo", abrió el fuego. Sus disparos bien dirigidos dieron varias veces al "Blanco Encalada" en pleno flanco, pero gracias a la solidez de su coraza, los proyectiles resbalaban sin causarle averías. El almirante Riveros no contestó. Empeñado en la persecusión, no tenía mas afán que el de acortar la distancia que mediaba entre los dos navíos. Al cabo de tres horas ésta era sólo de 4,300 metros. Se dió orden de hacer fuego y el primer proyectil chileno rompio el extremo del palo mayor del buque enemigo y estalló en su proa, donde se declaró el incendio. El "Pilcomayo" tuvo que detenerse. Lanzándose a todo vapor, el "Blanco Encalada" se acercó tanto al buque peruano, que pudo mandarle una andanada con sus grandes cañones, los cañones de menor calibre del puente y las ametralladoras de las cofas.

Gravemente afectado, el "Pilcomayo" no trató ya de resistir. El incendio redobló su actividad a bordo y a una orden del comandante Carlos Ferreiro, los marinos peruanos abordaron su navío para impedir que cayera en manos del enemigo. De un momento a otro podía el fuego alcanzar a la Santa Bárbara. Sin tomar en cuenta el peligro, el almirante Riveros colocó su fragata costado con costado con el "Pilcomayo" e hizo trasladar al "Blanco Encalada" a los oficiales y marinos peruanos; después a la cabeza de su tripulación, se puso a extinguir el incendio. Gracias a las poderosas bombas del acorazado y al empleo de hachas, se logró dominar el fuego, pero el navío se iba a fondo y el agua invadía el barco por las válvulas abiertas. Los buzos de la fragata chilena consiguieron

por fin tapar la vía de agua, y el "Pilcomayo", remolcado por su vencedor, fué conducido a Valparaíso, donde convenientemente reparado, se le puso de nuevo a flote y fué a engrosar el efectivo de la marina chilena. Esta nueva captura redujo la flota peruana en sus navíos de guerra, a la corbeta de madera la "Unión" y a las baterías flotantes «Manco-Capac» y "Atahualpa", ancladas la una en Arica y la otra en el Callao, completamente inmovilizadas.

No era ya por tanto por el mar por donde Perú y Bolivia comprendían que habían de hacer coaligados la guerra a Chile. Conocían su inferioridad naval aún considerándola transitoria. Se comprarían buques en Europa: cuestión de tiempo; podía confiarse en el valor y la audacia de los marinos peruanos; en algunos meses podía reemplazarse la flota perdida; con las lecciones de la experiencia se armarían buques de rápido andar y se disputaría de nuevo a Chile la posesión del Océano. Pero en tierra el Perú y Bolivia se consideraban superiores. El combate de Pisagua no sólo no significaba nada sino que había puesto a las fuerzas chilenas, según ellos, entre dos fuegos.

Tanto en La Paz como en Lima se tenía por cosa cierta que el triunfo estaba cerca.

Y, efectivamente, si el atrevido golpe de mano intentado por Chile contra Pisagua había dado resultado, no se podía, sin embargo, ocultar que el cuerpo de desembarque chileno, aislado en este punto de la costa, podía ser desalojado por medio de un ataque bien combinado y empujado hacia el mar. Pisagua se encontraba entre Iquique, fuertemente ocupado por las tropas peruanas, y Arica, donde acampaba la vanguardia del ejército boliviano. Un poco al norte de Arica, en Tacna, se encon-

traba el grueso de las fuerzas bolivianas. Como líneas de retirada, no tenían los chilenos más que el mar. Desde Iquique podían los aliados mandar catorce mil hombres al norte sobre Pisagua. Desde Arica se podía lanzar una columna casi igual en fuerzas y obligar al cuerpo chileno a rendir las armas o a embarcarse en la escuadra, operación difícil en presencia de un enemigo superior en fuerzas. Los Presidentes del Perú y Bolivia se encontraban en Tacna y Arica; se convocó un consejo de guerra y se dispuso el plan de campaña.

Se resolvió que ambos ejércitos, en lugar de marchar directamente sobre Pisagua, uno desde el norte y el otro desde el sur, se uniesen en Dolores, situado entre Iquique y Pisagua, y juntos atacasen esta ciudad. Este plan tenía el inconveniente de imponer a las tropas que partieran desde Arica y desde Tacna una fatiga inútil. Para llegar a Dolores, tenían que dar la vuelta por Pisagua, la que quedaba a su derecha, bajar hasta Dolores y volviendo después sobre sus pasos, subir hacia el norte para presentar la batalla. Durante esta marcha se exponían a un ataque de flanco, peligro que se correría inútilmente. El objetivo de los generales aliados era aplastar de un golpe, por medio de masas considerables a los defensores de Pisagua. El mismo resultado podía conseguirse dirigiéndose a Pisagua por el norte y por el sur y constituyendo el blanco de su ataque el punto de reunión de sus fuerzas, con la condición, sin embargo, de calcular las distancias y las etapas con una rigurosa exactitud y abrir el fuego simultáneamente.

Una vez convenido su plan de campaña, los jefes aliados, dueños del interior del país y del telégrafo, transmitieron a Arica las órdenes necesarias, pero se olvidaron de ocupar los puestos telegráficos.

En Pisagua no se ocultaba al comandante chileno la gravedad de su posición. No conocía los planes enemigos, pero sí sabía que en Iquique había una numerosa guarnición peruana, que el puerto estaba suficientemente fortificado para resistir un ataque por mar, y que de un momento a otro podía lanzarse contra él la casi totalidad de los efectivos que ocupaban Iquique. Sabía también que las fuerzas bolivianas concentradas en Arica y Tacna, podían acometerle por el norte y cogerle entre dos fuegos.

El ataque más inminente era el que le amenazaba por la costa de Iquique. Decidió, pues, no esperarle y marchar directamente hacia el sur de esta ciudad. Pero antes de emprender esta marcha tan peligrosa que debían hacer tan penoso los arenosos terrenos de Tarapacá para sus tropas, destacó una columna con orden de ir a observar al norte los movimientos del enemigo. Maniobrando con rapidez y habilidad consiguió esta columna sorprender un puesto de telégrafo y apoderarse de las comunicaciones de los aliados. Se pudo averiguar así en todos sus detalles el plan de campaña de sus ejércitos y su concentración inminente en Dolores.

Al quedar mucho más cerca de Iquique que de Arica, las fuerzas que partieran de Iquique debían ocupar primero Dolores. Había orden de que se acercasen allí los contingentes bolivianos que se les agregarían pocos días más tarde. Al saber estas noticias los generales chilenos modificaron sus planes y resolvieron anticiparse a sus adversarios, ocupar las alturas de Dolores, fortificarse allí y atacar decididamente la columna que venía de Iquique y arrojarla sobre esta ciudad antes de que llegasen las tropas bolivianas dándoles así una superioridad numérica muy considerable; después subirían ha-

cia el norte al encuentro de los bolivianos y los repelerían hacia Arica. Este plan era atrevido, pero se imponía. Era preciso ponerlo en práctica o reembarcarse, abandonando Pisagua y dejando al enemigo en libertad para efectuar su unión.

Bajo las órdenes del coronel Sotomayor, se dirigieron sobre Dolores seis mil hombres y se apoderaron de sus picachos. El agua era abundante, ventaja considerable en estas regiones. Al pie de las alturas ocupadas por los chilenos pasaba la vía férrea que ponía en comunicación Dolores con Pisagua. De esta vía se hizo uso para transportar la artillería y todo el material necesario. Avanzados los trabajos con una actividad febril, se pudo al poco tiempo construir una especie de campo atrincherado, a cuyo abrigo podían las fuerzas chilenas sostener el choque de un enemigo con fuerzas superiores. Pero aunque suficientes para mantenerse a la defensiva, estas medidas no lo eran para tomar la ofensiva y atacar resueltamente al ejército peruano. Este último avanzaba a marchas forzadas.

El 18 de Noviembre los exploradores chilenos señalaban la presencia de su vanguardia a pocos kilómetros de Dolores. Inmediatamente, prevenido por el coronel Sotomayor, el general Escala decidió mandar sobre Dolores todo el resto de fuerzas de que disponía en Pisagua. El material de vía férrea, muy insuficiente, no permitía transportar estas tropas; debían, por lo tanto, llegar a Dolores a marchas forzadas. Por efecto de estas medidas, Pisagua se encontraría virtualmente evacuada. La débil guarnición que la ocupaba no estaba en condiciones de resistir un ataque serio de las fuerzas enemigas. Si en este momento las tropas bolivianas que avanzaban por el norte hubieran marchado

sobre Pisagua, la habrían tomado sin un solo disparo; el ejército chileno acampado en Dolores, lejos de la costa, separado de la escuadra que le aprovisionaba, se habría visto cercado y obligado a capitular, falto de víveres y municiones. Al general Escala no se le ocultaba ciertamente el peligro en que se exponía; pero bien informado por sus exploradores, no ignoraba que las tropas bolivianas avanzaban por un camino difícil y esperaba poder llegar a Pisagua a tiempo para hacer frente a este nuevo enemigo.

El dia 19 por la mañana el General Escala abandonó Pisagua al frente de una fuerte División. El mismo día y a la misma hora se desplegaba en línea el ejército peruano ante las alturas de Dolores, y el general Buendía, que le comandaba, reunía a sus principales oficiales en consejo de guerra. Todos fueron de opinión de que los chilenos estaban perdidos; el ejército peruano contaba con doce mil hombres; el coronel Sotomayor sólo tenía cinco mil. Sin embargo, se resolvió esperar el día siguiente para iniciar la lucha. Se tenía por cierto que por la noche llegaría el general Daza con los contingentes peruanos, y que el ejército chileno, cercado por todas partes, se rendiría o perecería todo entero. Ni siquiera se llegó a sospechar en el Estado Mayor que el general Escala se dirigía hacia allí a marchas forzadas.

La resolución tomada por los jefes del ejército peruano aseguraban la reunión de las fuerzas de Escala y de Sotomayor. La columna que partiera de Pisagua por la mañana debía llegar a Dolores en horas, pero el caso es que el coronel Sotomayor, fuera por ignorar los movimientos de su jefe, fuera por el deseo de ligar su nombre a una memorable batalla, fuera, en fin, por el temor de verse atacado

por la espalda por la vanguardia boliviana, decidió presentar combate sin esperar los refuerzos del general Escala. Seguro de sus tropas y confiando en la ventajosa situación que ocupaba, tomó todas las medidas para atacar bruscamente. A las tres de la tarde, en los momentos en que una columna peruana maniobraba para cambiar de posición, abría el fuego contra ella una batería de montaña colocada en el centro de la línea chilena. Contrariamente a las órdenes de sus jefes, la columna peruana contestó con un fuego de artillería y de fusilería, que en pocos momentos hicieron general la acción. La artillería peruana concentró sus disparos sobre las alturas, pero las piezas chilenas, bien servidas y mejor apuntadas, respondían vigorosamente. Bajo las órdenes del general Buendía se formó una poderosa columna de ataque. Escondida tras un repliegue del terreno, debía a una señal dada, franquear rápidamente el espacio descubierto que la separaba del pie de las montañas; una vez allí, tomar aliento y lanzarse al asalto de las posiciones enemigas. El movimiento se ejecutó con precisión. La artillería peruana redobló su violencia; después repentinamente cesó el fuego. Las tropas peruanas recorrieron apresuradamente el espacio descubierto y resguardadas momentáneamente de los proyectiles chilenos, se ordenaron en columna de asalto.

Rápidamente escalaron las pendientes entre una lluvia de fuego graneado que aniquilaba sus filas pero no detenía su marcha. Ya estaban a punto de alcanzar las baterías; otro esfuerzo y quedaban en posesión del campo chileno. A tan pequeña distancia de nada servía la artillería; se luchaba cuerpo a cuerpo. En este momento hace avanzar el coronel Sotomayor su última reserva, los batallones de Copiapó y de Coquimbo, reclutados entre los

mineros de estas localidades, hombres sólidos y vigorosos, enardecidos en la fatiga, habituados a luchar contra los índios y no contar el número de sus enemigos. Sin disparar un solo tiro, avanzaron con la bayoneta calada y rechazaron a los asaltantes por las pendientes, siguiendo ellos detrás llenos de un loco entusiasmo y de un impulso irresistible y yendo a caer sobre las mismas masas del ejército peruano. Obligados tres veces a retroceder, otras tres vuelven con nuevos bríos al ataque. La artillería peruana abre el fuego para contenerles, pero en esta horrible confusión los disparos hacen más víctimas entre las propias tropas que entre los chilenos. Asaltados en su frente por los batallones de Coquimbo y Copiapó, que se esforzaban en abrirse paso, atacados por retaguardia por un fuego de artillería desconcertante, los batallones peruanos vacilan. El coronel Sotomayor dirige contra ellos un fuego nutrido y viene en seguida una nueva carga a la bayoneta.

Al ver comprometida la suerte de la batalla, el general Buendía llama a sí a su ala derecha. Contenida por una batería de cañones Krupp apostada en la altura, esta ala no había podido tomar parte en el asalto. El general peruano dió orden de que pasase a la izquierda y resistiese el choque de los batallones de Copiapó y de Coquimbo. La llegada de estas tropas de refresco podía comprometer la victoria. El coronel Sotomayor no vaciló ante este nuevo peligro. Desguarneciendo las pendientes que amenazaban el ala derecha de Buendía, hizo transportar a toda prisa su batería Krupp al punto amagado y cubrió con sus disparos a las columnas peruanas, que retrocedieron y a las que los batallones de Copiapó y Coquimbo acabaron de desbaratar. La derrota era completa. A las 5 de la tarde, el ejército

peruano estaba en plena retirada. La retirada se efectuaba con cierto orden, a pesar del fuego de la artillería chilena y la persecución organizada por algunos cuerpos de tiradores desplegados en guerrilla.

Pero a las cinco de la tarde sobrevino un fenómeno bastante conocido en estas regiones y designado con el nombre de camanchaca, y la retirada se hizo a la desbandada. Una niebla intensa y repentina ocultaba a los fugitivos hasta la vista del suelo por donde caminaban. Errantes y perdidos entre la niebla, las compañías chocaban unas con otras, sin saber la dirección que seguían, tomando sus mismos confusos clamores, el estrépido sordo de la artillería, el piafar de sus caballos, los mil rumores de un ejército en retirada, por los movimientos de un enemigo empeñado en su persecusión.

Agotados y exhaustos, sin descanso desde la víspera, lejos de sus aprovisionamientos, los soldados huían al azar, abandonaban a sus heridos, su artillería desmontada, sus armas y un material de guerra considerable.

En aquel mismo momento llegaba a Dolores la avanzada del general Escala, después de una marcha forzada de doce horas. Los refuerzos que éste llevaba podían acabar de aniquilar el ejército peruano, pero el general chileno no se atrevía a creer en una victoria tan completa. Le parecía imposible que doce mil hombres de excelentes tropas hubiesen sido completamente derrotados por una división inferior en más de la mitad. Para él, el ejército peruano no había sido deshecho, sino que reunido a poca distancia se prepararía seguramente a reanudar la ofensiva al despuntar el día. Por lo tanto, no accediendo a las instancias del coronel Sotomayor, se negó a lanzar sus tropas en persecución de los

fugitivos. Por otra parte, extenuadas aquéllas por una marcha excesiva, tenían necesidad de una noche de descanso para hacer frente a la lucha que el general Escala preveía para el día siguiente.

Llegó el día y el enemigo no apareció. Los primeros destacamentos enviados en reconocimiento trajeron consigo gran número de fugitivos y heridos. Por ellos se supo la magnitud del desastre del ejército peruano. El suelo sembrado de armas, de furgones, de municiones, atestiguaban la huída a la desbandada. En ninguna parte se encontró un destacamento en estado de resistir a un simple reconocimiento. La caballería se había dispersado completamente, la artillería había abandonado cañones. Todo el material quedó en manos del ejército chilenos, al que no costó aquella victoria más de 250 hombres.

¿Qué hacía, entre tanto, el general Daza a la cabeza de los contingentes bolivianos? Había partido el 11 de Noviembre de Arica en medio del entusiasmo general de sus habitantes, y debía llegar a Dolores y juntarse allí con el ejército peruano el día 17. El 20, día en que se dió la batalla, no había llegado todavía. Ni él ni sus oficiales habían previsto el cúmulo de dificultades de la marcha por el desierto, donde faltaba el agua, donde no había caminos marcados y donde los carros de la artillería se hundían en un terreno arenoso y alcalino cuyo polvo cegaba a los animales. El 16 de Noviembre se encontraba solamente un poco al sur del río Camarones, a 18 leguas al norte de Dolores, de donde le separaba un desierto parecido a los que acababa de atravesar. El general Daza calculó que no le sería posible llegar el día fijado. Descorazonado y vencido por las dificultades de la marcha, dudando del éxito, hizo alto. No se le ocultaba que si era

derrotado había llegado el término de su poder presidencial. Sabía que en La Paz, la capital de Bolivia, sus competidores y enemigos esperaban solamente una ocasión favorable para derrocarle y que sacarían partido de su ausencia para conspirara en contra suya. Por otra parte estaba disgustado por la arrogancia y jactancia de los oficiales peruanos que en el momento de su partida de Arica decían a voz en cuello que bastaba el general Buendía para derrotar al ejército chileno. Entre el poder supremo y el éxito de la campaña, Daza no vaciló. Dió orden a su cuerpo de ejército de acampar y telegrafió al general Prado, Presidente del Perú, notificándole las dificultades que experimentaba para proseguir avanzando.

El general Prado que se había quedado en Arica, compartía todas las ilusiones de su Estado Mayor. No dudaba que Buendía, a la cabeza de sus doce mil hombres, de tropas excelentes, daría fácilmente cuenta de los cinco mil chilenos. Poco interesado en compartir con su colega boliviano la gloria de un triunfo asegurado, le contestó que aprobaba que no se prosiguiese adelante el avance de las tropas bolivianas y que por lo de más él, en su carácter de jefe supremo de los ejércitos aliados había dado órdenes a Buendía para que presentase combate sin esperar la llegada del general Daza. Le invitaba por tanto a dejar descansar sus tropas y a hacer en adelante solamente algunos reconocimientos para estar al tanto de la retirada de las tropas chilenas a las que podría estorbar el paso y cuya derrota concluiría. Estas instrucciones se conformaban en un todo con los deseos del general Daza, que no se había atrevido a poner en práctica, pero cuando sus tropas comprendieron el papel que se les había reservado cundió entre sus filas el más

vivo descontento. Se llegó a hablar hasta de destituir al general Daza y de fusilarlo acusado del delito de alta traición a la patria. Daza logró dominar el descontento. Salió de su campamento en avanzada, a la cabeza de algunos cuerpos de caballería ligera y el día 20 pudo oir a distancia el estruendo de la artillería peruana que abría el fuego contra los chilenos atrincherados en las alturas de Dolores. Por algunos heridos se enteró de la derrota sufrida, y a toda prisa, se replegó con sus tropas sobre Arica.

Los primeros fugitivos que llegaron a Iquique con las noticias del combate de Dolores fueron acogidos con una incredulidad general.

Su número iba aumentando por momentos y todos concordaban en sus declaraciones. Un despacho del general Buendía vino a confirmar la magnitud del desastre. En él anunciaba que se replegaba sobre Tarapacá donde esperaba reorganizar los restos de sus columnas y pedía el envío inmediato de todas las fuerzas que aun ocupaban a Iquique. Era la evacuación de la plaza, pero se hacía inevitable. Bloqueada por la escuadra chilena, a punto de ser tomada por detrás por el enemigo victorioso, Iquique no podía resistir. Valía más acudir al llamado de Buendía y tentar en Tarapacá una resistencia desesperada que capitular sin combatir en una plaza sin salida. Mohinas y cabizbajas desfilaron las tropas en columnas cerradas mientras las compañías de desembarque de los buques de guerra chilenos tomaban tranquilamente posesión de la ciudad abandonada.

Buendía había logrado no sin dificultades llegar a Tarapacá, pequeña ciudad de 1,200 habitantes situada a una distancia aproximada de 10 leguas de la ciudad de Dolores, a las orillas de un río y al fondo de un estrecho valle que descendiendo de la

cordillera termina en el desierto. Encerrado entre dos cadenas de montañas, con una extensión a lo más de un kilómetro, no presentaba el valle otra salida que las llanuras arenosas que la separan de Dolores y en las que andaban errantes los restos del ejército peruano. Buendía tenía en su compañía al jefe de su Estado Mayor el coronel Belisario Suárez, soldado valiente, de una energía indomable, dotado de una fuerza de resistencia extraordinaria, que consiguió levantar un poco el valor de su jefe y la moral de las tropas que le acompañaban. Tan pronto como llegó a Tarapacá mandó mensajeros en todas direcciones para reunir a los fugitivos. Muertos de hambre y de sed, acudieron todos al llamado del coronel y se encontraron en Tarapacá con agua, víveres, descanso y un principio de organización. En pocos días habían entrado en Tarapacá más de dos mil hombres; el 26 de Noviembre llegaban también las columnas que habían salido de Iquique con un convoy de víveres y municiones. Traían estas columnas un espírtu nuevo, el ardiente deseo del desquite, la convicción de que no podían contar más que consigo mismos, que vencidos estaban perdidos, y la fría resolución de vender caras sus vidas. El ejército chileno les estorbaría indudablemente el camino de retirada en dirección de Arica, pero era de todo punto necesario forzar el paso. Para despejar el camino, el general Buendía mandó una columna de 1.500 hombres con orden de asegurar que estaba libre la entrada del valle. El debía seguir a esta columna con el grueso de sus tropas a las que todavía era indispensable una noche de descanso. En la oscuridad flanqueó esta columna, sin verla, la vanguardia chilena e hizo alto a tres leguas de Tarapacá.

Después de la batalla de Dolores, ya vimos que

en vano el coronel Sotomayor quiso persuadir al general Escala para que mandase una parte de los refuerzos que llegaban en persecución del fugitivo ejército peruano. Fué solo al día siguiente cuando el general autorizó al coronel chileno para abandonar a Dolores y entrar en campaña. Informado de la marcha de Buendía, Sotomayor ocupaba la entrada del valle en el mismo momento en que la vanguardia peruana acababa de atravesarla. Acometido por la espalda, privado de la mejor parte de sus tropas, sorprendido además repentinamente, Buendía iba a verse obligado a aceptar el combate en las condiciones más desfavorables. Parecía fatalmente perdido y tanto a él como a sus soldados no les quedaba otro recurso que luchar a la desesperada.

A las ocho de la mañana, asegurado de la suerte de su vanguardia que no había encontrado al enemigo, se preparaba Buendía a levantar el campamento de Tarapacá y dar la orden de marchar, cuando se señaló la presencia de una columna chilena. Esta, comandada por el teniente Vergara había durante la noche tomado posesión de las alturas que dominan el valle de Tarapacá por el norte. Parapetada en sus cimas la columna chilena se disponía a apoderarse de las del sur, más elevadas, y a encerrar a los peruanos en un círculo de fuego. Para apoderarse de los picachos del sur la columna chilena tenía que descender por el barranco y trepar por las pendientes opuestas. Otras de las columnas desembocaron igualmente en Tarapacá, siguiendo la dirección del valle, cuya entrada cerraron. Sorprendido por este ataque imprevisto, Buendía mandó a toda prisa un mensajero con la orden de obligar a su vanguardia a volver a marchas forzadas sobre Tarapacá. Escoltado por el coronel Suárez recorrió las filas de sus tropas para animarlas a la

resistencia; su actitud revelaba una fría resolución, la conciencia del peligro, el ansia de venir a las manos y vengar en el enemigo los reveses de la fortuna. El primer choque fué terrible. Los batallones peruanos se lanzaron sobre la columna chilena que vaciló y retrocedió. Avanzan entonces para sostenerla las otras dos columnas, pero su artillería no puede entrar en línea y se arma la lucha cuerpo a cuerpo. Los cañones chilenos tomados y vueltos a reconquistar son desmontados, las mulas de tiro muertas. A la una de la tarde los peruanos iban ganando. Una carga de la caballería chilena permite a la infantería tomar aliento; se reorganizan las filas, vuelve a comenzar el combate. No hay nadie que se entregue de una ni otra parte. Las tropas de Buendía comienzan a replegarse y se da la orden de batirse en retirada; pero en este mismo momento la cabeza de su columna de vanguardia desembocaba en el campo de batalla.

En vista de los nuevos refuerzos que llegan, los peruanos se vuelven de frente y atacan de nuevo al enemigo, sorprendido por esta brusca ofensiva. Rechazados sobre la ciudad, los chilenos se emboscan en las casas, detrás de las cercas y vallados. Sienten que se les escapa la victoria, pero siguen combatiendo con toda energía. Para concluir con su resistencia incendian los peruanos los techos de totora que caen incendiados sobre los combatientes extenuados de fatiga, de hambre y de sed. A las cinco de la tarde, el ejército peruano queda dueño del campo de batalla; las columnas chilenas se baten en retirada dejando sobre el terreno 49 oficiales, más de una tercera parte de sus efectivos, cuatro cañones y cincuenta y seis prisioneros solamente. Esta última cifra indica el encarnizamiento de la lucha; de una y otra parte se había dado

muerte a todo el que ofrecía resistencia. Agotados por esta lucha sangrienta los vencedores no quedaron en condiciones de seguir tras sus enemigos, Buendía temiendo la llegada de nuevos contingentes chilenos no dejó a sus hombres más que seis horas de descanso. A las once de la noche se pone en marcha el ejército peruano, se dejan en el campo los muertos, los moribundos y los heridos y las llamas del incendio alumbran a lo lejos la marcha de los dos ejércitos que se pierden en el desierto. Tarapacá queda desocupado. Al día siguiente un cuerpo de ejército chileno compuesto de cinco mil hombres procedentes de Dolores viene a ocupar la ciudad justificando de este modo los presentimientos del general Buendía.

Esta sangrienta victoria tan caramente conquistada fué debida a la heroica tenacidad de las tropas peruanas. Tanto vencedores como vencidos habían luchado con la energía de la desesperación, pero este combate más encarnizado que el de Dolores no podía tener los mismos resultados. Se había salvado el honor pero no se conquistaría con él la fortuna. La retirada de Buendía no fué ni menos difícil ni menos dolorosa que la del ejército chileno. Sus tropas extenuadas tardaron veinte días en franquear las 40 leguas que las separaban de Arica. Obligadas a rodear las abruptas pendientes de la cordillera para no encontrarse con los chilenos dueños de la llanura, caminando durante la noche con un frío intenso y acampando en el día sin abrigo a los rayos de un sol implacable, encontrando muy raras veces una fuente donde apagar su sed, reducidos a beber de ordinario el agua estancada e infecta de las lagunas marinas, y atravesando de tarde en tarde aldeas destruídas cuyos habitantes habían huído, llevando solamente sus pocas vitua-

llas, llegaron a Arica estas columnas en un estado deplorable. La mitad había quedado en el camino. Para librarse de tan insufribles padecimientos unos se habían matado, el hambre, la sed, las enfermedades habían suicidado a los otros. A pesar del sangriento combate de Tarapacá, el desierto de Atacama, los puertos de Antofagasta, Cobija, Iquique y Pisagua, 120 leguas de costa en una palabra estaban aún en poder de los chilenos.

Inmovil en Arica donde le retenía según él decía, el mal estado de su salud, el general Prado, Presidente del Perú se iba informando paso a paso de la toma de Pisagua, la pérdida de la batalla de Dolores, la evacuación de Iquique, la inútil victoria de Tarapacá, la retirada de las tropas aliadas cuyos restos iban llegando a Arica en desorden. Sin compartir enteramente en un principio la ciega confianza de sus compatriotas en su superioridad militar, el Presidente del Perú no había ni previsto ni tomado las medidas necesarias para evitar tan enormes desastres. En la confusión que tales nuevas le produjeron, acogió sin reflexionar las acusaciones que a su alrededor se hacían contra las tropas bolivianas y el general Buendía. A juzgar por estas acusaciones las derrotas sufridas se debían a la falta de ayuda de los bolivianos, a los que el mismo general Prado había dado orden de hacer alto en las riberas del Camarones y esperar allí el resultado de la batalla de Dolores. Al general Buendía se le reprochó su incapacidad y su imprevisión. Olvidando su heroica resistencia de Tarapacá y su difícil retirada, el general Prado le quitó el comando y se lo entregó al almirante Montero, hombre inquieto y aventurero, comprometido en diversas tentativas de revolución. Buendía y su estado mayor fueron por otra parte sometidos a consejo de guerra.

Rehusando tomar él mismo el mando del ejército alegando para quedarse en Arica el mal estado de su salud, el Presidente del Perú había obedecido a consideraciones personales, al temor de comprometer su poder que veía estaba a merced del descalabro militar. Sabía por una experiencia a mucha costa adquirida cómo se hacen y se derriban los presidentes en el Perú. Una insurrección le había llevado al poder y otra insurrección podía arrebatárselo. Atento siempre el oído a los rumores que llegaban de Lima, pudo enterarse que estos eran de descontento. Los partidos hostiles se agitaban y le reprochaban en alto su inacción; excitado violentamente el orgullo nacional se le atribuía toda la responsabilidad de los acontecimientos y no faltaban revoltosos audaces que sacaban partido de la circunstancia para levantar las masas.

Entre ellos y en primera fila figuraba don Nicolás Piérola, antiguo Ministro de Hacienda, adversario encarnizado del general Prado. Sometido a un proceso en 1872 por dilapidación de los caudales públicos se le acusó pero sin pruebas de haber sido uno de los instigadores del asesinato de Pardo, antecesor de Prado en el sillón presidencial. Refugiado en Chile, Piérola había seguido con atención los acontecimientos que trajeron consigo la guerra. Obedeciendo, decía él, a su patriotismo, que no le permitía asistir impasible a una lucha de la que dependía la suerte del Perú, había vuelto a Lima; su prestigio de conspirador y su audacia sobradamente conocida le proporcionaron una entusiasta acogida entre los adversarios del presidente Prado. El populacho de Lima veía en él un caudillo resuelto, el único hombre capaz, decían, de vencer a Chile. Nombrado coronel de la guardia nacional, disponía a su antojo de esta fuerza militar, dueña

de la ciudad desde la partida de una parte del ejército para el sur.

Mejor informado por sus partidarios de lo que pasaba en Lima que lo había estado por sus generales de las operaciones del ejército chileno, el general Prado resolvió dejar Arica y volver a Lima, donde su presencia podría talvez salvar su poder amenazado. Sólo algunos amigos fueron confidencialmente informados de esta resolución; en Lima nada se supo hasta el momento de desembarcar en el Callao. Esta vuelta repentina no tenía otro objeto que desbaratar los planes de sus adversarios en caso que ella coincidiese con la nueva de una victoria conseguida, pero el barco que conducía al Presidente Prado llevaba también los detalles de los reveses sufridos. Desconcertados en el primer momento, pronto se rehicieron y cobraron valor los conspiradores. Por otra parte Piérola no era hombre de dejarse fácilmente abatir. Con su experiencia de los movimientos insurreccionales del Perú, Prado se dió cuenta desde el primer día de su llegada, de la gravedad de la situación. Acogido en la capital con un mohino silencio, veía alejarse de su lado a sus antiguos partidarios y hacía en vano un llamamiento a todos ante la necesidad de unirse en un esfuerzo supremo para resistir al enemigo exterior. Llegó hasta llamar a su presencia a Piérola y ofrecerle una cartera. Piérola rehusó brutalmente, con el desdén de un hombre que se siente sostenido por la opinión pública.

Prado se vió perdido. A cada momento podía estallar en las calles de la ciudad la revolución triunfante; él sería la primera víctima. En el punto a que habían llegado las cosas Prado no pensó más que en salvar su vida. El 18 de Diciembre presidió su Consejo con la calma más aparente, despachó

los asuntos corrientes y anunció que visitaría después de medio día los fuertes del Callao para asegurarse por si mismo de su aprovisionamiento. En efecto, a las tres de la tarde, tomaba el tren para el Callao y dos horas más tarde se leía en las murallas de Lima la siguiente proclama:

—"El Presidente constitucional de la república a la nación y al ejército"—Conciudadanos. Los supremos intereses de la patria me obligan a salir para el extranjero. Me alejo de vosotros temporalmente. Hay razones poderosas para esta resolución que tomo en los momentos en que mi presencia aquí puede parecer necesaria. Los motivos que me deciden son en efecto muy graves y muy poderosos. Respetad mi resolución. Tengo el derecho de pediroslo después de todos los servicios que he prestado al Estado.

Soldados. Si nuestras armas han experimentado algunos descalabros en los primeros días de noviembre, el día 27 del mismo mes se han cubierto de gloria en Tarapacá. Cualesquiera que sean las circunstancias yo sé que imitaréis el ejemplo que os dieron vuestros hermanos del Sur. Tened confianza en vuestro conciudadano y amigo.—M. J. Prado".

Seguía a estas proclamas un decreto que confiaba el poder en manos del vice-presidente.

Prado lo tenía todo preparado para su fuga. Se embarcó secretamente a bordo del "Paita", vapor de la compañía inglesa del Pacífico que iba con destino a Panamá. Prado se dirigía, según decía a Europa y Estados Unidos para comprar allí barcos de guerra, armas y municiones. Desde Guayaquil dirigió a sus amigos de Lima una larga carta para justificar su partida: "Volveré pronto, decía; yo aseguraré al Perú una brillante victoria o quedaré sepultado entre las olas".

La partida de Prado dejaba el campo libre a todos los ambiciosos; la cólera y la indignación del pueblo favorecían estas ambiciones. El Vicepresidente, general La Puerta, no estaba, según decían, en condiciones de llevar sobre sus hombros la pesada carga del poder en tan críticas circunstancias, debido a su edad y a sus enfermedades. Los partidarios de Piérola reclamaban a gritos su nombramiento como dictador. Solamente un dictador podía salvar al Perú ¿Debía darse el comando del ejército peruano al general Daza, Presidente de Bolivia, como lo pedían algunos, y consagrar de este modo la humillación del Perú?

El gobierno resistía. El ministro de la guerra, señor La Cotera, a la cabeza de algunos batallanes fieles, contenía al populacho; pero el descontento iba cundiendo entre las tropas. Solicitadas por los partidarios de Piérola, indignados por la huída de Prado, las tropas vacilaban. En la noche del 21 de Diciembre estalló por fin el movimiento. Un batallón tomó las armas y se declaró en favor de Piérola. Instado a cumplir con su deber por el general La Cotera, rehusó y ocupó militarmente su cuartel. La Cotera emprendió resueltamente el combate. Sostenido por cuatro piezas de artillería atacó el cuartel y estaba ya a punto de tomarle, cuando recibió aviso de que una banda de insurgentes quería apoderarse del palacio de Gobierno. Piérola, a la cabeza de su batallón ocupaba las salidas. La Cotera se lanzó a su encuentro, entablándose una lucha desesperada en la plaza y calles vecinas. La disciplina de las tropas que habían permanecido fieles a La Cotera y la energía desplegada por éste ganaron la partida; los insurgentes perdieron más de trescientos hombres y el combate quedó suspendido en la noche. Pero Piérola no era

hombre de dejarse ganar la partida. Temiendo que una lucha demasiado prolongada restase entusiasmo a sus partidarios abandonó de repente Lima a la cabeza de éstos, llevándose consigo al populacho sublevado, y se dirigió al Callao, puerto militar y almacén de Lima. En la plaza contaba con importantes partidarios; los fuertes y el arsenal le abrieron sus puertas. Dueño del Callao, tenía en su poder la llave de la capital, donde el Gobierno se mantenía con dificultad en medio de la irritación popular. Acantonado en los fuertes podía desafiar las fuerzas de La Cotera, quien no intentó seguir en su persecución.

Lima ofrecía entonces el espectáculo de una ciudad en plena revolución. Se había suspendido todo el comercio. De cuando en cuando interrumpían el silencio de las calles gritos violentos, el paso cadencioso de los soldados y el rodar de la artillería. Turbas y grupos armados amenazaban los edificios principales y se dispersaban a la vista de las tropas, para volver a reunirse y reforzarse más tarde. Instado a renunciar al poder en favor de Piérola, el Vice-presidente se negó y rehusó todo compromiso. A una orden de éste, La Cotera debía marchar contra Piérola y tratar de arrojarle del Callao. Recibido desde el momento de su salida de la capital por un continuo fuego de fusilería, ante la vacilación de sus tropas, cuyo número disminuía por momentos, La Cotera comprendió que iba a un desastre evidente. Vuelve entonces a Lima y da cuenta al Vice-presidente de la imposibilidad en que se encuentra de ejecutar sus órdenes. La Puerta presenta su dimisión y el 23 de Diciembre por la mañana Piérola entraba triunfante, en Lima saludado por las aclamaciones del populacho como jefe supremo del Estado. Concentran-

do en su mano todos los poderes, agregó al título de Presidente el de "Protector de la raza indígena" para asegurarse de esta manera el concurso de los indios y del bajo pueblo, y se ocupó al momento de organizar su gobierno. Los jefes del ejército del Sur y el mismo Montero, enemigo y rival de Piérola, reconocieron sin dificultad su autoridad; tenían que hacerse perdonar sus reveses, y a la distancia en que se encontraban sus tropas agotadas, estaban lejos de poder intentar un movimiento insurreccional.

Mientras en Lima se llevaba a cabo una revolución, el almirante Montero comandante en jefe del ejército peruano, recibía en Arica los batallones exhaustos que el general Buendía traía de Tarapacá. A pesar de su gloriosa resistencia y de su inútil victoria, Buendía supo, al llegar a Arica, que se le había relevado del mando y se le iba a formar consejo de guerra. El almirante Montero no le permitió siquiera entrar en la ciudad a la cabeza de sus tropas. Tenía ansia de afirmar su supremacía.

En virtud del tratado de alianza realizado al principio de la guerra entre el Perú y Bolivia, el comando en jefe de los ejércitos aliados correspondía al Presidente de Bolivia; toda vez que había huido el Presidente Prado y, estaba retenido en Lima el nuevo Presidente Piérola.

Pero el almirante Montero estaba poco dispuesto a reconocer la autoridad suprema del Presidente Daza. Retirado en Tacna, a algunas leguas de Arica, a la cabeza de los contingentes bolivianos, el general Daza presentía también que su autoridad presidencial estaba en peligro.

En La Paz, capital de Bolivia, se señalaban algunos intentos de revueltas y se reprochaba a Daza su inacción, que era calificada de cobardía y de trai-

ción. Los oficiales y soldados peruanos exajeraban aún estas acusaciones. Acusaban a Daza de haberles dejado toda la carga de la guerra, de haberse mantenido siempre lejos del peligro y de no haber tomado parte alguna en los combates de Pisagua, de Dolores y de Tarapacá. La alianza estába gravemente comprometida; Daza, en perpetuo conflicto con su colega peruano, abandonó Arica. Acampado en Tacna, en el camino de su capital, no aspiraba más que a volver allí para reafirmar su autoridad amenazada, contrarrestar los proyectos de sus adversarios y esquivar la suerte de Prado; pero le era muy difícil, en las actuales circunstancias, batirse completamente en retirada y demostrar la sinrazón de las acusaciones de sus adversarios y aliados. Buscaba un pretexto para conciliarlo todo.

Ofrecióselo un consejo de guerra convocado en Arica para disponer un plan de campaña. Acudió al llamado del almirante Montero, y el 27 de Diciempre se abrieron las deliberaciones entre los generales peruanos y bolivianos. El Presidente Daza expuso su plan. Proponía volver a Bolivia para reforzar su ejército; después, siguiendo la línea de la Cordillera, la franquearía al sur para atacar por la espalda al ejército chileno, que sería atacado de frente por las tropas peruanas.

Este plan, impracticable, difícilmente disimulaba las preocupaciones personales del Presidente de Bolivia; fué por lo tanto acogido con muestras del mayor desagrado por los oficiales peruanos y por los mismos oficiales bolivianos. Estos últimos, exasperados por los reproches de sus aliados y por su propia inacción, soportaban con pena desde hacía mucho la impericia y la jactancia de su general en jefe. Sabían ellos que en La Paz la opinión estaba cada día más en contra de Daza. Su actitud

en el Consejo de guerra, lo absurdo de su plan de campaña, el vergonzoso papel a que se veían condenados si su plan prevalecía, los decidió a terminar de una vez y destituir a Daza. El almirante Montero les envalentonaba bajo cuerda. Inmediatamente se mandaron al campamento de Tacna avisos desde la sala misma del Consejo, donde la discusión se prolongó todo el día; el almirante Montero, que estaba al corriente de cuanto se preparaba, trataba de alargar la discusión ya presentando objeciones que Daza se encargaba de refutar, ya aparentando concordar con su opinión. A las cuatro se levantó sin haberse llegado a ninguna conclusion, pero también sin ruptura aparente, y el almirante Montero acompañaba a la estación al Presidente de Bolivia cuando en el mismo momento de subir al tren, recibió éste un despacho que le llenó de estupor.

Se le anunciaba que el campamento de Tacna estaba en plena insurrección y que sus oficiales y soldados acababan de proclamar su caída y reemplazarlo por el coronel Camacho.

Lo que el despacho no decía era que un pelotón de ejecución esperaba en Tacna la llegada del tren en que debía ir el Presidente Daza, para pasarlo por las armas. Fuera que él sospechase el peligro, fuera más probablemente que él se hiciera aún ilusiones sobre la importancia de su papel y la magnitud de su poder, el caso es que Daza se quedó en Arica y pidió al almirante Montero que mandase inmediatamente sus tropas sobre Tacna para castigar a los revoltosos y ponerle de nuevo en posesión de su comando. Instigador y cómplice del movimiento, Montero le respondió con la mayor sangre fría que él no podía obrar sin órdenes de su gobierno ni arriesgarse a una batalla entre los dos

ejércitos aliados para imponerlo a sus tropas insurgentes y a la capital también levantada. Abandonado de todos, el Presidente Daza se embarcó para Inglaterra.

Con pocos días de intervalo habían desaparecido de la escena política y del teatro de las operaciones militares los dos Presidentes del Perú y Bolivia. Ambos habían si no querido, aceptado al menos la guerra desastrosa que les imponía un partido turbulento; ambos habían sacrificado en aras de su popularidad y de la conservación de su poder, sus convicciones personales y el bien del Estado; ambos caían al mismo tiempo víctimas de los reveses que ellos no habían sabido ni conjurar ni prever.

El **pronunciamiento** militar que derroçó al general Daza y puso en lugar de éste a la cabeza del ejército boliviano al coronel Camacho, se había preparado en La Paz, donde la noticia fué acogida no solamente sin sorpresa sino antes bien con entusiasmo. El general Narciso Campero, hombre enérgico y capaz, fué llamado a la Presidencia. Su elevación era vivamente deseada por el pueblo. Unido al coronel Camacho por los lazos de una estrecha amistad y de una mutua confianza, su primer acto fué el de confirmar la elección hecha por el ejército boliviano y dar el comando general de éste a aquel a cuyo golpe de mano se debía la desaparición de su enemigo y su encumbramiento al poder. Seguro de no ser atajado en sus planes, el coronel Camacho procedió a la reorganización del ejército boliviano. Querido de sus soldados, supo hacerse obedecer de estos y reanimar su valor. Campero le mandó refuerzos de hombres y material, y al poco tiempo el ejército boliviano estaba en condiciones de entrar en campaña. Pero entre Camacho y Montero reinaba una sorda hostilidad. La jactan-

cia, la aparatosa agitación del comandante peruano inquietaba y desagradaban a su colega, que estaba, al menos nominalmente, bajo sus órdenes. Por lo tanto Camacho apremiaba al general Campero para que cuanto antes viniese a hacerse cargo del comando en jefe de los ejércitos aliados, a lo que tenía derecho por su título de Presidente de la República de Bolivia.

Por su parte, el ejército chileno no estaba inactivo. Un atrevido reconocimiento intentado por la escuadra había dado por resultado un desembarque en la costa peruana, en el puertecito de Ilo, que llevó a cabo un destacamento de quinientos hombres. Su jefe se había apoderado, sin disparar un solo tiro, del puerto y de la línea férrea que desde Ilo se dirige al interior hacia Moquegua. Cortadas inmediatamente las líneas telegráficas por los chilenos, no se pudo poner en conocimiento de Arica ni de Tacna el desembarque efectuado. El destacamento chileno había llevado consigo maquinistas y mecánicos. Se cargó la artillería y las tropas en los vagones y el tren partió para Moquegua, donde llegó de improviso. Sorprendida la guarnición peruana, no intentó siquiera defenderse. Los chilenos se apoderaron de los víveres y del material, y se volvieron a Ilo sin perder un solo hombre, y después de haber reconocido la parte del territorio que el comandante chileno se proponía invadir.

Su plan era cortar las comunicaciones entre La Paz y Lima por una parte y entre Tacna y Arica por otra. Los aliados ocupaban estos dos últimos puntos, situados al sur de Ilo. Una ocupación de la línea de Ilo a Moquegua encerraba al ejército aliado entre las fuerzas chilenas dueñas de Pisagua y el cuerpo de ejército que, al ocupar Ilo, cerraría la

línea de retirada hacia el norte y estorbaría el camino para los refuerzos que se pudieran mandar. El 25 de Febrero de 1880 ocuparon catorce mil chilenos el puerto de Ilo y el vecino de Pacocha al mismo tiempo que todo el valle de Moquegua. Al imponerse de esta noticia el almirante Montero telegrafió desde Arica al Presidente Piérola, quien lejos de ver con recelo este movimiento del ejército chileno, no se cansaba de felicitarse de que "este ejército fuese a encontrar su tumba en el valle de Moquegua".

En realidad estaba cercado por todas partes; pero su natural presunción y su incapacidad militar, por una parte no le permitían apreciar debidamente la situación y por otra parte contaba con las fuerzas de que disponía el coronel Gamarra, fuertemente acantonado en Moquegua y al que se habían mandado inmediatamente poderosos refuerzos, en cuanto se supo el reconocimiento efectuado por las tropas chilenas, algunas semanas atrás. Moquegua, estaba efectivamente en estado de defenderse. Detrás de la ciudad se encontraba la garganta de los Angeles, conocida con el sobrenombre de las Termópilas peruanas.

En 1823 se había encontrado en este punto una débil columna española con el ejército de la independencia; más tarde, en 1874, don Nicolás Piérola, el actual dictador del Perú, había rechazado allí el ataque de las fuerzas del gobierno. Quinientos hombres, decía él, podían, estando en posesión de este desfiladero, resistir el empuje de diez mil asaltantes. Gamarra se había fortificado allí y Piérola en Lima, lo mismo que Montero en Arica, consideraban su posición inexpugnable. Todo el esfuerzo del ejército chileno, pensaban, debía estrellarse contra esta barrera y Montero no tendría más que perse-

guir los restos de sus columnas y empujarlos hacia el mar.

Una vez dueños de Moquegua, podían los chilenos, sin hacer caso del campo atrincherado de Gamarra, marchar hacia el sur y obligar a Montero a presentar una batalla decisiva; pero era una imprudencia dejar tras de sí un enemigo fortificado, que disponía de fuerzas considerables suficientes para atacar por la espalda o cerrarles la retirada en caso de un desastre.

El estado mayor chileno no dejaba al azar más que la parte inevitable que siempre hay, y que no existe prudencia humana capaz de conjurar.

Sus procedimientos metódicos habían hasta la fecha dado cuenta del valor impetuoso de sus adversarios. Persistía en una táctica a la que debía todo el éxito. El general Martínez, comandante de Ingenieros, recibió orden de estudiar el terreno y combinar un plan de ataque.

Acampados en las cumbres de Los Angeles, los soldados peruanos dominaban el estrecho desfiladero a cuyo fondo pasaba el camino de Moquegua a Tarata. A su derecha se levantaban las abruptas montañas reputadas como inaccesibles; a la izquierda las colinas no eran abordables sino por medio de una marcha de flanco de muchos kilómetros y por un sendero en zig-zag. ¿Era posible arriegarse a escalar las montañas por la derecha? El batallón de Copiapó se ofreció para intentarlo. Ya había hecho sus pruebas en Dolores y los arriesgados mineros que lo componían estaban ya de largo tiempo acostumbrados a la vida de las montañas y a las rudas caminatas del desierto. Por otra parte se resolvió que una columna escalaría durante la noche las cumbres de la izquierda. Esta marcha peligrosa exigía ciertamente una gran prudencia. La más mí-

nima señal de alarma que se diera a los peruanos exponía a la columna a ser dividida en dos, arrojada en desorden sobre Moquegua y paralizaría el ataque intentado por la derecha. El 21 de Marzo en la noche se efectuó el movimiento y, al despuntar el día, el batallón Copiapó, escalando las cimas, abría el fuego contra los destacamentos peruanos. A la izquierda, la columna, retardada su marcha, no pudo entrar en línea de fuego sino más tarde, pero con el éxito más completo. Atacados por sus flancos, abordados de frente, los peruanos se vieron precisados a ceder. A medio día todo había terminado y el ejército chileno ocupaba los desfiladeros a través de los cuales huían en desorden los soldados de Gamarra.

Esta derrota fué recibida en el Perú con gritos de rabia y de cólera. Al principio no se creyó, pero cuando fué necesario rendirse a la evidencia, se la atribuyó a cobardía y a traición. No se podía admitir que este punto, tenido por inexpugnable, se hubiera podido tomar en un combate de pocas horas; el coronel Gamarra fué arrestado y conducido ante un Consejo de guerra. Y sin embargo no era culpable de otro delito que el de haber compartido el error común y el de haber creído sus flancos suficientemente protegidos y no haber previsto el arriesgado escalamiento que le puso bajo el graneado fuego del enemigo. Tanto él como sus tropas se habían batido valientemente, pero una vez más la negligencia del comando y su imprevisión habían comprometido el éxito de la jornada. Los ejércitos aliados del sur estaban definitivamente cercados. Dueños de Moquegua y de los desfiladeros de los Angeles, los chilenos estorbaban el camino a los refuerzos que se pudieran mandar al norte.

Concentrados los aliados en Arica y Tacna,

tenían que verse obligados a aceptar batalla el día y hora que se les antojase a sus enemigos y de este encuentro decisivo, dependería desde aquel momento la suerte de la campaña.

Se imponía una concentración de fuerzas aliadas. Esta se efectuó en Tacna, más fácil de defender que Arica, accesible por mar. Este forzoso acercamiento tuvo por resultado acentuar más aún la desinteligencia que existía entre Camacho, comandante del ejército boliviano, y el almirante Montero, jefe del ejército peruano. El tratado de alianza concluido entre Bolivia y el Perú estipulaba que el comando en jefe correspondería a aquel de los dos Presidentes en cuyo territorio se efectuasen las operaciones, pero no se había previsto el caso en que ni uno ni otro estuviesen presentes. En virtud de su grado superior, el almirante Montero reclamaba la dirección de las operaciones.

El coronel Camacho se oponía y apremiaba a Campero, Presidente de Bolivia, para que viniese a ponerse al frente de sus tropas. La impericia y la arrogancia de Montero le aterraban. Sin popularidad en el ejército el almirante era hasta objeto de burla entre sus propios oficiales. Cuando la fuga de Prado y la revolución triunfante llevaron a Piérola a la presidencia del Perú, Montero se había apresurado a hacer acto de sumisión y de adhesión al nuevo Gobierno, pero nadie ignoraba ni en el ejército ni en Lima su pasada rivalidad con Piérola y la aversión que tenía a su afortunado competidor. El estado mayor peruano no dudaba de que en caso de tener un éxito militar, Montero recurriendo a un pronunciamiento trataría de sublevar el ejército y proclamar la caída de Piérola y su propia dictadura. La arrogancia de su actitud y las imprudencias de su lenguaje daban pie para todas

las suposiciones y desde Lima el presidente Piérola vigilaba con ojo avizor las operaciones de su lugar-teniente.

Reunidas las fuerzas aliadas en Tacna, llegaron a formar un número de 40.000 hombres de buenas tropas, de los cuales 4.000 eran bolivianos. Arica estaba ocupada por un cuerpo de 2,000 hombres.

Dos planes de campaña había a la vista. El almirante Montero era de opinión de mantenerse a la defensiva, fortificarse en las alturas arenosas que dominan a Tacna y esperar allí el ataque del ejército chileno. Camacho, por el contrario, pensaba que se debía salir al encuentro del ejército chileno, esperarle a la salida del desierto, aprovechar la fatiga y el agotamiento causados por los prolongados días de marcha por un país árido y desolado, y obligarles a presentar batalla, antes de que hubiesen podido descansar sus hombres y la caballería. La discusión se agriaba, hasta que la llegada del Presidente de Bolivia al campamento vino a restablecer el orden y la unidad de acción. Cediendo a las instancias de Camacho, su lugarteniente y su amigo, Campero, dándose plena cuenta de la situación, había dejado La Paz. Su llegada fué saludada por las aclamaciones entusiastas del ejército. Este tenía toda su confianza en la capacidad militar y en la energía de Campero. Y en verdad que esta confianza era merecida. Antiguo alumno de la Escuela de Minas en París, había estudiado mucho. La rectitud y nobleza de su carácter le habían conquistado numerosos amigos y los mismos oficiales peruanos reconocían su superioridad y se consideraban felices de tenerlo a su cabeza.

El ejército chileno avanzaba, venciendo poco a poco los obstáculos que la naturaleza más aún que el enemigo, le presentaba. De Moquegua a Tac-

na no había trazado ningún camino; un desierto de arenas movibles, accidentado de colinas arenosas sin la menor vegetación, cortadas por estrechos valles que rara vez atravesaban riachuelos originados por el desbordamiento de las lluvias y que en verano exhalan miasmas pestilentes, separaba Moquegua de Tacna. Por esta época del año asolaban aquella región las fiebres intermitentes. El transporte de la artillería ofrecía dificultades casi insalvables. Los cañones se hundían en aquel suelo movedizo hasta la mitad de las ruedas. Era preciso llevarlo consigo todo, y el agua especialmente; el ejercito chileno llevaba una buena provisión calculada para un consumo de 40,000 litros diarios. La fatiga excesiva, el intenso calor del día, los terribles fríos de la noche iban llenando las ambulancias de enfermos, entre los que hacia estragos espantosos la fiebre. De la mejor manera que se podía se les iba mandando a los hospitales de Iquique y de Pisagua. Bajo la enérgica dirección del general Baquedano, sostenido por la presencia y la autoridad del ministro de la guerra, don Rafael Sotomayor, que desde el principio de la campaña presidía todas las operaciones, el ejército proseguía obstinadamente su marcha a través del desierto, los precipicios y las hondonadas, abriéndose camino por las arenas y demorando cerca de un mes en franquear las 30 leguas que lo separaban de Tacna. Durante este tiempo, la caballería chilena, haciendo activos reconocimientos, exploraba el camino y rechazaba delante de ella los puestos avanzados del ejército aliado. El diez de mayo, salía por fin del desierto el ejército chileno y se concentraba en Buena Vista a algunas leguas de Tacna, en número de 13.372 combatientes sostenidos por 40 cañones Krupp servidos por 550 artilleros; la caballería, admirablemente montada, constaba de

1,200 hombres. Por otra parte una división de 2,000 hombres ocupaba, a la espalda, los puestos de Hospicio y de Pacocha.

Los chilenos acamparon por algunos días en Buena Vista para reponerse de sus fatigas; allí el agua era buena y abundaba el forraje y había aire saludable. Se dió fin a los últimos preparativos y el estado mayor dispuso su plan de ataque. Fué precisamente en medio de estos trabajos cuando un ataque de aplopegía fulminante derribó al ministro de la guerra. Agotado por las fatigas y las inquietudes de aquella peligrosa marcha, don Rafael Sotomayor murió en el momento mismo en que se iba a decidir la suerte de la campaña. El la había preparado cuidadosamente; gracias a su enérgico impulso y a su inquebrantable energía había triunfado el ejército chileno de las dificultades que le oponía la naturaleza; concentrado en Buena Vista iba a medirse con el enemigo y a librar en Tacna una batalla decisiva. La muerte le arrebató en el momento en que iba a coger el fruto de sus esfuerzos.

Por su parte, el general Campero no estaba inactivo. Desde el siguiente día de su llegada al campamento de Tacna, había sido convocado el consejo de guerra aliado. Camacho y Montero expusieron sus planes. Como podía preverse, el general en jefe dió su asentimiento al de Camacho. Este consistía en salir al encuentro del ejército chileno, esperarle a la salida del desierto, aprovechar el desorden que la ruda marcha habría introducido en sus filas, el agotamiento de sus hombres y su caballería, y rechazarlo de nuevo al desierto donde, vencido, sucumbiría íntegro.

Este plan era arriesgado, pero ofrecía en cambio ventajas considerables. Para que resultase, había que llevar el ejército aliado a Buena Vista, ocupar-

la y fortificarse allí antes de que llegasen los chilenos, a los que se atacaría en el momento en que, ya a la vista de Buena Vista, creyesen ellos habían terminado sus penurias. Después de una marcha de varios días por el desierto, los hombres y los animales excitados apresuraron el paso para apagar su sed y descansar. Fué una especie de desbandada que los oficiales fueron impotentes para reprimir. Cada uno se apresuraba para llegar primero al oasis. Atacado vigorosamente en estas condiciones por tropas de refresco y descansadas, el ejército chileno podía ser rechazado al desierto en completo desorden y allí, agotadas sus provisiones de agua, se vería impotente para sostenerse.

Campero dió orden al ejército aliado de avanzar; pero había sido tal la impericia del comando en jefe que no se pudo avanzar más que una sola jornada de marcha desde Tacna. Todo hacía falta, furgones, animales, material. A legua y media de Tacna hubo que hacer alto. «Estamos, decía el general Campero, en su comunicado oficial, desprovistos de todos los medios de transporte, debido a la negligencia de una mala administración. No hemos podido traer con nosotros los víveres y el agua indispensable para la subsistencia de un ejército en el desierto en que todo falta. La misma artillería no pudo salir de Tacna. Me he convencido, pues, plenamente de que el ejército aliado está condenado a esperar al enemigo en sus posiciones, sin poder salir a su encuentro».

El ejército tuvo que entrar en su campamento de Tacna y Campero se preparó a recibir el ataque de los chilenos.

El terreno era favorable para la defensa. Tacna está rodeada de colinas áridas cuyo suelo movedizo y arenoso hace sumamente difícil la ascensión a la ciudad desde cuyas alturas se podian desafiar

las cargas de la caballería chilena, cuya superioridad bien conocían los aliados. El general Campero escogió para instalar su campamento una planicie elevada que dominaba la llanura. "Una vez allí, dice él en su parte oficial sobre la batalla de Tacna, yo me consideré seguro, convencido de que ocupaba un punto estratégico de primer orden, una planicie rodeada por una especie de reborde que bajaba hasta la llanura en forma de glacis. Por detrás, la configuración del terreno era la misma. Por ambos costados dominábamos la llanura. Nuestros flancos estaban protegidos por repliegues del terreno que cercaban la planicie. Nuestro campamento cubría Tacna, cuya ocupación defendía. El único inconveniente grave de la posición escogida era la falta de agua y de víveres, pero salvé esta dificultad haciendo traer a toda costa desde Tacna todo cuanto era necesario para el ejército: agua, víveres, carbón, etc., y esperé al enemigo".

Este iba acercándose. El 22 de Mayo un serio reconocimiento chileno llegó hasta ponerse al alcance de los cañones del campamento aliado. El coronel Velázquez, jefe del Estado Mayor chileno, iba al frente de esta columna de reconocimiento. Con un cuidado extremado examinó las posiciones del campamento y se trabó en un simulacro de combate para cerciorarse del alcance de tiro de la artillería peruana. Se volvió después en el convencimiento de que los aliados se mantendrían a la defensiva. El 25 de Mayo amenazaba al ejército chileno un movimiento de avanzada, a dos leguas de Tacna; rechazados sus exploradores en todas direcciones, fueron a chocar con los puestos de avanzada peruanos, que se replegaron sobre el campamento. El día 26 por la mañana se desplegaban las columnas chilenas llegando al límite extremo de tiro de las ba-

terías peruanas, descubierto por el coronel Velázquez.

El general Baquedano había resuelto atacar de frente. Contaba para el caso con la superioridad de su artillería, pero los rebordes de arenosos le ocultaban las líneas y la artillería enemiga; sus obuses describían una curva e iban a estallar detrás del campamento. "Una onza de oro perdida", exclamaba a cada disparo el general boliviano Pérez, aludiendo al precio que costaba cada carga de un obús.

Viendo la inutilidad de su artillería, ordenó el general Baquedano hacer más lento el fuego y decidió mandar sus tropas al asalto. Tres divisiones de 2,000 hombres cada una avanzaron; otra división, que quedaba a la retaguardia, constituía la primera reserva y debía dirigirse al punto en que. fuese más necesario su concurso; esta división de reserva estaba a su vez apoyada por una segunda reserva que se utilizaría en último recurso.

A mediodía se esparramaron las columnas y se abrió el fuego en toda la línea. Fué tal la impetuosidad del ataque chileno que las primeras líneas aliadas, no pudiendo resistir el empuje, se repleplegaron en desorden y el pánico comenzó a estallar entre sus filas.

Campero ordenó a los batallones que estaban a la retaguradia que hiciesen fuego sobre los fugitivos. En seguida, poniéndose a su cabeza, les obligó a avanzar de nuevo, rechazó el empuje de las columnas chilenas y las obligó a retroceder al glacis. En vano trataron de reunir a los fugitivos dos batallones chilenos que les seguían; anonadados estos también por el fuego del enemigo, que coronaba las crestas, se replegaron y retrocedieron. Baquedano se dió inmediatamente cuenta del peligro e hizo avan-

zar su primera reserva que escaló las pendientes a paso de carga. Trabóse la lucha cuerpo a cuerpo, se acercaron los cañones y las ametralladoras, haciendo descargas cerradas a corta distancia. Campero sostenía vigorosamente este nuevo ataque en que se disputaba el terreno palmo a palmo, pero la tenacidad de los chilenos se iba apoderando del campo. Poco a poco rechazan a sus adversarios, que combaten al descubierto y que destruyen las baterías Krupp extinguiendo el fuego de su artillería. A las dos de la tarde cedía ya el ejército aliado, y la infantería chilena se apoderaba de las alturas. Baquedano hace avanzar su segunda reserva, cuya sola presencia siembra el desaliento en los últimos combatientes, reunidos en torno a Campero. A las tres, vencido ya el ejército aliado, se repliega sobre Tacna; Campero quiere tentar el último esfuerzo desde allí, pero este esfuerzo sobrepuja las fuerzas de sus tropas. Los peruanos se baten en retirada bajo las órdenes de Montero y se dirigen sobre Puno. Campero, a la cabeza de los restos del ejército boliviano, toma el camino de La Paz.

La batalla de Tacna costó a los aliados 2.800 hombres de sus mejores tropas y 2,500 prisioneros, entre ellos un general, diez coroneles, y un número considerable de oficiales. Los chilenos dejaban sobre el campo la cuarta parte de sus efectivos que habían tomado parte en el combate, o sea 2,128 hombres, entre ellos 23 oficiales muertos. Al día siguiente, el ejército chileno, victorioso, ocupaba Tacna. Estaba en su poder todo el sur del Perú desde Moquegua. Arica, amenazado, no podía resistir el ataque combinado de la armada y del ejército. El 7 de Junio capitulaba. Chile, vencedor en tierra y en el mar, iba a dirigir sobre Lima sus batallones victoriosos, tratando esta vez de asestar a su enemigo un golpe en pleno corazón.

III

Bloqueo del Callao.—Expedición de Lynch.—Campaña de Lima.—Batalla de Chorrillos.—Batalla de Miraflores.—Caída de Lima.—Incendio de la flota peruana.—Negociaciones de paz.

Victorioso por mar y por tierra, dueño de Iquique y del Océano, Chile acababa de aplastar en Tacna y Arica al ejército peruano, cuyos restos se replegaban en desorden sobre Arequipa. En Lima no encontró la primera nueva de estos desastres más que incrédulos. No podía admitirse que un ejército atrincherado en una posición aparentemente inexpugnable, parapetado detrás de fortificaciones herizadas de artillería, hubiese caído al choque de tropas agotadas por una marcha de más de tres meses por desiertos arenosos, diezmadas por las fiebres, obligadas a transportar sus víveres y el agua y a arrastrar ella misma su artillería. No se creía ni en tanta audacia ni en tanta fortuna. Pero fué necesario ceder a la evidencia.

La opinión pública, confiada en los éxitos que anunciaba la prensa, dócil instrumento del dictador Piérola, se mostraba tanto más irritada cuanto mayor había sido el engaño. El gobierno se esforzaba por desviar las iras populares hacia el almirante Montero al que declaraba responsable de los desastres sufridos. Era preciso buscar un culpable de las faltas de unos, la impericia de otros y la ceguedad de todos. Y se lanzó al populacho el nombre del almirante Montero. Por sus relaciones y por su familia, pertenecía a las clases aristocráticas y aun cuando el mando supremo del ejército de operacio-

nes estaba en manos del generaal boliviano Campero y aunque Montero había cumplido con su deber, a la cabeza de las tropas peruanas, se le denunció abiertamente a la vindicta pública. Impresionados por el peligro que le amenazaba, y amenazados ellos mismos con él, sus amigos y partidarios protestaron de estas acusaciones, echando la responsabilidad de las faltas cometidas sobre el gobierno y reclamando una encuesta. Piérola comprendió que había ido demasiado lejos, que los partidarios de Montero podían en un momento dado agregarse a sus propios enemigos y precipitar su caída; que Montero tenía todavía en el país y en el ejército una influencia con la que había necesariamente que contar. La prensa de que disponía el dictador cesó de repente de atacar a Montero y el dictador publicó una proclama en la que atribuía los reveses sufridos a la impaciente bravura de los ejércitos aliados, la que no les había permitido esperar, decía él, al abrigo de sus atrincheramientos el ataque de los chilenos, y les había impulsado a presentar combate en condiciones desfavorables.

A juzgar por lo que aseveraba Piérola, estos éxitos estériles no podían conducir al ejército chileno sino a su pérdida, viéndose en país enemigo, impotentes para llenar los huecos que las enfermedades y las batallas hacían en sus filas. "En cuanto a nosotros, agregaba, estamos más fuertes y más resueltos que nunca. Mi deber es mantener nuestros derechos sin vacilaciones y sin desfallecimientos y sabré cumplir con él. Seis millones de hombres me sostienen».

La impresión y la situación en Bolivia era muy distinta. Desde el 29 de Mayo había llegado a La Paz el rumor de que los ejércitos aliados de Bolivia y el Perú habían sido derrotados en Tacna. Al día

siguiente se recibió el parte oficial del general Campero. No contenía más que breves palabras escritas apresuradamente en un campamento improvisado y en medio de las tropas desbandadas.

"Ayer, decía, a dos leguas de Tacna ha sido derrotado el ejército aliado puesto bajo mis órdenes, después de un encarnizado combate de más de tres horas". Terminaba aceptando la responsabilidad de sus actos y declarando que se sometía al juicio de la convención nacional. Esta se mantuvo a la altura de los acontecimientos y de su cometido. Reunida el mismo día, escuchó en silencio la lectura del despacho, confirmó por cuarenta y seis votos de sesenta y cuatro al general vencido en su cargo de Presidente de la República de Bolivia y despachó una comisión de tres miembros para que lo pusiera en su conocimiento y le invitase a volver a La Paz.

El diez de Junio entró Campero en la capital, donde se acogió con respeto al general vencido y a los restos de su ejército.

Ni Campero, desengañado por su derrota, ni los estadistas bolivianos se hacían ilusiones acerca de los brillantes desquites que el Perú esperaba tomar, ni cerca de las interesadas excitaciones que les llegaban de Lima. Veían bien que Bolivia estaba agotada, al cabo, de sus fuerzas y sus sacrificios. País pobre como era, no podía seguir en la lucha que la impericia de Daza había suscitado. Por otra parte, se corría el riesgo de que se sublevase el populacho y de exponerse a la hostilidad del gobierno peruano negociando con Chile, bajo el golpe de las humillantes derrotas sufridas, una paz separada. Campero y sus ministros acordaron el plan siguiente: mantenerse a la expectativa y renunciar a la defensa del litoral ocupado por los ejércitos victoriosos

de Chile; en caso de invasión, transportar la sede del gobierno al interior de las sierras por donde el enemigo no podría avanzar sino alejándose de sus naves de guerra, su base de aprovisionamiento, y exponiéndose a ver cortada su retirada en el desierto.

Esto era, por lo que tocaba a Bolivia, el fin de la guerra. Quedaba sólo el Perú para sostenerla.

En Chile, fué acogida la nueva de las victorias de Tacna y Arica con un entusiasmo tanto mayor cuanto que sucesos tan descollantes hacían presagiar una paz próxima y gloriosa. No se podía creer que el Perú persistiese en una lucha desastrosa; no se daban cuenta exacta de la situación y de la sobreexcitación de los espíritus en Lima, de la necesidad en que estaba Piérola de proseguir la guerra o de abdicar el poder, de la repugnancia de un pueblo valiente a confesarse impotente y a aceptar una paz después de aplastantes derrotas.

La proclamación del dictador peruano, las medidas tomadas por éste en vista de una guerra forzosa, su repulsión a negociar, disiparon bien pronto las dudas al respecto. Era a Lima a la que había que imponer la paz; era Lima contra la que había que marchar. Se entraba en una nueva fase de la guerra. La muerte de don Rafael Sotomayor, ministro de la guerra, dejaba una plaza vacante en el consejo. El consejo mismo estaba dividido; algunos de sus miembros afirmaban que ya se había hecho bastante y que era prudente no tentar la fortuna y no exigir al país nuevos sacrificios de hombres y dinero. Se había conquistado todo el sur del Perú. Chile era dueño del desierto de Atacama, de los territorios disputados; el éxito sobrepujaba sus esperanzas. Apoderarse del Callao, considerado inexpugnable, tomar a Lima en un asalto, afrontar una

campaña larga y difícil y exponerse a un choque que pudiera convertirse en desastre y desbaratar los resultados adquiridos, no era, según ellos, la obra de una política sabia ni de una hábil estrategia.

Los otros por el contrario estimaban que nada se había hecho mientras quedase algo por hacer, y que si los éxitos de Chile bastaban para su gloria, ni eran suficientes para asegurar sus conquistas por el presente ni su consolidación en el porvenir. Negándose el Perú a tratar la paz, no cabía otro medio de dominarlo que obligándole a sostener la lucha, abatiendo su orgullo y consagrando con un supremo esfuerzo los resultados obtenidos.

En el parlamento, en la prensa, en las reuniones púb icas se pronunciaba la opinión en este sentido con tal energía que el Presidente Pinto no dudó más. El gabinete entero había presentado su dimisión para dejar al Presidente en libertad de rodearse de hombres nuevos. Don José Francisco Vergara, partidario decidido de una marcha sobre Lima, fué nombrado ministro de la guerra; don Manuel Baquedano, general de división, fué encargado del comando supremo del ejército.

El ejército había experimentado grandes pérdidas; más de doce mil hombres habían sucumbido sobre el campo de batalla; se cubrieron las bajas de las filas en los regimientos de línea suprimiendo las guarniciones de los puestos fronterizos de la Araucanía y se crearon nuevos batallones de la guardia nacional movilizada y de voluntarios reclutados. Las tropas quedaron escalonadas en tal forma que quedasen al norte las más aguerridas y las más novicias ocupasen los puertos del litoral. La marina recibió un complemento de hombres y armamento con la compra de nuevos transportes.

Cada navío de los que la componían pasaba al dique flotante de Valparaíso para limpiar allí su carena y sufrir las reparaciones necesarias.

No se podía en efecto pensar en apoderarse de Lima sin bloquear el Callao. Este puerto militar, el primero del Pacífico, cuenta con una población de cerca de cuarenta mil habitantes y forma uno de los barrios de Lima, a la que está ligado por dos caminos de hierro. La naturaleza ha construído aquí una fortaleza natural a la que los reyes de España habían agregado a fuerza de costosísimos gastos fortificaciones formidables.

Herizado de baterías modernas abundantemente provistas de municiones, el puerto del Callao abrigaba además dentro de sí los restos de la flota peruana y podía desafiar los esfuerzos de toda la escuadra chilena. No se podía pensar en apoderarse del Callao sino tras una terrible lucha y para apoderarse de Lima era preciso antes apoderarse del Callao. Había pues, que atacar por detrás y por el interior esta posición tanto más temible cuanto que las dos plazas se prestaban mutuo apoyo y que del Callao se podía transportar a Lima en veinte minutos la artillería, las municiones, y los hombres necesarios para repeler un ataque y duplicar el esfuerzo de la defensa.

Mientras el puerto del Callao permaneciese abierto, el Perú podía aprovisionarse del exterior. A una orden del gobierno chileno, el contraalmirante Riveros, a la cabeza de una división compuesta de la fragata acorazada "Blanco Encalada", del monitor "Huáscar", de la corbeta "O'Higgins", de dos cruceros y de diez torpederas, estableció el bloqueo y fué a invitar a los barcos neutrales a abandonar el puerto. Sus instrucciones eran evitar todo encuentro serio con los fuertes, cortar las comu-

nicaciones por mar y aprovechar todas las ocasiones favorables para el tiro de sus cañones de largo alcance. Abrió el fuego el 22 de Abril y pudo convencerse que sus balas alcanzaban la dársena del Callao sin que sus barcos estuviesen en peligro. Logró hasta bombardear la vía férrea que une el Callao a Lima y en un corto trecho sigue la línea de la playa antes de alejarse hacia el Este.

Impotentes para mantener a distancia la escuadra por el tiro de sus baterías, los peruanos recurrieron a sus torpederas. El seis de Julio el crucero chileno "Loa" abordó dentro de la bahía una chalupa cargada de víveres la que remolcó cerca de su bordo. Mientras se procedía a descargarla, se oyó una explosión formidable y la chalupa estalló en mil pedazos y el «Loa» con una gran abertura en sus flancos, se fué a pique hundiendo consigo a la tripulación. Perecieron el comandante, tres oficiales y más de cien marineros. La chalupa contenía una caja de dinamita oculta entre las provisiones, cuyo peso mantenía en tensión el resorte de percusión. El 13 de Septiembre la corbeta Covadonga daba caza en Chancay, a 30 kilómetros al norte del Callao, a dos embarcaciones peruanas. Una de ellas, tocada por una bala, acababa de zozobrar; sólo flotaba una pequeña canoa. Antes de apoderarse de ella mandó el comandante a registrarla; un examen meticuloso no revela nada de particular. La canoa es remolcada cerca de la corbeta y se da la orden de izarla a bordo. Se aprestan los aparejos, la canoa se eleva lentamente, cuando de repente un choque espantoso se lleva la proa de la corbeta que naufraga. En esta catástrofe perecieron treinta y cinco hombres.

Exasperados por estas pérdidas los navíos chi-

lenos, impotentes para causar serios perjuicios al Callao, bombardearon sucesivamente Chorrillos, Ancón y Chancay, pequeños puertos vecinos al Callao, balnearios frecuentados en el verano por ricos comerciantes de Lima, pero estas represalias no podían dar resultados serios. Excitaban sin embargo la opinión pública de Lima, donde el dictador Piérola decretaba la organización de un ejército de reserva, la leva en masa de la población y anunciaba en enfáticas y apasionadas proclamas que los chilenos encontrarían su tumba en los muros de la capital. El entusiasmo era tal que el arzobispo de Lima puso a disposición del gobierno los tesoros de sus ig'esias, e invitaba a las damas peruanas a despojarse de sus joyas por la defensa de la patria

Inactivas hasta entonces las potencias neutrales, comenzaban a preocuparse de la prolongación de una lucha que ponía en peligro grandes intereses, comerciales para unos, políticos para otros. Si los gobiernos inglés y francés se inquietaban por los riesgos que corrían sus connacionales establecidos en el Perú, el gobierno de Estados Unidos veía con cierta aprensión los éxitos de Chile, la conquista del sur del Perú y la extensión en la América del Sur de una potencia marítima y militar que se revelaba de repente con éxitos aplastantes y podía aspirar un día a agrupar en torno de ella o a someter a sus leyes otras repúblicas independientes, divididas entre ellas e inconscientes de la fuerza que les daría la unión. Lo que no habían podido conseguir el ejército y la armada peruanos, detener la marcha victoriosa y la suerte temible de Chile, talvez lo conseguiría la diplomacia; al menos había que intentarlo. Una intervención colectiva de las potencias neutrales requería conversaciones, tiempo, y no había que perderlo en el estado en que estaban las

cosas. Al principio de la guerra, Gran Bretaña había ofrecido su mediación al Perú, que confiando en el éxito, la había desechado. El gabinete de Washington se decidió por lo tanto a obrar solo, y por intermedio de Mr. Thomas Osborn, ministro plenipotenciario en Chile, hizo ofrecimientos en Valparaíso, en Lima y en Bolivia para negociar la paz.

Se aceptó este ofrecimiento. Por una y otra parte se quería congratularse con la opinión pública y la buena voluntad de las potencias neutrales, sobre todo la de Estados Unidos; pero Chile, victorioso entendió que no debía abandonar sus pretensiones y el Perú, excitado y confiando en un éxito próximo, estaban resueltos a no firmar un tratado de paz que habría consagrado su fracaso. En estas condiciones desfavorables se abrieron las conferencias a bordo de la corbeta de los Estados Unidos "Lackawana" en la rada de Arica el 22 de octubre de 1880.

El Perú estaba representado por don Aurelio García y García y don Antonio Arenas; Chile por su ministro de la guerra el señor Vergara, el señor Altamirano y don Eusebio Lillo; Bolivia por don Mariano Baptista y don Juan Carrillo. El ministro de los Estados Unidos Mr. Osborn presidía la conferencia. Los plenipotenciarios chilenos expusieron las exigencias de su Gobierno y las condiciones en que estaban autorizados para negociar la paz. Chile reclamaba: 1.° La cesión del territorio peruano y boliviano hasta el grado 19 norte (cien leguas de costa); una indemnización de guerra de 20 millones de piastras (100 millones de francos); 3.° La restitución de las propiedades confiscadas a los chilenos; 4.° La restitución del "Rimac" apresado en el mar por el "Huáscar"; 5.° La anulación de la alianza ofensivo-defensiva del Perú y Bolivia;

6.° La ocupación por las fuerzas chilenas de Moquegua, Tacna y Arica hasta la completa ejecución del tratado propuesto, y 7.° La destrucción de las fortificaciones de Arica con el compromiso de no volverlas a erigir.

Los p enipotenciarios peruanos dijeron que ellos no podían entablar ninguna negociación sobre la base de cesiones territoriales y que su gobierno prefería correr e albur de la guerra. Se separaron para proseguir las negociaciones posteriormente.

En Chile como en el Perú se sentía que había sonado la hora decisiva. Al llegar las noticias de la ruptura de las conferencias, se decidió la marcha sobre Lima; no había por qué retroceder, se preparó con actividad sin dejar por eso de comprender las dificultades que presentaría. Transportar hasta el pie de los muros de Lima, a través de un país enemigo, un ejército de 25 a 30 mil hombres bien armados y equipados, provistos de una numerosa artillería; ocupar con fuertes contingentes Tacna, Arica y Tarapacá, crear un segundo ejército de reserva para cubrir las bajas inevitables; mantener el bloqueo del Callao y tener con este objeto inmobilizada una parte de la escuadra tan necesaria para los inmensos transportes de toda naturaleza que se necesitaban en esta campaña difícil, he aquí el problema que se impusieron el Estado Mayor chileno y el ministro de la guerra. Este último, establecido en Tacna, recibía las tropas que los buques prestados, comprados y fletados conducían incesantemente de Valparaíso y desembarcaban en Arica, donde era tal el embarazo que amenazaban faltar los víveres frescos y el forraje.

Tacna, donde se había ganado la última batalla por el ejército chileno, está situada más de 300 leguas al norte de Valparaíso, a cerca de 200 del

Callao y a escasa distancia del pueblo de Arica El agua es allí abundante, las llanuras fértiles y bien cultivadas, el país rico. El gobierno chileno estableció aquí su base de operaciones para la campaña que preparaba. Su plan era intentar un desembarque al sur del Callao molestando continuamente al ejército peruano con una desviación al norte de esta ciudad. Con este designio se resolvió ocupar primero Pisco, sobre la costa, alrededor de cincuenta leguas de Lima al sur; había la seguridad de encontrar allí buenos recursos y un acantonamiento confortable, El 15 de Noviembre de 1880 se embarcaba en Arica una primera división de 8.400 hombres y el 19 por la mañana entraba, sin disparar un solo tiro, en Pisco. El 30 llegaba la primera brigada de la segunda división.

Excelente como punto de aprovisionamiento sobre estas costas en que tanto escasea el agua potable y donde las zonas arenosas sólo tienen a largas distancias algunos raros pozos y oasis de verdura y de cultivo, Pisco estaba aún demasiado lejos de Lima para servir de punto de partida a un ataque por tierra. Había que acercarse. El puerto de Ancón a 35 kilómtros al norte del Callao o el de Chilca a 70 kilómetros al sur, ofrecían buenas condiciones para acampar. Se resolvió ocupar este último. Sin embargo para distraer la atención de los peruanos del verdadero objetivo del Estado Mayor chileno y para hacerles creer que el ejército chileno se proponía ocupar las provincias al norte de Lima, intentando por esta parte el ataque de la capital, el general en jefe decidió el embarque de una columna expedicionaria bajo las órdenes del coronel Linch con destino a Chimbote.

Llevaba instrucciones de ocupar Chimbote de modo que hiciera suponer un desembarque inmi-

nente del ejército, del que la columna de Lynch no sería más que la avanzada, marchar desde allí sobre las ricas provincias de Libertad, Ancachs y Lambayeque y dispersar los cuerpos en formación reclutados en estas provincias para reforzar el ejército de defensa de Lima. De origen irlandés, entrado muy joven al servicio de Chile, el coronel Lynch había ya servido en la campaña de 1838 contra la confederación del Perú y Bolivia. Después y bajo los auspicios de su país de adopción, había completado su educación militar en la marina inglesa, había tomado parte en la guerra contra China y había llegado a Chile después de conquistar honrosamente el grado de teniente de navío de la marina británica. Oficial distinguido, de un valor incontrastable junto con una sangre fría y una gran firmeza de carácter, había jugado un papel importante en la guerra actual. Gobernador de Iquique después de la capitulación de esta importante plaza, se le había dado después el mando de la primera brigada. La expedición que se le había confiado podía encontrar dificultades serias; obligado a operar aisladamente, su responsabilidad era enorme, pero se le dejó en plena libertad de acción.

La columna a sus órdenes constaba de 1,900 hombres de infantería, 400 de caballería, la artillería de montaña, una sección del cuerpo de ingenieros y una ambulancia completa: en total 2,500 hombres.

El 4 de Septiembre salió de Arica la expedición a bordo de dos grandes transportes escoltados por la corbeta de guerra "Chacabuco" apoyada por la corbeta "O'Higgins", y el día 10 desembarcaba el convoy en la rada de Chimbote, a 50 leguas al norte del Callao. La plaza ocupada por una débil guarnición peruana no intentó resistir; sin un solo disparo se apoderaron los chilenos de la vía férrea

y del telégrafo y para no dejar a la guarnición en fuga el tiempo de agregarse a algún cuerpo en formación o de sembrar la alarma, el coronel Lynch, a la cabeza de 400 hombres, se dirigió hacia el interior de las tierras llegando hasta los ricos dominios del Puente y de Palo Seco. Estas dos magníficas plantaciones de caña de azúcar pertenecían a don Dionisio Derteano, rico propietario, amigo personal del dictador Piérola. Requerido el pago inmediato de una contribución de guerra de cien mil piastras (500,000 francos) el director de las plantaciones pidió tres días para consultar a Lima y procurarse el dinero. El coronel Lynch consintió, pero agregó que en caso de rehusar, destruiría las usinas. A la terminación del plazo, el director le comunicó un decreto del dictador Piérola, manifestando que todo pago de dinero hecho al enemigo sería considerado y castigado como acto de alta traición y que todo dominio cuyo propietario hubiese cedido a las imposiciones de los invasores, sería confiscado en beneficio del Estado.

Al recibo de esta comunicación, el coronel Lynch, decidido a romper toda resistencia, y a imponerse por el terror, dió orden de proceder a la obra de destrucción. Con ayuda de la pólvora y de la dinamita hizo saltar las construcciones, fué destruída la vía férrea, incendiadas las cosechas, talados los árboles frutales; se confiscaron los caballos y las mulas y se embarcó a bordo de los transportes todo aquello que se pudo encontrar de arroz, azúcar y víveres. Estas hermosas propiedades, cuyo valor pasaba de 10 millones de francos, fueron devastadas y los chinos que las cultivaban tuvieron que servir en el ejército chileno como guías y portadores.

De vuelta a Chimbote, el coronel Lynch hizo incendiar la aduana, la estación del ferrocarril y el

muelle, y se hizo a la vela para el puerto de Supe, donde se le había dicho que se habían desembarcado armas y municiones. Allí confiscó, en efecto, trescientas cajas de cartuchos, que hizo saltar por carecer de medios de transportes, destruyó las plantaciones de los alrededores y se volvió a hacer a la mar para apresar un vapor, cuyo arribo anunciaban los despachos interceptados en Chimbote, con un importante cargamento para el gobierno peruano. En efecto, el vapor llegaba el 18 de Septiembre, abordaba y capturaba el vapor "Islay" que venía de Panamá y traía a bordo 7.200,000 piastras en papel moneda del Perú. Después de esta importante captura, el coronel Lynch, subiendo hacia el norte, desembarcó en Paita, a la que impuso una fuerte contribución de guerra. Ante la negativa para efectuarla, prendió fuego a la aduana y a los edificios públicos. El 26 de septiembre corrió la misma suerte Etén.

Estos actos de terror paralizaron toda resistencia. Los destacamentos recorrieron sucesivamente la provincia de Lambayeque y la de Libertad recibiendo en ellas sin ninguna dificultad las contribuciones de guerra impuestas por el comandante de la columna expedicionaria.

El 1.° de Noviembre atracaba en el puerto de Quilca el coronel Lynch y poco después en Pisco, donde estaba concentrado el ejército chileno.

En menos de dos meses había recorrido, sin encontrar resistencia seria, cerca de cien leguas de costa y había invadido las más ricas provincias del Perú sembrando por todas partes el terror y la ruina; se llevó, en carácter de contribución de guerra, cerca de un millón de francos en moneda y más de 35 millones en papel moneda, grandes aprovi-

sionamientos de azúcar, arroz y algodón, y todo esto sin haber perdido más de tres hombres.

Esta expedición sin resultados reales desde el punto de vista estratégico, colmó la rabia y la exasperación del Perú. Aquellas destrucciones sistemáticas y crueles provocaron las reclamaciones de los neutrales.

Buen número de las plantaciones saqueadas estaban en efecto regentadas o pertenecían a extranjeros. La falta de resistencia a mano armada daba, a las medidas tomadas un carácter de exacción financiera lamentable.

La guerra tiene sus necesidades crueles que la lucha excusa y que la victoria hace olvidar frecuentemente; pero que la opinión pública primero y la historia después juzgán con merecida severidad. La campaña del coronel Lynch en la región norte del Perú no agregó nada a la gloria de Chile. Ante ciertos actos la humanidad se siente solidaria con los vencidos y los oprimidos.

A fines de Noviembre, estaba reunido en Pisco todo el ejército chileno. Estaba decidido el embarque para Chilca, pero podía ser peligroso dejar tras de sí, en manos del enemigo, 25 leguas de costa. Se aseguró que entre Pisco y Chilca sostenían la campaña varios cuerpos expedicionarios peruanos. Había pues que rechazarlos hacia el norte o dispersarles al menos, para no verse expuestos a ser tomados por la espalda.

El comandante en jefe dió orden a la brigada Lynch, compuesta de tropas avezadas y endurecidas por marchas rápidas, de seguir por tierra la distancia que la armada iba a recorrer por mar y de trasladarse rápidamente de Pisco a Chilca, despejando el terreno a su paso.

El 13 de Diciembre comenzaba esta brigada su

marcha de avance, marcha ruda y penosa a través del desierto, donde los hombres y las caballerías se enterraban en la arena, sin ruta trazada, y donde no se encontró más que una aguada, a medio camino, a la sombra de una sola palmera.

Al mismo tiempo se embarcaba en Arica el grueso del ejército y tomaba el comando del convoy el Alrante Riveros. Se componía de 28 grandes barcos escoltados por los acorazodos "Cochrane" y "Blanco Encalada". La corbeta "Magallanes" exploraba la ruta y cerraba la marcha el "Abtao". El convoy se extendía en un largo de 10 millas y una anchura de 4, navegando a una velocidad regular de cinco millas por hora. Llevaba 16,000 hombres de tropa, las mulas, la artillería, los víveres, el material y las municiones necesarias. El 21 de Diciembre atracaba convoy en el puerto de Chilca cuidadosamente dragado por las cañoneras chilenas para asegurarse de que no había torpedos. Un destacamento de caballería, desembarcado, exploró el puerto y sus alrededores; por ninguna parte se encontraron rastros de enemigos. Por su parte el almirante, recorriendo la costa a bordo del "Blanco Encalada", buscó y encontró cinco millas al norte de Chilca la dársena de Carayaco donde resolvió desembarcar.

Cuatro días duró la operación, que se efectuó sin contratiempos. Estaban a un día de marcha de Lurín donde se encontraban las avanzadas del ejército peruano que guarnecían a Lima. El 22 de Diciembre salían en reconocimiento 100 soldados de caballería y se informaban de la presencia en Lurín de los destacamentos enemigos. No había que dejar a los peruanos tiempo para concentrar sus fuerzas más considerables sobre este punto importante. Lurín no es más que un villorrio, pero el riachuelo que pasa por él era indispensable al ejérci-

to chileno. En este país es tan difícil encontrar agua, que el arroyuelo más insignificante tiene una importancia excepcional estratégicamente hablando. En este preciso momento la brigada mandada por el coronel Lynch, que debía llegar a Chilca, había sido detenida en su marcha por un enemigo invisible que la hostilizaba incesantemente sin presentar nunca combate, pero más aún por la necesidad de aumentar la provisión de agua, ya que era tal la escasez que hombres y bestias se disputaban frecuentemente unas gotas de pozas salobres. Los aparatos destiladores a bordo funcionaban sin cesar, pero estaban lejos de dar abasto a las necesidades de todo un ejército y si las tropas chilenas hubieran encontrado en Lurín una resistencia seria su situación se habría hecho sumamente crítica. Pero nada sucedió y el ejército chileno, rechazando as avanzadas peruanas ocupó Lurín sin combatir, con gran júbilo del campamento en el que soldados y oficiales estaban con el temor de que faltase el agua.

El 25 y el 26 llegó la brigada de Lynch después de una ruda prueba, habiendo caminado 180 kilómetros por la arena y el polvo. A cada hora había sido preciso dar un cuarto de hora de descanso a las tropas rendidas de cansancio; la marcha se había efectuado de noche. La brigada había perdido pocos hombres en los combates que había tenido que librar, pero la mayor parte de los soldados caminaban a pie desnudo y hacían llevar sus armas por un millar de chinos, fugitivos de las plantaciones, que seguían al ejército con la esperanza de saquear a Lima y ganarse algunos pesos prestando sus servicios.

El ejército reunido en Lurín se componía de un efectivo de 24 mil combatientes, sin contar los equipos de tren, las ambulancias y los chinos auxilia-

res, cuyo número aumentaba por momentos y a los que se empleaba en trabajos de campamento para aliviar a los soldados. La primera división estaba las órdenes del general Lynch. La segunda estaba al mando del coronel de ingenieros señor Gana, que había tenido una actuación importante en las operaciones militares desde el principio de la guerra, de igual suerte que el coronel Pedro Lagos, jefe de la tercera brigada. La reserva estaba al mando de Martínez. Comandaba en jefe don Manuel Baquedano, en unión del ministro de la guerra don José Francisco Vergara. La artillería, a las órdenes del general Velásquez, se componía de cincuenta cañones de campaña y 27 de montaña cada uno con atalaje de 8 caballos.

Acampado detrás de Lurín, el ejército chileno estaba frente a Lima, situada a 30 kilómetros al noroeste; el ala izquierda se inclinaba hacia el mar y estaba apoyada por la brigada Barboza, acampada cerca del viejo templo de Pachacamac; las avanzadas instaladas al otro lado del río se encontraban a 6 kilómetros de la población. A la derecha se extendían vastas llanuras arenosas, desprovistas de vegetación, sembradas por todas partes de colinas arenosas, de forma redondeada, llamadas cerros. A la izquierda la playa costeaba la mar bravía, golfo de enormes olas levantadas por el huracán y que azotando sin cesar la costa abrupta, habían corroído el suelo y formado profundos barrancos cerca de los cuales se levantaba la bonita ciudad de Chorrillos. Más allá el suelo formaba una pendiente hasta la rica llanura del Rimac y la bahía del Callao. Al centro de esta llanura, Lima, situada a caballo sobre el Rimac, unida al mar por la plaza fuerte del Callao, extendía sobre las dos orillas sus

suntuosos edificios, sus jardines, sus plazas públicas y sus monumentos.

Defendía el acceso a Lima una doble línea de defensas. La primera a 12 kilómetros delante de la ciudad partía de Chorrillos y coronaba una cadena de cerros de los que el más elevado era el Morro Solar. Estas colinas enlazadas entre sí por un parapeto de tierra estaban además protegidas por largos fosos y defensas delante de los cuales se habían cavado minas y sembrado bombas automáticas. Coronaban las alturas ciento veinte piezas de artillería, cuyo fuego barría la llanura y las pendientes de acceso. Las murallas que rodeaban los jardines de los alrededores, las cercas, todo aquello que podía prestar refugio al enemigo había sido nivelado. Esta primera línea de trincheras no medía menos de 13 kilómetros, estaba ocupada por 22 mil combatientes y describía un semicírculo que permitía llevar fácilmente las tropas del centro al punto principal de ataque.

A 6 kilómetros detrás de esta primera línea y por consecuencia a medio camino entre ésta y Lima, se levantaba, cerca de Miraflores, la segunda línea de defensa, que medía alrededor de siete kilómetros de largo. Se la había utilizado para establecer murallas de cerco de gran espesor, que separaban unas de otras las provincias rurales.

Estas murallas almenadas servían de refugio a la infantería. Su acceso estaba defendido por largos fosos llenos de agua y por reductos armados de setenta piezas de artillería. El ejército de reserva, compuesto de 10 mil hombres ocupaba este campo atrincherado, listo, según las circunstancias o a avanzar para defender las líneas de Chorrillos o a rehacer los batallones vencidos, en caso de derrota,

y librar detrás de estas barreras una segunda batalla.

En Lima la confianza era insuperable; no se imaginaba nadie que el ejército chileno pudiese atacar de frente posiciones tan terribles, exponiéndose a la descubierta a un fuego formidable. En semejantes circunstancias parecía una empresa imposible apoderarse de Lima. "Lima, se repetía constantemente, será la tumba de los chilenos". El 9 de Diciembre inauguró el dictador Piérola la ciudadela construída sobre el monte Cristóbal, en una gran fiesta militar en que el clero bendijo los estandartes del ejército y la espada del Presidente. Piérola pronunció en esta ocasión un discurso que entusiasmó hasta el delirio al pueblo y al ejército. "Chile está loco, decía. Sueña ocupar la ciudad de Pizarro, la ciudad de los Titanes, para dictar desde aquí leyes al Perú y a la América del Sur. Quiere llegar a Lima; que venga, que aquí recibirá el terrible castigo que merece su audacia".

La confianza de los defensores de Lima parecía justificada y en el campamento había una completa confianza sobre el resultado de la campaña. En el Estado mayor chileno estaban divididas las opiniones. Atacar de frente y en descubierta las líneas de Chorrillos y Miraflores era, en concepto de algunos de los jefes, una empresa peligrosa. En caso de fracaso, no se podría retener a Lurín, habría que reembarcarse, y un embarque bajo el fuego del enemigo vencedor era cosa de temer verdaderamente. Aconsejaban estos dejar a la izquierda, sin atacarlas, las defensas de Chorrillos, llegar por la derecha hasta la llanura del Rimac y atacar por retaguardia las líneas de defensa y la ciudad de Lima. Pero para esto era preciso franquear, en una marcha en que se corría el riesgo de ser atacados de flanco, extensas

llanuras arenosas por las cuales no avanzaba la artillería sino con enormes dificultades; se prescindía además del concurso de los buques de guerra, cuyas baterías cubrían el ala izquierda del ejército y si es cierto que se evitaban las líneas de Chorrillos se daba en cambio contra las fortalezas de San Bartolomé y de San Cristóbal, que cruzaban sus fuegos con las de Miraflores. Después de una viva discusión, el ministro de la guerra se decidió por el segundo plan, mientras el general en jefe se declaraba en favor de un ataque de frente sobre las líneas de Chorrillos, resultando por fin que este plan quedó adoptado por mayoría de votos.

Al hacer prevalecer sus ideas, no se le ocultaba al general Baquedano que su plan de ataque, mucho más difícil, no se podría llevar a efecto sin grandes pérdidas, pero contaba con el empuje de sus tropas, su impaciencia por terminar la campaña y abandonar un campamento agotado para encontrar en Lima el término de todas sus fatigas, los placeres y el botín de la victoria. Lima se les aparecía como la tierra prometida. En el campamento no se hablaba más que de sus riquezas inmensas, de su lujo, de sus palacios.

Hacía meses que aquellos batallones, reclutados en su mayor parte entre los puntos fronterizos de la Araucanía, habituados a luchas sangrientas contra enemigos miserables, recorrían a marchas forzadas los desiertos del sur del Perú o bien, amontonados a bordo de sus navíos, atracaban a playas áridas en que todo faltaba. Hoy se desenvolvían ante ellos las ricas llanuras del Rimac, los inmensos naranjales, las villas elegantes, los campos hermosos, y finalmente Lima, la ciudad de Pizarro, la antigua ciudad de los Incas, donde mañana entrarían talvez ellos como señores y saciarían al mismo tiempo que

su cólera, todos los apetitos brutales sobreexcitados por dos meses de privaciones y de codicias impacientes. Estando tan cerca del fin, nada les importaba el peligro y solo aspiraban a entablar la lucha suprema.

El 12 de Enero de 1881, a medio día, el general Baquedano pasó por última vez vez revista a sus tropas. "Están a punto de concluir, les dijo, vuestras duras fatigas. Constreñidos hace dos años a la ruda disciplina de los campamentos, habéis sostenido la lucha, soportando las privaciones, las penosas marchas en que os torturaba la sed. Endurecidos en la fatiga, ya estáis prontos para la victoria... Aquí estáis bajo los muros de la capital del Perú. Os falta el último golpe. Soldados victoriosos de Pisagua, de Tarapacá, de los Angeles, de Arica y de Tacna, adelante!... Detrás de esas trincheras encontraréis la victoria y el descanso y allá abajo, en Chile, os esperan la gloria y las aclamaciones de vuestros conciudadanos... Mañana, al alba, atacaréis al enemigo. Colocaréis vuestras bandera sobre las trincheras conquistadas, marcharéis a las órdenes de vuestro general en jefe, orgulloso de vosotros y que envía a la patria ausente el saludo del triunfo repitiendo con vosotros: "Viva Chile!!".

En aquellos momentos en Lima se hacían las más extrañas ilusiones. Corría el rumor de que el ejército chileno descorazonado, levantado contra sus jefes impotentes para conducirlo al ataque de las líneas de Chorrillos, huía a la desbandada y se apoderaba de los barcos para volver a Chile. Se citaba la opinión de un oficial extranjero, que después de recorrer las líneas de defensa, declaraba que para apoderarse de Lima se necesitarían al menos 80 mil hombres de las mejoras tropas europeas. Se afirmaba, en fin, que dos divisiones chilenas, en plena retirada, huían hacia el sur. Lima acogía con

avidez estas noticias que tanto confirmaban sus esperanzas y los oficiales peruanos se irritaban por esta retirada ilusoria que les privaba de una victoria segura.

A las cuatro y media de la mañana, maniobrando con una táctica perfecta, se desplegaba el ejército chileno en columnas, sobre las orillas de Lurín. A las cinco, la divisón de Lynch, de 7 mil hombres, se desparramaba por la línea de la playa y se dirigía hacia Villa, una legua de Chorrillos. Formaba ésta el ala izquierda y se apoyaba en el mar. La segunda división, a las órdenes del general Sotomayor, siguió a lo largo de las arenosas llanuras de Manchay y se dirigió hacia la alta meseta de Mesa Tablada, situada al sureste de las trincheras enemigas a tiro de cañón. Entre las dos alas avanzaba la tercera división al mando del general Lagos. Tenía ésta órdenes de sostener la derecha de la segunda división y de detener al norte el ataque del ala izquierda peruana. La reserva y la caballería seguían a distancia. Se hacía la marcha de las columnas espaciada para evitar a las tropas las molestias de las nubes de polvo que levantaban a su paso. Antes de levantar el campo y para mejor demostrar su resolución de no volver paso atrás, los soldados prendieron fuego a las chozas de follaje que por varias semanas les habían dado abrigo; por millares explotaban los cartuchos abandonados, cubría la llanura un humo espeso y el fuego prendía en la yerba seca de los campos. Las mujeres que seguían al ejército, los enfermos y los equipajes, quedaron reunidos en la ribera custodiados por dos compañías. A las dos de la tarde no quedaba en las devastadas orillas de Lurín ni un resto del campamento; el ejército prosiguió su marcha silenciosa a través de las

llanuras arenosas iluminadas por los pálidos rayos de la luna.

A media noche ocupaba el ejército las posiciones de ataque que le habían sido señaladas. Se acampó en lugar preciso. Después de una distribución de pan y agua, los soldados se acostaron sobre la arena en espera de la aurora y del combate. A las tres y media estaba el ejército en pie, pero una espesa niebla le ocultaba las líneas enemigas de las que sólo le sepraban cuatro kilómetros.

A las cinco se había franqueado esta distancia; se disipa la niebla y las baterías peruanas de Villa abren el fuego contra la primera división chilena, que avanza en línea de batalla detrás de sus tiradores. El general Lynch da orden de hacer alto el fuego y de no comenzar a disparar hasta un alcance de 40 metros. Los chilenos atacan resueltamente, escalan las alturas, franquean los fosos y rechazan a los peruanos; pero estos no tardan en rehacerse. Detrás de estas colinas se levantaban otras cuyo fuego nutrido detenía el esfuerzo de los asaltantes. La segunda división chilena que debía atacar el centro del ejército peruano, detenida por las dificultades de su marcha, tarda en entrar en línea de combate. Piérola destaca una brigada del centro y la manda a sostener el esfuerzo de su ala izquierda. Queda detenido el empuje de la división Lynch, que apenas con grandes dificultades se mantiene en las primeras posiciones conquistadas, pero no puede avanzar. Su situación es comprometida. El general la hace apoyar con la reserva y manda a apresurar la llegada de la segunda división comandada por el teniente coronel don Arístides Martínez; lanzada la reserva a paso de carga llega a engrosar las filas de los asaltantes; los chilenos vuelven entonces a tomar la ofensiva; por un esfuerzo

lento y sostenido logran avanzar haciendo retroceder al enemigo, en una lucha cuerpo a cuerpo. En dos horas de combate llegan a la cumbre de las alturas en los momentos en que su segunda división entra al fin en línea bajo las órdenes de don Francisco Gana, arrolla a los peruanos, cerca el ala izquierda y envolviendo con una penosa marcha por un suelo cargado de bombas automáticas, los batallones enemigos, se une con los soldados victoriosos de Lynch.

El ala izquierda y el centro del ejército peruano habían sido derrotados; sus restos se replegaban sin embargo en buen orden sobre Chorrillos. El general chileno lanza sobre ellos su caballería, cuyo irresistible empuje acaba de dispersarlos y los sablea sin descanso. Bajo el galope de los caballos, bajo los pies de los fugitivos explotan las bombas automáticas disimuladas a ras del suelo, y al explotar ocasionan tantas pérdidas a los peruanos como a los chilenos; pero no se reprime por esto el ímpetu de la caballería, por el contrario, se acrecienta su coraje y se evita el tomar prisioneros. Los peruanos huyen en desorden hacia Chorrillos a donde llegan por fin protegidos por el fuego de las baterías del Morro Solar que detiene la persecución de los chilenos.

A las nueve de la mañana, ocupaba el ejército chileno toda el ala izquierda de las trincheras peruanas; pero una división peruana a la derecha resistía todos sus ataques. Bajo las órdenes del ministro de la guerra señor Iglesias esta división ocupaba Chorrillos y el Morro-Solar. Situada cerca de la playa, la pequeña ciudad de Chorrillos está unida con el Morro Solar, colina escarpada de 270 metros de altura, por una cadena de cerros arenosos de difícil acceso. Coronaban las cimas cinco reductos heriza-

dos de artillería. Reforzada por tropas frescas mandadas de Lima y por los restos de las columnas peruanas rechazadas de San Juan y de Villa, esta división desafiaba el ataque de los asaltantes. Detrás de ella la ciudad de Chorrillos, fuertemente ocupada, había sido convertida en plaza fuerte.

Las bonitas villas de este lugar de recreo de sólidas construcciones de piedra rodeadas de jardines, habían sido almenadas y fortificadas lo mismo que las estrechas calles de la ciudad. Los balcones y azoteas defendidos con sacos de tierra y colchones, repletos de tiradores hacían de cada casa una especie de plaza fuerte; las escaleras cortadas, estorbaban el acceso a los pisos superiores. Además, para llegar a Chorrillos había que apoderarse del Morro Solar cuyo nutrido fuego dominaba la llanura y la ciudad.

Llevada de su empuje victorioso, la divisón Lynch, dueña de las líneas de San Juan vino a estrellarse contra estos obstáculos, pero la primera tentativa para apoderarse de ellos fracasó. Agotadas las tropas por una noche de marcha, y una lucha encarnizada de cuatro horas, apenas si podían mantenerse en las posiciones conquistadas. El general Iglesias esperaba el ataque a pie firme. Dejó a los chilenos avanzar hasta que estuvieran al alcance de su baterías, que permanecían en silencio después de haber contenido el empuje de la caballería chilena; a una orden suya las cimas del Morro-Solar brillaron con el fuego de su artillería. Las granadas y las balas de las ametralladores caían en medio de las filas chilenas. La división Lynch vacila y se repliega. Los peruanos se dan cuenta de esta vacilación y emprenden de nuevo la ofensiva rechazando hacia as pendientes cubiertas de muertos y heridos al cuarto de línea y al regimiento de Atacama. El segundo

de línea se ve obligado a retroceder. En vano se esfuerzan el general Lynch y su jefe de Estado Mayor en reunir sus tropas. A despecho de sus esfuerzos sobrehumanos hay que ceder. Lynch manda un aviso al general en jefe y pide refuerzos, retrocediendo entonces con sus tropas diezmadas, para hacerles tomar un descanso bien caramente conquistado. Los soldados agotados, se tumban sobre la arena sin soltar sus armas y preparándose a un esfuerzo supremo. El general chileno estaba resuelto a tentarlo. Sólo una victoria decisiva podía justificar los enormes sacrificios de hombres que costaba a Chile esta lucha gloriosa, pero indecisa todavía. Por medio de un difícil movimiento, hace retroceder su derecha y su centro victoriosos; los batallones de su primera división rehechos y concentrados han sido además reforzados por la reserva bajo las órdenes de Martínez. El coronel don Pedro Lagos recibe orden de poner también en línea su brigada y llega inmediatamente. Lanzando resueltamente esta masa de combatientes que se une a la brigada Lynch, al asalto de las pendientes fortificadas, da la orden de apoderarse de las cimas y de Chorrillos. Las columnas chilenas se abren en perfecto orden, franquean rápidamente la distancia que las separa del pie de las colinas y comienzan a escalar las cuestas. La artillería peruana redobla sus fuegos acribillando los batallones chilenos, sembrando las pendientes de muertos y heridos; pero los chilenos avanzan hasta llegar a la cumbre. Se enreda la lucha cuerpo a cuerpo; bajo el irresistible empuje y tenacidad del enemigo los peruanos se ven obligados a retroceder. Expulsados de trinchera en trinchera se repliegan sobre Chorrillos. La división peruana del general Iglesias espera sin embargo a pie firme; pero a medio día, rodeada por

todas partes por un enemigo victorioso, diezmada y agotada, tiene que ceder también esta división y replegarse sobre Chorrillos.

Dueñas de las alturas las divisiones chilenas descienden a paso de carga sobre Chorrillos, pero apenas se vieron en sus estrechas calles fueron recibidas por una lluvia de balas que contuvo su empuje. Las ventanas, las terrazas, las azoteas repletas de tiradores hacen de cada casa una ciudadela que es preciso tomar por asalto, y sus defensores, una vez agotadas las municiones, luchan todavía a la bayoneta mientras los asaltantes hacen explotar sobre el suelo de cada casa, para forzar la entrada, bombas automáticas. Es tal el encarnizamiento de la lucha que ni de una ni de otra parte se hacen prisioneros. El oficial peruano Recabarren conduce paso a paso esta resistencia obstinada; su teniente Cáceres reune dos mil de los soldados fugitivos y los lleva a engrosar las filas de los defensores de Chorrillos. Ante lo inseguro del éxito, decidido a concluir a cualquier precio, y viendo sus tropas diezmadas, el general Baquedano hace avanzar la artillería chilena hasta una distancia de tiro de mosquete; estallan sobre la ciudad las bombas y los obuses, estalla el incendio, lo avivan los chilenos, las llamas envuelven los edificios que se derrumban, arrastrando entre sus escombros a sus defensores. A las tres de la tarde la lucha había terminado completamente.

En Lima se esperaban con impaciencia las nuevas de la victoria anunciada. Remitimos a nuestros lectores a la excelente obra que don Diego Barros Arana publicó en París titulada **"La Guerra del Pacífico"**, en la que se ve el relato de un ayudante peruano en Lima. Con evidente sinceridad nos pinta mejor que nadie el emocionante cuadro de lo que

pasaba en aquellas trágicas horas en la capital amenazada.

"Amanecia apenas el día 13 de enero, dice, cuando el tendido galope de los caballos, el paso precipitado de los transeuntes, las carretas que se alejaban, y los gritos nos despertaron bruscamente.

"Un rumor sordo nos zumbaba al oído, a veces interrumpido por un ruido mas pronunciado—¡la batalla ha comenzado! gritamos todos. En un minuto estuvimos vestidos. Eran las cinco y media de la mañana. Recorrimos los cuatro reductos. Todos hacían preparativos para la marcha, la manta repleta de cartuchos, los oficiales revólver a la cintura, algunas carretas con municiones en movimiento. No se oían sino los gritos de ¡viva el Perú! ¡viva el comandante general! a Surco! gritaban los oficiales, y repetían mil frenéticas voces. Esperábamos la orden para emprender la marcha. Pero la orden no llegaba y eran las siete y media de la mañana. El fuego del lado de San Juan se hacía mas violento cada vez.

"Sobre todo en la izquierda de nuestra línea, dos baterías se hacían un fuego de los mas nutridos. La una cede, sin embargo; al presente el combate arrecia en la derecha. De pronto, a nuestro frente, como a una legua, vemos levantarse la columna de un humo denso y negro: San Juan estaba en llamas. No se disputan ya sino a Chorrillos, pensamos todos a un mismo tiempo. En efecto, los cuerpos de Dávila, Cáceres y parte del de Suárez habían cedido el terreno. Iglesias, abandonado, se sostiene heroicamente en las posiciones de Chorrillos.

"El primer fugitivo que encontramos en el pueblo de Miraflores fué un soldado raso; "vamos bien", nos contestó con voz desfalleciente, cuando

le pedimos noticias del combate. Tres o cuatro heridos llegaron después. No tardamos en conocer la triste realidad. El camino estaba sembrado de dispersos que huían en el mas espantoso desorden, unos heridos arrastrándose, otros pidiendo auxilio; unos con armas, otros sin ellas, llenos de sangre y la ropa hecha pedazos, presentando el espectáculo mas desgarrador.

"Por el terraplén de la vía férrea avanzaba un largo cordón de gente; por el medio de los potreros corrían soldados en grupos. Se les llamaba, pero no hacían caso; no respetaban las amenazas, sino los balazos. No era esa la actitud de un ejército victorioso. Un amargo desaliento se apoderó de nosotros. Varias compañías de los batallones se desplegaron en guerrilla y pequeñas fuerzas de caballería se escalonaron para cortar el camino de Lima a los fugitivos.

"Pero, a medida que el tiempo transcurría, se hacía mas doloroso el cuadro de esa multitud que huía despavorida por todas partes; la caballería llegaba a bandadas, las mulas cargadas de cajas de municiones, los cañones y ametralladoras rodados; caballos sin jinetes a galope tendido; artilleros, coroneles, jefes de toda graduación inundaban las avenidas del ferrocarril, formando una espantosa confusión. No era una división desbandada, como habíamos oído decir; era todo un ejército en fuga. Algunos batallones entraron íntegros en nuestra línea, y gran parte de una división quedó formada a la izquierda de la línea férrea.

"Serían las diez de la mañana cuando llegó Piérola con un reducido estado mayor, en el que se notaba a los generales Buendía y Segura y al coronel Suárez. Pasó a caballo por en medio de los batallones que lo vivaban frenéticamente. Man-

dó que desfilaran hacia los reductos y se parapetasen detrás de la tapias intermediarias entre cada uno de ellos. Estos refuerzos vinieron a aumentar considerablemente nuestra línea. Mas de cinco mil dispersos habían sido recogidos a las doce del día ya por la caballería, ya por los batallones de la reserva, otros se habían presentado voluntariamente. Veíase, sin embargo, muchos que se escapaban. Se les hacía tiros de rifle, pero se escondían en las zanjas y seguían huyendo.

"Atravesaba Piérola los rieles del tren cuando un soldado, que suponemos ebrio, se adelantó hacia él y prorrumpió en imprecaciones contra los jefes. "No me formen barullos", se limitó a contestar Piérola. Y se alejó apresuradamente".

Esta terrible jornada costó al ejército chileno la pérdida de 3,309 hombres y al ejército peruano más de 8,000. Los chilenos no hicieron más que diecisiete prisioneros.

El 14 por la mañana el general Baquedano enviaba a Lima al secretario del ministro de la guerra señor Errázuriz con orden de declarar que después de una lucha tan sangrienta había quedado a salvo el honor del Perú y que el primer deber de su gobierno era evitar a Lima la suerte de Chorrillos; ofreció un armisticio para tratar la paz. El general Piérola contestó que él no recibía más que a un emisario investido de plenos poderes para negociar. Ante esta disimulada negativa para entablar negociaciones el general chileno hizo avanzar inmediatamente su primera división apoyada sobre la segunda, mientras la tercera, ocupando Barranco, amenazaba Miraflores y la última línea de las defensas peruanas. Estos movimientos se ejecutaban en la noche del 14 al 15 y todo estaba listo en el campamento chileno para tomar la ofensiva al ama-

necer. Antes del alba se presentaron ante el general Baquedano dos oficiales neutrales, portadores de una carta colectiva del cuerpo diplomático residente en Lima, en la que se le pedía una conferencia. A las siete de la mañana los ministros de Francia e Inglaterra en unión del decano del cuerpo diplomático, el ministro de San Salvador, llegaban al campamento en un tren especial. A petición de estos el general Baquedano tuvo que conceder un armisticio bajo las bases siguientes: se pondría en sus manos el puerto militar del Callao y la flota peruana; mientras esperaba su respuesta consentía en suspender las hostilidades hasta la media noche, dejando estipulado que durante este tiempo los dos ejércitos beligerantes tendrían libertad para efectuar los movimientos de posición que les conviniesen manteniéndose fuera del alcance de los disparos y sin abrir el fuego.

De regreso a Miraflores, donde se encontraba el dictador Piérola, los Ministros extranjeros le comunicaron la respuesta del general chileno y le urgieron para que iniciase negociaciones de paz, insistiendo en la necesidad de evitar a Lima la suerte de Chorrillos; le representaron que las numerosas casas comerciales extranjeras de la capital corrían grave riesgo, que el populacho, sumamente excitado, amenazaba ya con el pillaje en caso de derrota, y que su deber tanto de jefe militar como político de la república era entrar en negociaciones antes que la capital cayese en manos de los enemigos o de una insurrección victoriosa. Los almirantes inglés y francés unieron sus instancias a las del cuerpo diplomático.

Piérola vacilaba. Tenía en línea, detrás de los reductos de Miraflores, quince mil hombres de excelentes tropas, que se reforzaban de hora en hora

por los contingentes del Ca lao y de Lima, por voluntarios decididos a luchar hasta el último extremo para defender la ciudad. Disponía además de una poderosa artillería y de las municiones del puerto militar del Callao; sabía que el ejército chileno había sido muy castigado en los combates del día anterior y no podía cubrir sus bajas; en suma, él creía de su deber llegar hasta el fin y tentar un último esfuerzo.

Habiéndose prolongado la discusión hasta las dos de la tarde, retuvo a su lado a los ministros y almirantes extranjeros a quienes invitó a almorzar. Acababan de sentarse a la mesa cuando de repente, se dejó oir el estruendo de la artillería seguido de las descargas de la infantería y de los gritos de las tropas. He aquí lo que había sucedido.

Prevenido el general chileno de que desde la mañana numerosos trenes de Lima y del Callao llevaban a las líneas de Miraflores refuerzos considerables, quiso darse cuenta por sí mismo de las posiciones ocupadas por el ejército peruano. Escoltado de un numeroso estado mayor pasó en primer lugar revista a su frente de bandera y llegó en su reconocimiento muy cerca de las líneas enemigas. Estaba observando las posiciones uno de sus oficiales cuando de las avanzadas peruanas partieron algunos disparos de fusil que le obligaron a retroceder. Contestaron los chilenos y bien pronto se hizo general el fuego en toda la línea. En vano trató el general Baquedano de detenerlo; la artillería abrió el fuego; de una y otra parte había la convicción de que el ataque había sido premeditado; en los dos campos se creía en una traición; se enardecía la lucha, nadie podía ya detenerla.

Piérola, seguido de su Estado Mayor, monta a caballo para tomar la dirección de sus tropas. Los

ministros y los almirantes, exponiéndose a los mayores peligros, atraviesan a pie la campiña y llegan a Lima donde esperan los acontecimientos. A las dos y media comenzaba la batalla en toda la línea. La división chilena comandada por el coronel don Pedro Lagos ataca la primera los reductos peruanos, pero recibida con un fuego asesino, se ve en la imposibilidad de avanzar. Los peruanos salen de sus trincheras y atacan a la bayoneta. Los chilenos se repliegan la división Lagos se ve comprometida y cede poco a poco bajo al empuje del enemigo, Baquedano manda para sostenerla un regimiento de caballería con orden de resistir hasta la llegada de la reserva. A pesar de su esfuerzo, a pesar de su resistencia heroica, la división chilena es arrollada, entra el desorden en sus filas diezmadas por la artillería y amenazadas de flanco, cuando de repente se dejan oir penetrantes gritos y clamores. Era la división Lynch que llegaba desde Chorrillos a paso ligero, seguida de la reserva, al mando del coronel Martínez. Los soldados de Lynch penetran como una bala entre los batallones peruanos, los rechazan en desorden hasta las trincheras, reunen consigo las tropas de Lagos y se lanzan con ellas al asalto de las fortificaciones enemigas. La escuadra chilena cubre con sus fuegos las alturas. Las líneas peruanas caen en poder de los chilenos por el lado de Miraflores. Y suponiendo una defensa enérgica de la ciudad y una lucha parecida a la que habían sostenido en Chorrillos la víspera, los chilenos incendian Miraflores y oblicuando sobre el centro de las líneas peruanas, las toman de flanco mientras que la primera división las ataca de frente.

El empuje irresistible de la división Lynch arrolla todos los obstáculos. Los peruanos huyen a la desbandada, perseguidos por dos regimientos de

caballería que el general Baquedano lanza en su persecusión. A las seis de la tarde la lucha había terminado; los chilenos vencedores ocupaban los reductos de Miraflores y la última línea de defensa de Lima. Esta victoria les costaba 3,124 hombres entre muertos y heridos y la muerte del coronel Martínez que cayó a la cabeza de sus tropas. Los peruanos dejaron sobre el campo de batalla setenta cañones con su material, diez mil muertos, tres generales y numerosos prisioneros.

A las siete de la tarde Piérola entraba en Lima llevando consigo los restos de sus tropas y no soñando aún más que en la continuación de una lucha imposible. Quería encerrarse en el Callao, volver contra Lima las baterías del puerto y hacer de este modo imposible el acceso a la capital a las fuerzas chilenas; pero el desconcierto y el desaliento que reinaban en torno de él no le permitieron poner en práctica sus proyectos. A las once abandonaba Lima, acompañado de un pequeño estado mayor y buscaba un refugio en las montañas. Lima y el Callao estaban abandonadas a merced de un populacho excitado y de bandas de soldados irritados por su derrota, borrachos de pólvora y de vino.

En ausencia de toda autoridad constituída, dispuestos a tratar de la rendición de la ciudad, el cuerpo diplomático pidió en la noche al general chileno una entrevista para el siguiente día. Esta se celebró, en efecto, el 15 en el cuartel general de Baquedano, donde fué firmada el acta de capitulación de Lima en los términos siguientes:

Cuartel General chileno de Chorrillos

"En 16 de Enero de 1881, a las dos de la tarde, se presentaron don Rufino Torrico, de la alcaldía

de Lima; el Excmo. Sr. de Vorges, Ministro Plenipotenciario de Francia, Excmo. Sr. Spencer Sain John, Ministro residente de S. M. Británica; Mr. Stirling, Almirante inglés; M. de Petit-Thouars, almirante francés y M. Sabrano, comandante de las fuerzas navales italianas.

"El señor Torrico expuso que el pueblo de Lima, convencido de la imposibilidad de defender la ciudad, le ha comisionado para entenderse con el general en jefe del ejército chileno respecto a la rendición de la capital.

"El general Baquedano hace notar que esta rendición debe efectuarse sin condiciones, en el término de 24 horas pedido por el señor Torrico para desarmar las fuerzas que quedan aún organizadas. Agrega que la ciudad será ocupada por las tropas chilenas para mantener el orden".

Las idas y venidas del cuerpo diplomático y la conferencia de Chorrillos no dejaban lugar a dudas sobre lo que sucedía. La población de Lima enfurecida por la derrota, excitada por las proclamas que desde hacía ocho días le anunciaban una victoria segura que se había convertido en una irremediable derrota, espaldeada por los restos del ejército que acusaba de traición a sus jefes, no estando contenida por ninguna autoridad ni policía, se negaba a entregar las armas y acusaba a la clase pudiente de la población, a los extranjeros y a los chinos, a los que odiaba, de propiciar la entrada del ejército chileno en la ciudad. Se multiplicaban las amenazas de pillaje y de venganza. De una relación publicada en Lima titulada "La campaña del ejército chileno en Lima" tomamos los siguientes párrafos que describen el estado en que se encontraba la ciudad durante las horas que precedieron a la entrada de las tropas chilenas.

"Desde el 16 de Enero a la caída de la tarde se podía prever la tempestad que se iba a desencadenar sobre Lima. Grupos de aspecto siniestro recorrían las calles de la ciudad amenazando a los transeuntes y recordando los sacrificios que ellos habían hecho por el país... So pretexto que no se les habían distribuido víveres, se dejaron caer sobre los almacenes de los chinos desarmados, forzaron las puertas a culatazos de carabina o a hachazos, saquearon las casas y las incendiaron.

"Atacaron enseguida los ricos almacenes de joyas, telas y objetos de arte, los saquearon y prendieron fuego. Del gran comercio que los chinos tenían en Lima no quedó más que un montón de ruinas, ensangrentados e incendiadas. Se estima en un número de trescientos por lo menos el de los comerciantos chinos asesinados bien en sus casas o bien en las calles. Uno de ellos al ver incendiar sus almacenes hizo depositar sus libros en la Legación inglesa. De su examen resultó que la pérdida experimentada por él se elevaba a 140,000 libras esterlinas.

"Las calles de Bodegones, Melcharmalo, Palacio, Polvos, Azules, Zavala, Capón, Albaquitas, Hoyos, fueron saquedas. La calle Palacio estaba sembrada de cadáveres... En vano los bomberos trataban de detener el incendio; se dirigía sobre ellos un fuego graneado que se vieron obligados a retirarse... El día 17 se armaban en fin las columnas extranjeras y con su actitud enérgica pusieron a raya a los desvandados cuyo ardor iba ya cediendo a causa de la fatiga y de la borrachera...

Esa noche costó a Lima más de 5 millones de francos por las casas y edificios incendiados y más de 25 millones por las casas de comercio saqueadas e incendiadas.

Prevenido de los desórdenes de que era teatro la ciudad, el general Baquedano aceleró la ocupación. El día 17 a las cuatro de la tarde hacía su entrada en Lima un división de cuatro mil hombres bajo las órdenes del Inspector general del ejército chileno don Cornelio Saavedra y ocupaba sin dilación los principales puntos estratégicos de la ciudad mientras las otras divisiones chilenas acampaban a sus puertas.

Las mismas escenas de desorden que habían ensangrentado las calles de Lima se habían producido en el Callao. El populacho destruyó los cañones, hizo saltar las minas y trató de incendiar los fuertes. Los comercios y almacenes fueron forzados y saqueados. La rabia del populacho se volvió enseguida contra la armada a la que prendió fuego. En aquella noche acabó de destruir el incendio lo que quedaba de la flota peruana. Por todas partes estallaban en el puerto los obuses, las bombas y los torpedos. Para salvar su buque, el comandante de la "Unión" intentó una salida desesperada pero vino a estrellarse con la costa. El monitor "Atahualpa" fué desmantelado y echado a pique; los transportes, ardiendo, zozobraron en el puerto. El "Rimac", el "Chalaco" y el "Talismán" saltaron con su artillería a bordo. Toda la noche del 16 y el día y la noche del 17 el Callao ardiendo, presentaba el triste espectáculo de un puerto militar dominado por la locura del suicidio y de un populacho que acababa con sus propias manos la obra de destrucción de sus fuerzas navales. El 18, el coronel Lynch, a la cabeza de su división ocupaba la ciudad y el puerto donde concluían de arder las últimas chalupas peruanas.

El general Baquedano podía sin ser tildado de orgulloso, terminar con estas líneas el parte oficial

sobre las operaciones que tan hábilmente había dirigido:

"El éxito es completo. Nada queda ya del gran ejército peruano. Ha perdido más de 12,000 hombres y el resto está en fuga o ha entregado las armas.

"Ha dejado en nuestro poder un inmenso material de guerra, 222 cañones, 124 piezas de campaña, 15 mil fusiles, más de 4 millones de cartuchos y grandes aprovisionamientos de pólvora y dinamita.

"Agregaré que las fuerzas navales del Perú han sido aniquiladas a tal punto que no habría un solo barco que se pudiese dar a la mar".

En estas condiciones no quedaba más que tratar de la paz. Pero con quién?

Piérola, en fuga, se había ocultado en los Andes, desesperado de sus derrotas, pero listo aún para tentar la fortuna, acusando a los chilenos de traición por el ataque de las líneas de Miraflores, creyendo o temiendo creer que con el lazo de un armisticio engañoso, había sido vencido por sorpresa; encarnando en sí el odio al invasor y la idea de resistencia; soñando reunir en su retiro de Ayacucho los restos de sus batallones dispersos; corrigiendo al fin con su tenacidad en la desgracia los errores de sus proclamas enfáticas y sus presuntuosas aseveraciones. A las primeras propuestas de negociaciones que le fueron hechas por conducto del ministro de los Estados Unidos, respondió con un rechazo altanero que no trataría sobre la base de ninguna cesión territorial. Su plan era atraer en su persecución al ejército chileno, cansarle con una lucha de guerrillas, disputarle una a una las regiones de las llanuras al pie de los Andes, donde un puñado de hombres decididos podía tener en jaque un ejército, hostilizarle sin tregua ni descanso, sublevar contra el enemigo nacional a los descendientes de los in-

dios Huancas, cuyo valor había resistido todo el empuje de Pizarro, y llegar si era preciso hasta Bolivia para arrastrar a esta república a la guerra que proyectaba.

Para contrarrestar todos estos proyectos, los jefes chilenos provocaron en Lima la organización de un nuevo gobierno con el que le fuese posible negociar. El coronel Lynch, llamado del Callao, fué nombrado gobernador militar de la capital. Bajo su enérgica dirección se restableció el orden, pero la ocupación chilena pesaba enormemente sobre las finanzas de esta desventurada ciudad, donde la clase pudiente e ilustrada no aspiraba más que a una paz que le permitiese cicatrizar las heridas de la guerra. Cediendo a instancias de los ciudadanos más influyentes, consintió en aceptar las delicadas funciones de la presidentcia del Perú don Francisco García Calderón, célebre jurisconsulto de Lima, hombre rico y probo, que se rodeó de consejeros respetables y que con la autorización del general chileno, convocó al Congreso en Chorrillos. El Congreso, compuesto en su mayoría de partidarios de Piérola, se reunió el 23 de Agosto de 1881 pero rehusó al nuevo Presidente los poderes para tratar sobre la base de cualquiera cesión territorial.

El improvisado gobierno, fuese cual fuese el mérito personal de los ministros que lo componían, no tenía ya razón de ser. Impotente para negociar la paz, equivocadamente considerado como impuesto o patrocinado por el enemigo vencedor, tuvo que dimitir el 28 de Septiembre.

Dos meses más tarde, el 28 de Noviembre de 1882, Piérola convencido al fin de la imposibilidad de sublevar al pueblo para recomenzar la lucha, desalojado sucesivamente por las columnas chilenas de Cauta y de Cerro de Pasco donde había estable-

cido su cuartel general, renunciaba a sus funciones de jefe supremo de la resistencia, y presentaba la dimisión de la presidencia del Perú, un poder más nominal que real desde la caída de Lima, abandonando el país.

Le sucedió el almirante Montero en calidad de vice-presidente y organizó en Arequipa un simulacro de Gobierno alrededor del cual consiguió reunir cerca de cinco mil hombres de tropa. Pero no podía soñar en tomar la ofensiva. El general Iglesias, ministro de la guerra de Piérola, ilustre por su heroica defensa del Morro-Solar, se mantenía aún en las provincias del norte merced a prodigios de actividad y rechazaba en Septiembre de 1882 el ataque de una columna chilena, que derrotó en San Pablo y rechazó en desorden sobre Pacasmayo; pero un hecho aislado que el exiguo número de sus soldados le impidió proseguir, no era suficiente para conquistar la fortuna y torcer el curso de los acontecimientos. El país agotado, cansado por una guerra de tres años, sin dinero y agotados todos sus recursos no podía ya tentar un esfuerzo tan desesperado. El general Iglesias lo sabía, pero sabía también que un pueblo vencido se vuelve instintivamente hacia aquellos que no han desesperado de salvarle y que no pudiendo darle la victoria han ennoblecido su derrota y se han impuesto al respeto de los vencedores.

La retirada de Piérola, la caída de Calderón, la impotencia de Montero ponían de manifiesto relieve la personalidad de Iglesias. El Perú veía en él su último defensor y Chile al único hombre capaz de constituir un gobierno, aun de carácter provisorio, con el que se pudiera negociar. Iglesias acogió favorablemente las proposiciones que se le hicieron; empezaron las conferencias y el 19 de Octubre se

firmó un tratado provisional que Iglesias se comprometió a presentar al Congreso. Por su parte los jefes chilenos le reconocían como Presidente del Perú.

El 20 de Octubre evacuaba Lima y el Callao el ejército chileno, retirándose a Chorrillos y a Barranco; el 24 entraba Iglesias en la enlutada capital, sobre la que mandó izar nuevamente el pabellón nacional.

La guerra ha terminado. Por mar y por tierra Chile ha afirmado la superioridad de sus armas. La solidez de sus tropas, su disciplina, la táctica de sus generales han triunfado del valor caballeresco y brillante de sus adversarios. Sus finanzas bien administradas le han permitido llevar a feliz término una campaña al parecer puramente comercial, la guerra le ha hecho dueño de los ricos depósitos de nitrato de la provincia de Atacama y de más de cien leguas de costa del sur del Perú. Rechazada al interior del continente, Bolivia ha perdido el acceso al Océano Pacífico y el Perú ha visto su capital ocupada por un ejército enemigo. Chile ha hecho el ensayo de sus fuerzas y la fortuna se ha mostrado a la altura de sus esperanzas y de su audacia.

Transplantada desde hace tres siglos en el Nuevo Mundo, la raza española no ha perdido nada de aquellas virtudes militares a las que debió su supremacía en Europa durante tantos años. Sus cualidades como sus defectos han sufrido pocas modificaciones en aquel lejano ambiente. En América como en Europa se ha mostrado sobria y dura para la fatiga, tenaz y resistente en la adversidad, intrépida y valiente en la lucha. Los marinos del "Huáscar" son ni más ni menos los legítimos descendientes de los audaces compañeros de Cortés, y los soldados de Tacna, de Arequipa y de Lima han dado pruebas

tanto en un bando como en otro del heroismo de los viejos soldados de Pizarro.

Pero el mismo espíritu separatista que ha hecho durante tanto tiempo la desgracia de España y ha armado unas contra otras las valientes poblaciones de sus provincias, vascos contra aragoneses, navarros contra castellanos, Murcia contra Granada, y que puso más de una vez este vasto imperio a las puertas de su perdición, ese mismo espíritu se encuentra aún en los inmensos territorios apenas poblados de la América meridional. Nosotros vemos allí una raza idéntica, una misma fe religiosa; la lengua, las costumbres, el origen, son los mismos, las mismas son sus cualidades y sus defectos, el orgulllo y el valor, la misma, en fin, su organización política y la forma de gobierno. En estas condiciones la guerra es verdaderamente una guerra civil y de una y otra parte se comienzan a dar cuenta de ello. Al calor de la lucha sucede una tranquilidad relativa que permite medir las pérdidas sufridas, los resultados obtenidos, y penetrar en las causas del éxito de Chile y de la derrota del Perú.

Estas enseñanzas de la historia no deberían quedar perdidas. Pero hay algo que se impone al espíritu mismo de los más prevenidos y avisados y es que las cuestiones que dividen a las repúblicas hispano-americanas pueden ser solucionadas sin recurrir a la guerra y que estas repúblicas tienen algo mejor que hacer y algo mejor en que invertir sus esfuerzos y su sangre. Triunfar de los obstáculos que les opone la naturaleza, sacar producto de las inmensas riquezas de su suelo y de su clima, conquistar para la civilización las vastas soledades con que limitan, y una tarea más útil y más gloriosa que la de medirse en los campos de batalla, glorificados ya

por la lucha común sostenida por sus antepasados para conquistar una independencia ya asegurada.

Si sacando provecho del legítimo ascendiente que le han dado sus victorias, Chile logra atraerse por medio de una paz honrosa, a sus enemigos de ayer y convertirlos en sus aliados, si concentra sus fuerzas, hasta aquí divididas, en un haz común para aplicarlas a las conquistas de la paz, habrá hecho más por su gloria y por su fortuna que triunfando de la coalición del Perú y Bolivia. Habrá echado los cimientos de un rico y poderoso estado cuya prosperidad podrá igualar un día a la de la gran república americana.

En ese vasto continente descubierto por los viejos conquistadores, se habrá creado un nuevo Imperio y se habrá afirmado la vitalidad de esa potente raza española que tan importante papel ha jugado en nuestra vieja Europa y sobre cuyos dominios nunca se ponía el sol.

C. DE VARIGNY.

University of California
SOUTHERN REGIONAL LIBRARY FACILITY
405 Hilgard Avenue, Los Angeles, CA 90024-1388
Return this material to the library
from which it was borrowed.

4/16/93

UC SOUTHERN REGIONAL LIBRARY FACILITY
A 000 597 897 8

3 1970 00871 8840

Univer
Sou
Li